
Pepe (39 años). Él se consideraba a sí mismo como un jugador veterano. Era el que siempre abogaba por un equipo democrático, por un equipo solidario. Era el que tenía equipajes para los jugadores, conocía los entresijos de formar un grupo de fútbol, los gastos que ocasionaba el mismo, la forma de financiarlo. Él trabajaba vendiendo cupones de la Once y de otras rifas locales que se organizaban en el barrio. Tenía fama de quedarse en ocasiones con dinero de los grupos de fútbol y desaparecer durante un tiempo. Su forma física también era bastante mala, aunque esto no le hacía renunciar a jugar. En los partidos muchas veces acababa completamente agotado y a la vez criticado por los compañeros porque no corría lo suficiente.

También tenía su currículo como árbitro de fútbol en la misma categoría de III regional. Durante bastante tiempo ésta fue su única fuente de recursos fija. En un fin de semana bien aprovechado podía llegar a reunir hasta 20.000 pta. Esto le suponía tener que arbitrar entre cuatro y seis partidos de fútbol en sólo dos días.

Pepe tenía tres hijos. Uno de ellos, Juan Carlos, de 17 años, tenía un retraso mental importante. Mercedes y Carmen, de 9 y 11 años, eran alumnas del colegio Collaso i Gil. Sonia, su compañera actual, cobraba una pensión por su anterior viudez.

Esta primera experiencia que tuve con el grupo me gustó y decidí seguir acudiendo a los partidos y observar, a la vez, cómo era todo aquel tipo de organización deportiva, que en mi primera experiencia vi cómo generó de una forma simultánea diferentes entusiasmos, discusiones y rivalidades. La experiencia me recordó así también algunos aspectos paralelos que yo estaba intentando trabajar dentro de los grupos de chavales. Mi interés por el tema se hizo mayor, al empezar a comprobar también las conexiones que tenían estos grupos de fútbol con el resto de la vida comunitaria del barrio (la de los bares, especialmente), así como con la conexión con una cultura general del deporte en pleno desarrollo.

En esta parte de la investigación que comenzó así, a diferencia de mi anterior posición de deporte hecha desde los servicios sociales, mi participación era exclusivamente como futbolista, en mi propio tiempo libre y sin encargos educativos

de por medio. Iniciaba así también otro trabajo de deconstrucción con un nuevo rol, el de jugador, y con un cambio, de organizador a organizado, y libre a la vez de las obligaciones institucionales.

Los trabajos en el barrio que había hecho hasta ese momento con una orientación específicamente antropológica habían sido principalmente sobre los lugares públicos del barrio como las calles, los bares, las plazas. Ahora entraba en un grupo de vecinos, con una posición semejante a la suya y en su propio ambiente de bar.

Estuve participando como futbolista en este grupo durante dos años (1991-92) y recorrió en su compañía otros barrios la ciudad de Barcelona y su periferia, especialmente los fines de semana entre los meses de octubre a junio.

Los desplazamientos para jugar partidos nos llevaron a campos de fútbol en zonas como Hospitalet, Santa Coloma, Bellvitge, el Carmel y Montjuïc. En los campos de juego situados en estos lugares era habitual disputar, especialmente los domingos, partidos de competición de fútbol aficionado organizados por la federación catalana de este deporte.

La categoría de nuestro grupo Amistad era también la III categoría futbolística. La calidad del juego era muy mala, aunque divertida. Los partidos que disputábamos muchas veces se parecían más a un partido de tenis que de fútbol. Los horarios que teníamos asignados para las competiciones eran los menos interesantes, en conformidad con nuestra categoría futbolística, es decir, muchas veces el grupo jugaba o a las ocho de la mañana, o de tres a cuatro de la tarde. En los días más cortos del invierno, hubo partidos que los comenzamos a las ocho de la mañana todavía de noche. Nuestro campo de juego más habitual estaba situado en un barrio del Hospitalet. En el Raval no había ningún campo y los más cercanos a la zona estaban siempre muy solicitados.

En la ciudad de Barcelona y su periferia se celebraban cada fin de semana más de 150 partidos de fútbol como los que disputaba el grupo Amistad, para otras

subcategorías y grupos de aficionados y de veteranos como el nuestro⁴¹. En estas categorías los grupos de barrio como los del Raval y otros barrios y zonas de la ciudad entraban a tomar parte en unas competiciones de aficionados con unas características estructurales muy semejantes, mezcla de bar de barrio y equipo de fútbol. El fútbol ponía así en relación a toda una extensa red de clases populares urbanas, que tenían a este juego como su opción prioritaria de tiempo libre, y uno de sus principales capitales culturales. Los comentarios sobre el partido disputado o el próximo ocupaban igualmente muchos días de conversaciones que se mezclaban con los comentarios sobre el fútbol profesional.

La cultura del deporte del fútbol en el barrio bajo esta forma era, así, un aspecto que no se limitaba al barrio del Raval, sino que de la misma había muchas extensiones en otras partes de la ciudad y su periferia. En mi análisis, sin embargo, me limitaré sólo a los grupos de esta zona y su contexto comunitario.

4.2 La cultura del deporte

El barrio del Raval no era precisamente un área de deporte importante en la ciudad, aunque en una de sus calles, Joaquim Costa, se fundó en 1899 el Barça, el club más representativo de la misma.

La estructura urbanística, la aglomeración de edificios y su territorio pequeño y encerrado no dejó espacio para ninguna planificación deportiva específica. Esta ausencia de infraestructuras deportivas en el barrio, sin embargo, no fue un impedimento para el desarrollo del deporte en su pasado tanto de fútbol como de otros deportes del gusto de las clases populares.

El boxeo, por ejemplo, fue uno de los deportes favoritos de los vecinos de posguerra (F. González Ledesma, 1987). El local musical la Paloma se convirtió muchas veces

⁴¹ La tercera Regional en la que participaba el Amistad estaba compuesta por 5 grupos de 18 equipos cada grupo. En total 90 equipos en Barcelona y sus alrededores. Esto suponía que habían implicadas unas 1.800 personas cada fin de semana. En primera, segunda, tercera regional y liga de aficionados existía una cantidad demejante de equipos y jugadores, por lo que el fútbol aficionado llegaba a implicar mas de 5.000 personas. Entre semana se jugaban igualmente numerosísimas competiciones de fútbol sala organizadas por gimnasios, clubs, periódicos deportivos, entidades de diferente tipo...

en escenario de veladas pugilísticas. En los ochenta, Manolo Massó, un vecino del barrio, llegó a ser campeón de boxeo a nivel nacional y europeo.

Otros tipo de deportes se encontraban organizados en torno a pequeños gimnasios privados muy tradicionales de la vida asociativa de la ciudad como el popular Centro Gimnástico Barcelonés, en la misma calle Joaquim Costa, o el club natación Montjuïc, otro importante club con tradición y a la vez con piscina en la plaza Folch y Torras. El gimnasio Mar en la calle Nou de la Rambla funcionó en los noventa como un centro especializado en *taekwondo*, que también atrajo la atención de algunos de los chavales que conocí.

Ante la ausencia de espacio e infraestructuras, las calles estrechas eran aprovechadas por los jóvenes para jugar al balón, deporte favorito en el barrio y en la ciudad. Entre el espacio de las mismas los jóvenes organizaban pequeños e interminables juegos de balón, mientras que sus padres, para practicarlo, tenían que ir fuera del mismo.

Los clubs de fútbol de los vecinos desarrollaron así sus locales en los bares y a veces en otros negocios del barrio. Todos ellos sólo alcanzaron la categoría de III regional e incluso otras más inferiores (Cadeca). El barrio no ha tenido ningún equipo representativo con un pequeño nivel deportivo, como por ejemplo otros barrios de la ciudad. Así, Gracia, Horta, Poble Sec o el mismo barrio de la Barceloneta en el mismo distrito que el Raval formaron equipos que llevaban la identidad de la zona en las competiciones deportivas.

Pepe, tras su larga trayectoria en equipos urbanos, recuerda así algunos de estos grupos modestos en los que se había pasado jugando toda su vida:

P: Cuándo empezaste a jugar en el equipo de fútbol, ¿en cuántos equipos recuerdas que has jugado?

R: Bueno, pues empecé a jugar a fútbol en la edad infantil, en Lérida... Estuve jugando en la..., el equipo de colegio; de aquí pasé a Riqueira y luego jugué en el Magranes, un equipo de la barriada. De aquí pasé a Barcelona, luego estuve en la Copa, y luego al barrio, en mi equipo en la Eurocopa, le decíamos Atlético de Comonas.

P: ¿Pero éste es aquí?

R: Aquí, aquí en el barrio, ya.

P: ¿Y dónde jugaba el equipo?

R: En el barrio Alcata en la calle Sant Andreu. Empezamos a ganar ligas no federadas hasta que luego nos federamos y luego, verás, en El Carretas", después nos pusimos El Segre, Atlético Segre, que seguía estando en el mismo sitio, y después fundamos El Carretas y llegó un catalán ya fue federal. Y luego fui árbitro, ya lo sabes, estuve de árbitro unos años.

P: ¿Qué otros equipos conocías

R: Están el Arturo Caracoles, en la calle Barberà, que ha desaparecido. El Cadenas, en la calle Cadena. Todos ellos estaban en bares, bueno, y había más, un puñao, en los bares había un puñao de equipos, sí. El San Pablo también, en la calle Sant Pau, en un bar, el Baliria, la calle Nueva... Todos han desaparecido, todos.

Pues de fútbol grande debe de quedar, no sé el Carretas, que también se ha desecharo, el café. Todos los demás han desaparecido, todos. También estaba el Ideas Falsas, se ha desecharo, o sea .

En sus palabras podemos ver el impacto y la importancia de la tradición de juntarse para jugar al fútbol en el contexto del barrio, así como la productividad del mismo como cultura de deporte y de clase.

Relación de equipos del barrio en 1991-92

Equipo	Bar	Calle
Carretas	Café-Café	Carretes
Rías Baixas	Bienvenido	Carretes
Amistad	La Granja	Reina Amàlia
Atlanta	Local Social	Cadena
Recemprín	Padró	Plaza Padró
Galaico	Galaico	Sant Rafael
Olmo	Coral	Olmo
Esmeralda	s/n	Reina Amàlia
Racó	Racó	Cera
Huracán	La Granja	Reina Amàlia
Ratolín	Ratolín	M. Barberà
Yayos del Raval	Pollería	Carretes

En el cuadro también podemos ver hasta 12 grupos del mismo tipo que el Amistad, que estaban en funcionamiento mientras realicé la investigación. Algunos de ellos se mantenían años; después, otros, desaparecían, pero eran a la vez sustituidos por otros nuevos. Los grupos de fútbol sala que sólo necesitaban cinco jugadores para funcionar eran mucho más numerosos y funcionaban de una manera ininterrumpida

durante todos los días de la semana, en espacios como “El Campillo” o en otros de los alrededores.

Si bien hacer deporte en la zona se encuentra constreñido sobre todo espacialmente, había otras dimensiones que colocaban al deporte en un lugar central dentro de un tipo de vida social y asociativa escasamente reconocida.

En la zona, a pesar de lo limitada que está la práctica deportiva, se habla mucho de deporte. En las reuniones cotidianas de los vecinos, las conversaciones deportivas eran extensísimas y documentadas. Esta centralidad era así vista por un vecino:

¿De qué vamos a hablar sino hablamos de fútbol? ¿De los problemas que tenemos?

Estos diálogos futbolísticos se entablan en la calle, en las plazas, en los bares, en los espacios públicos en general. Como cultura oral, el deporte alcanza en ocasiones niveles sorprendentes. Había personas que recordaban los resultados del club de la ciudad de un año para otro, e incluso de dos o tres años anteriores. La información deportiva en detalle no era solamente de fútbol, sino que también podía ser de otros deportes en auge como el ciclismo, el motociclismo o los resultados de unos juegos olímpicos. Las conversaciones sobre las hazañas del Barça o del Español, sobre sus problemas, sus fichajes, sus rivalidades con otros clubs, forma parte de muchos de los diálogos habituales entre conocidos y vecinos. Los comentarios en el barrio, en el contexto del bar sobre el club local, eran en ocasiones incesantes.

La lectura del periódico deportivo era un hábito muy frecuente y una costumbre también muy extendida en toda la ciudad. En los bares está siempre, al alcance de la mano, uno y en ocasiones hasta dos periódicos de este tema. Como consecuencia de este consumo la prensa deportiva había alcanzado un volumen de ventas que seguía muy de cerca a la prensa en general.

La televisión era otro de los hábitos más habituales de los vecinos y dentro de los programas preferidos estaban igualmente los partidos de fútbol y los programas deportivos.

El fútbol creaba, a escala no sólo de barrio sino de toda la ciudad, un juego de identidades hacia el club de la ciudad (el Barça y el Español) o hacia el club más en competencia (el Madrid), que eran largamente discutidas, construidas y deconstruidas con diferentes argumentos y tácticas a lo largo de todo el año.

Otro impacto del fútbol en el barrio era bien visible a través de la ropa que vestían no sólo los jóvenes, sino incluso los adultos. Muchos vestían de forma cotidiana la prenda del equipo de la ciudad o utilizaban símbolos en mecheros, camisas o gorras. Bernabé, por ejemplo, siempre llevaba puesta una camiseta del Real Madrid, un símbolo difícil de utilizar públicamente en Barcelona, ciudad rival futbolísticamente hablando.

Los temas futbolísticos se habían convertido así en una vía para entablar conversaciones fáciles con desconocidos, con amigos e incluso con rivales ⁴². El fútbol era un tema habitual como tradicionalmente había sido el tema del tiempo.

En la película “The Full Monty”, de gran éxito comercial (1997), otro director británico Peter Cattaneo, nos presentaba a un grupo de obreros parados de la ciudad inglesa de Sheffield, que recurren a un desnudo para ganar dinero. En una secuencia de la película se nos muestra, de una forma muy divertida, el impacto de la cultura futbolística en las clases populares cuando estos obreros reconocen un paso de baile a partir de su similitud con una jugada futbolística. El fútbol nos aparece así como una de las modernas formas de identificación y como parte de una cultura popular de un amplio impacto.

⁴² A las clases trabajadoras en toda Europa se les asignaba una gran predisposición para esta cultura futbolística, por lo que el tema del fútbol había recibido comentarios y reflexiones de importantes intelectuales y sociólogos (N. Elias, E. Dunning, J. M. Brohm, M. Vázquez Montalbán...), directores teatrales como Albert Boadella, que consideraba el fútbol como descompresor de la sociedad, y jugadores famosos como Jorge Valdano, que se dedicaban a novelar el fútbol para los aficionados o los problemas de violencia generados por el fútbol (“Entre los bárbaros”). Buford, B (1992).

Las grandes competiciones de fútbol, como los mundiales o una final de una Copa de Europa o de América, podían paralizar una gran parte de una ciudad e incluso de todo un país (Río de Janeiro, 1992, París, 1998).

Esta cultura tendrá, sin embargo, otras versiones de negocio e industria moderna, especialmente a través de su conexión con los medios de comunicación de masas, del auge del fútbol profesional, que lleva a las personas a posición de espectadores y de consumidores de espectáculos.

4.3 Fútbol y espacio social en el barrio

El bar Cires era el local donde se reunían los jugadores del F. C. Amistad. Físicamente era un bar muy pequeño, de los que apenas se notaba su presencia desde el exterior. La mayor parte del espacio lo ocupaba la barra, que era a la vez estrecha y alargada. El resto estaba ocupado por cuatro mesas de fondo para comidas, una máquina de juegos, la televisión, siempre encendida, y una máquina de tabaco.

Esteve era uno de los clientes más habituales del bar. Aparecía siempre temprano, vestido muchas veces con traje azul sin raya y sin afeitar. A través de una conversación con Manolo, el propietario del bar, se puede ver fácilmente el funcionamiento de un bar que además de servir bebidas es utilizado también para otras funciones:

Esteve: Manolo, ponme un vinito. Manolo, ¿ha venido por aquí Francisco?

Manolo: Pues no.

Esteve: Tiene cojones este hombre. Hace dos días que ando detrás de él. Te dice que sí, que aquí a tal hora y después no aparece.

Manolo: Sí, es así, ese siempre es así.

Esteve seguidamente empieza a criticar fuertemente a su vecino:

Esteve: Ese ni es médico, ni es ná. Un limpiamierdas de la seguridad social que viene aquí tirándose faroles de que si tal, de que si cual. Hace un mes que una mujer que estaba ahí sentada en la mesa, que priva mucho, le miró la tensión y le dijo que la tenía baja y que tenía que comer grasas para que le subiese. La tía por hacerle caso casi la pringa.

Manolo le devuelve con otra historia sobre Francisco:

Manolo: Un día vino aquí con unos amigotes vacilando y me dice que este bar no tiene más que vino peleón. Le saqué una botella de 3. 000 pta. y unas tapitas. Te vas a

enterar, pensé. Quieres un buen vino, pues ahí lo tienes y ahora págallo. Se quedó muerto.

Además de ser punto de críticas y comentarios, también vemos cómo es un punto de reunión, de exhibición y, en este caso, hasta de consultorio médico. También es un lugar habitual donde encontrar a algún conocido o dejar recados a otros.

Manolo cuando no había muchos clientes, dejaba en la barra a su hijo pequeño, Andrés, y mientras él se iba a la cocina a preparar algunas tapas. Tenía trece años en 1987 y, especialmente los fines de semana o después del colegio, ayudaba en la barra a su padre, haciendo recados o recogiendo vasos y botellas de las mesas y del mostrador. Los clientes del bar le gastaban alguna broma por este motivo, pero a él no le afectaban y las reía tímidamente. Cuando Manolo volvía a la barra corría rápidamente a la calle a jugar con los amigos.

Manolo, desde detrás de la barra, después de servir a los clientes hacia de espectador de la calle y de la plaza.

—Manolo, ¿puedes salir un momento? — le pregunta una mujer de aspecto joven desde la calle.

Cuando vuelve Manolo entra protestando:

Tendrá morro la tía, dice que si le dejo 200 pta. pa tomar una cerveza y encima se irá a tomarla a otro bar. ¡Que se vaya a tomar pol culo! El otro día viene otro tío y me pide dos whiskys y una cerveza. Se los bebe, pim-pam, y luego me suelta que no tiene dinero, que no puede pagar. Hasta que no le di dos guantazos no abrió el bolso. Si te dejas te toman el pelo.

El bar vemos aquí como también es un lugar donde se pueden adquirir créditos personales para bebidas o comidas, si alguien es habitual o conocido en el mismo.

Algunas escenas de este tipo y otras parecidas formaban parte de la vida social en torno de un bar de barrio, donde tanto los clientes como el propietario se conocen de una forma muy estrecha y todos se forman y desarrollan unas opiniones muy concretas sobre la vida de los demás. Para otro cliente, Álex, jugador del grupo Amistad, el bar Cires era también su lugar habitual de comida:

Es un bar de estilo casero y por eso le gusta a la gente. Ahora las comidas no son tan buenas como cuando llevaba el bar Bienve, pero están bien. Para mí es el mejor de la calle y además es barato.

La mayoría de los bares del barrio ofrecían sin embargo pocas diferencias. Todos tenían unos precios parecidos, bastante ajustados al tipo de clientela más habitual y a sus economías. Todos eran visitados asiduamente por todos, excepto cuando se producían enfrentamientos más personales entre el dueño y el cliente que hacían romper la relación al menos por un tiempo. Normalmente, nunca estas rupturas eran definitivas.

En la lista de precios del Cires, en el año 1991 un caldo costaba 70 pta. , lo mismo que una ensalada, y el menú completo, incluido el postre y el café, no sobrepasaba las 600 pta. Todos los platos del día estaban escritos en la pizarra con el precio de cada uno.

En las horas centrales de la comida, Manolo servía las mesas y su mujer se encargaba de atender la cocina.

Manolo tenía su propia visión del negocio:

Este es un trabajo chungo. Abro a las ocho de la mañana y cierro según vea la cosa, allá sobre las once de la noche. Hay muchos bares en el barrio y ya se sabe que el negocio de muchos sólo da para subsistir y pagar impuestos. Esos de la mueblería de enfrente hay muchos días que no venden nada, y algunos colegas míos no lo dejan por no quedarse de brazos cruzados.

En este bar la gente ya ves, va pasando, va picando. No es como otros bares que tienen toda la actividad a la hora del desayuno o de la comida. Aquí la gente va entrando a todas horas.

Esta dinámica del Cires era lo más frecuente también en el resto. La caja se iba haciendo poco a poco, sirviendo cervezas, consumiciones de copas, unos bocadillos en el desayuno, unos cuantos menús a la hora de las comidas, para después continuar sirviendo de nuevo más bebidas. Cada cliente podía llegar a realizar a lo largo del día varias consumiciones. Si había dinero, podían ser muchas más.

Veamos a algunos de los clientes y a la vez jugadores de fútbol que frecuentaban habitualmente el Cires.

Álex (20 años). Era mensajero. Tenía una moto de pequeña cilindrada. Trabajaba para una empresa portuaria. Hablaba siempre mucho. Era muy simpático y todos le reconocían así. Sus opiniones sobre el fútbol y el grupo tenían siempre una influencia importante. Era considerado como un jugador que siempre se entregaba en el campo y por el equipo. Tenía costumbre de ir cada día al bar a jugar la partida de cartas. En estas partidas se empezaban jugando pequeñas cantidades de dinero que poco a poco iban aumentando. Era habitual que antes de finalizar el mes ya no tuviese dinero y le iba así dejando a Manolo las cosas a deber. A final de mes todos ya sabían que Álex no tenía dinero. Sin embargo, cuando cobraba, pagaba las deudas e incluso durante los primeros días invitaba a los amigos. Había nacido en la calle Unió donde su padre aún tenía un bar. Vivía en la calle Mèxic, cerca de Montjuïc.

Bernabe, (35 años). Tras conocerle en el ambiente del bar y del equipo le animé a hacer de entrenador con un grupo de chavales en el que estaba su hijo Berni. Ya vimos en la primera parte alguno de los resultados. Físicamente era muy bajo. Se le reconocía también por tener un gran bulto encima de la nariz. En el bar siempre estaba bebiendo, muchas veces eran grandes copas de alcohol, que las tomaba a primera hora de la mañana, antes de ir incluso a jugar un partido de fútbol. Durante el día siempre tomaba cervezas y fumaba sin parar. Era casi un milagro el que pudiese correr después de tales excesos. Era de los que más se implicaba en las discusiones y disputas sobre el fútbol o sobre quién debía jugar en el equipo o quien no debía. Su carácter era muy parecido al de chavales como Pablo, por ejemplo. Él era un jugador bastante malo, y era muy criticado a su vez. . Trabajaba esporádicamente como pintor, o ayudando en las obras. Muchas veces no trabajaba. Vivía en la calle Riereta. Su mujer vendía cupones de los ciegos.

Jordi (28 años). Vivía en la calle Carretes. Era el portero del grupo. Era muy nervioso hablando y muy propenso en los partidos a tener problemas con los jugadores contrarios. Era el que menos frecuentaba el bar, según los otros porque siempre iba “pelao”. No trabajaba y se decía que tenía muchas deudas. Había bares del barrio a

los que tampoco entraba porque en ellos debía dinero. Así un día que le propuse a entrar a uno se disculpó, diciéndome que con el amo de ese bar estaba enfadado. Su mujer era prostituta. Él acompañaba a los dos hijos a la escuela y sólo pasaba por el bar a enterarse del día que se jugaba el partido. Su forma de vestir también era muy poco elegante, con ropa de deporte a veces sucia. Ese era su aspecto habitual todos los días del año. Si alguien, por ejemplo, hacía un comentario de que algún gol había fallado el portero, enseguida amenazaba de que el grupo se buscase otro jugador para ese puesto si no estaban contentos con él.

Juan (21 años). Vivía en la calle Cabres. Era otro de los más jóvenes del grupo. Era muy amigo de Álex. Por la mañanas también coincidía con él a desayunar en el Cires. Vivía con sus padres, pero tenía muchas diferencias con ellos. Muchas veces comentaba que con su padre no se hablaba, otras veces era con su madre, o con los dos a la vez. Cuando le conocí trabajaba de mensajero, para después pasar a hacer de camarero en un bar cercano al barrio. De joven había practicado artes marciales. Siempre hacía referencia a ello y a lo peligroso que podía ser tener con él una pelea. Un día a Bernabé le dio un golpe que le dejó inconsciente. Su carácter era violento, pero también sabía contenerse. Sus comentarios y sus críticas sobre el juego de los demás le hacían colocarse siempre en medio de muchas disputas que a veces acababan en enemistades temporales.

Se puede apreciar cómo hay una diferencia entre edades de los jugadores. Ésta era una combinación que aparecía muchas veces también en otros grupos. Los jugadores eran también vecinos que vivían cerca unos de otros, aunque también podían vivir lejos, pero habían tenido y mantenían una relación con la zona por haber vivido allí antes, o porque sus amistades las podía encontrar en estos lugares sin haber quedado previamente. Así si quería ver a alguno de ellos no era necesario acordarlo antes. A partir de una hora determinada resultaba fácil coincidir en el Cires o en algún otro de los bares de la calles más cercanas.

El grupo Amistad no realizaba ninguna inversión por instalar su punto de encuentro en el bar. El bar ofrecía su espacio al grupo como centro de comunicación y de

reunión. Por su parte, Manolo se veía recompensado por las consumiciones que hacían los jugadores tanto a lo largo de la semana como después de los partidos.

Estas relaciones entre el bar y el grupo eran a veces discutidas habitualmente por los miembros del equipo, pero a la vez se hacían necesarias e inevitables en el contexto de un barrio sin espacios. Así de diferente veían la relación con el bar Pepe o Bernabé:

Pepe: Un club en un bar es un negocio para el amo del bar, tú ya me entiendes, copas, clientela desayunos... Aunque el club es independiente del bar y se puede poner aquí como se puede llevar a otro sitio.

Bernabé: Tener un equipo en un bar es una mierda, porque siempre parece que estás pidiendo dinero al amo del bar. Antes, en el RBB nos pasaba y, ahora aquí nos pasa lo mismo.

Los propietarios de los bares siempre daban facilidades a los clientes para que instalasen en él su punto de encuentro como equipo de fútbol. Así, dejaban colgar en el mismo, por ejemplo, una pizarra donde apuntar los resultados, las clasificaciones o el anuncio sobre el próximo partido a disputar. Otras veces también colgaban alguna fotografía del grupo. El bar podía poner publicidad en la camiseta y ofrecer así ésta como regalo.

Una vez finalizado el partido del fin de semana, los jugadores nos encontrábamos en el Cires a desayunar y a comentar el partido.

Algunas de las mujeres de los jugadores también aparecían por el bar y en ocasiones también acompañaban al grupo. Tras el partido, se unían a los comentarios del fútbol. Con sus propios comentarios sobre el juego de sus maridos, de sus vecinos o sobre el papel de las mujeres de otros futbolistas hacían sus influencias en el grupo.

La mujer de Bernabé un día le reprochó duramente su participación en el grupo "Amistad", posiblemente en alusión a algún otro problema personal:

No quiero que vayas a jugar con esta gente del barrio porque son unos envidiosos y las envidias de fuera se llevan también dentro.

En el grupo también se comentaba que otro jugador había acabado finalmente separándose de su mujer por culpa del fútbol. Otras veces se producían líos de fútbol y parejas:

El lunes el Fernando le dio un puñetazo a la mujer del presidente. Luego también casi se lía el Bermejo porque dijeron que se acostaba con la mujer del presidente. Esto parece Falcon Crest. Y Bermejo que no tiene novia ni na, decía que en un día se había hechado mujer, amante y de todo.

Había en el barrio otros grupos de fútbol de las características del Amistad. Todos ellos tenían igualmente sus locales en los bares. Los jugadores más veteranos comentaban esta combinación como algo muy normal.

El ambiente del bar en el barrio era algo que podía cambiar si no se tenía cuidado como reflejo de otros problemas. Se podía así correr el peligro de perder el cliente y también el local, como comentaba Álex sobre los incidentes que corrió otro equipo en el que había estado anteriormente:

EL Galaize tenía el bar en la calle San Rafael. El bar empezó a tener problemas porque su dueño empezó dejando fumar dentro del bar a la gente y luego empezaron a aparecer negros y yonquis.

Ya no se podía entrar allí. Yo se lo dije al Juan: "Mira que te van a cerrar el bar, ten cuidao". "No, no pasa nada", decía él, , hasta que al final se lo cerraron. Ibas por allí y cuando llegabas una tía te decía si querías caballo, si querías una papelina. El equipo, cuando cerró el bar, se fue a Hospitalet.

4.4 Organización del grupo

En el contexto del bar Cires, los miembros más estables del grupo de fútbol hablaban constantemente de la necesidad de buscar más jugadores. Cada uno buscaba por su cuenta en sus círculos de amigos y conocidos. Con ello pretendían mejorar los resultados deportivos, pero esto a la larga también los ponía en peligro a ellos mismos. Era el peligro de la deportivización como hemos visto en el caso de los chavales. Si venían mejores jugadores algunos de ellos no jugaban.

Pepe: Ayer resulta que viene el Fernando a ofrecerme un jugador para el club nuestro, ellos que acaban de irse y que tampoco tienen jugadores ¿Tu entiendes algo de esto?

Yo no entiendo nada. La chavala me dice: "Déjalo, pero es que lo hago porque me gusta el fútbol, porque lo llevo dentro."

Otro día apareció en el bar un vecino de origen extranjero. El entrenador lo presentó en el bar diciendo que era un buen jugador porque estaba muy acostumbrado a jugar por ahí todo el día en la plaza y en la calle.

Ese mismo domingo, antes de irnos al campo y de repartirnos en los coches que quedaban disponibles, la mujer de otro jugador comentó: "*¿Quién va a llevar al moro?*" Cuando el jugador se la quedó mirando rectificó enseguida: "*Es que no sé cómo te llamas*". "*Si a el no le molesta...*", respondió otra mujer intentando rebajar la tensión.

La presentación a través de alguna persona que ya estaba en el club era la forma más correcta y reconocida para dar la entrada a alguien nuevo en el grupo. Normalmente todos los jugadores nuevos eran siempre bien recibidos y después examinados en el campo.

A esta forma de participación se la llamaba en el contexto del barrio "fichar". Fichar por el equipo de fútbol no significaba hacer un contrato económico con un equipo como se hace en el ambiente profesional. En el barrio "fichar" era primeramente la manera de vincularse deportivamente a grupo para jugar al fútbol los fines de semana. Tras esta vinculación se producía ya una identificación con el grupo. Esta identidad, cuando variaba sin motivos, se consideraba una grave traición.

Con el fichaje se formalizan además una serie de compromisos como la participación continuada y también unas obligaciones económicas. En el fútbol aficionado entrar en una en una competición de III Regional suponía unos gastos económicos importantes. Disponer de un campo de juego para una temporada completa podía llegar a costar un alquiler de 200. 000 pta. Además, si el grupo quería tener campo para entrenamientos eran gastos suplementarios. Para cada partido el equipo debía de pagar también los gastos de arbitraje, que en la temporada 1991-92 eran de 5. 000 pta. Si todos los jugadores participaban económicamente no había problemas, pero si empezaban a fallar, se producían rápidamente problemas y tensiones entre

los que pagaban y no pagaban, o entre los que no pagaban y jugaban y así sucesivamente.

La organización económica del grupo para hacer frente a estos gastos se podría considerar como una metáfora del funcionamiento de algunas partes de las economías sumergidas del barrio. Para cubrir los gastos y otras veces para hacer negocios particulares, se editaban boletos de lotería ilegales en combinación con las apuestas nacionales.

Era frecuente también la organización de rifas con lotes de comida y bebida, especialmente en épocas como la Navidad. Otra forma de economía para el equipo eran los sorteos semanales de botellas de bebida. Estos sorteos se realizaban también en combinación con los números de la lotería. Los premios debían recogerse en el bar y también se tenía que ir allí a comprar las participaciones. Manolo dejaba en el bar un lugar para la exhibición y a la vez recogía el dinero apostado.



El problema más habitual era que las participaciones que cada jugador tenía que tomar voluntariamente no se hacían. Sin este dinero que había que recoger semanalmente no se podían pagar los arbitrajes ni tampoco los desplazamientos de los jugadores. Estos, sorprendentemente los hacíamos muchas veces en taxis. Era frecuente que nadie estuviese dispuesto a ir en transporte público a jugar un partido. A la vez, pocos de los jugadores disponían de un coche. Otros que lo aportaban voluntariamente en alguna ocasión reclamaban posteriormente al equipo gastos en gasolina. En ocasiones se reclamaba este dinero a Manolo, que reaccionaba muy violentamente: *"Si nadie ha comprado número qué dinero voy a tener yo"*.

Al principio de temporada futbolística, en los meses de septiembre y octubre, solían aparecer por el bar muchas personas dispuestas a jugar en el equipo. Se identificaban con el mismo de una forma pasional. Algunos de estos nuevos jugadores sólo duraban unas semanas. Cuando había muchos jugadores para un partido se elegía primero a los que mejor jugaban. Estar esperando para jugar era una situación que rebelaba a muchos y que provocaba rápidas deserciones. El proceso de deportivización, como con los chavales, era excluyente y dejaba fuera a algunos que, sin embargo, eran indispensables para el funcionamiento del grupo a largo plazo. Si no se frenaba podía acabar con el grupo. En el grupo, muy pocos, a pesar de ser conscientes de sus efectos, se atrevían a pararlo.

En un partido, tres de los jugadores que debían esperar en el banquillo se fueron antes de que terminase al no darles participación el entrenador. Entre los que se fueron estaba el mismo Pepe, que más tarde justificaba así su marcha a otro grupo y a otro ambiente:

Jugamos en campos muy malos, Singuerlín, San Cosme, La Mina..., pero no tenemos ningún problema. No tengo que pagar nada y después del partido todo el mundo se va a tomar cervezas. Yo he tenido que ir a jugar fuera del barrio por los mamoneos que se traen aquí, aunque yo debería estar jugando aquí. No saben valorar a las personas que cumplen.

Las deserciones por exceso de jugadores creaban conflictos que acababan debilitando al grupo, ya que transcurridos los primeros meses de competición ya no quedaban suficientes jugadores para completar un equipo. Formar un grupo con sólo 11

jugadores constituía también un riesgo económico y de participación, ya que casi siempre había algunos que, aunque lo habían prometido, luego no se presentaban a jugar el domingo (se disculpaban porque habían estado de fiesta, se habían quedado dormidos, habían tenido que trabajar...). Los jugadores que no pagaban tampoco podían ser consentidos, ya que esto ponía a la vez en peligro el pago del resto del grupo.

Había además otras normas no escritas que se comentaban habitualmente en el ambiente del bar, como el compromiso y la fidelidad que cada jugador debía de tener a su propio equipo, a no ir bebidos, no montar follones... Estas normas de corrección se olvidaban en el campo rápidamente.

Estaba también mal visto jugar en varios equipos a la vez, pero era sin embargo una práctica bastante habitual. Así lo comentaba Lozano, un jugador que explicitó claramente su vinculación con dos grupos,

Lozano: Mira yo quiero que tengáis las cosas claras conmigo. Yo este año fiché por el Rías y no he tenido hasta el momento ningún problema con ellos y claro no los voy a dejar tirados. Ahora, si yo tuviese algún problema pues puede que cambiase de club, pero no ahora.

Fernando: No, si tú puedes hacer lo que tu quieras, sólo que si quieres venir con nosotros puedes venir.

Lozano: Yo si queréis puedo ir algún sábado, no todos, pero que quede claro que soy del Rías.

A través de esta doble vinculación había jugadores que disputaban hasta dos partidos de fútbol en la misma mañana, como Álex o Juanito. Los jóvenes con los que, como educador, trabajaba a la vez también presentaban la misma pasión por el juego. Esta pasión los llevaba a apuntarse a varios grupos a la vez, creando con esta actitud enemistades e indisponibilidad para poder cumplir con todos los compromisos a los que se ofrecían y a la vez debilitaban los grupos. .

La práctica de estas normas no escritas resultaba bastante sencilla, pero sin embargo se hacía difícil de cumplir, incluso para todos ellos que eran ya personas adultas. Constantemente se comentaba que se habían cambiado las normas o se les

añadían dispensas, como que se podía llegar a jugar en otro equipo si no se coincidía en los horarios o que se podía jugar si pertenecía éste a otra categoría...

Todos estos asuntos sociales, además de los comentarios sobre los resultados deportivos, ocupaban una gran parte de conversaciones durante la semana, que se mezclaban a su vez con las opiniones sobre fútbol profesional y los líos que había también dentro del mismo.

4.5 Los jugadores

La mayoría de los equipos del barrio como el Amistad lo formaban una combinación de jugadores jóvenes con otros más veteranos. El fútbol era el único deporte que practicaban sin ninguna preparación física y técnicamente muy limitado, aunque también había excepciones.

Había en el grupo algún buen jugador local. Ésta era una posición de prestigio que se comentaba habitualmente en el bar. Era el caso, por ejemplo, de el Málaga, que era muy respetado y conocido en el todo el ambiente futbolístico de la zona.

Ser jugador también podía ser una forma de establecer diferentes relaciones en el barrio, de pertenecer a un grupo concreto y recibir con ello, por ejemplo, solidaridad, aceptación y reconocimiento local. En una conversación entre jugadores se lo recordaban a Jordi, el portero, uno de los días que amenazó con dejar el equipo tras las críticas que recibió por un gol,

-Tú, Jordi, ¿te acuerdas de cuando viniste al barrio, que no conocías a nadie, y yo y el Andrés te hicimos amigo? Pues si tú te vas del equipo, yo no te voy a mirar bien.

-Pero eso no tiene nada que ver, porque una cosa es el fútbol y otra la amistad.

-Sí, pues tú sabes que nos vamos a enfadar.

Los jugadores eran, en su mayoría, obreros que vivían en el barrio, de poca cualificación profesional y sin trabajos fijos. Muchos empezaron a trabajar a una edad muy temprana tras finalizar la escolaridad obligatoria. Otros, no la llegaron a terminar. Sus antiguas experiencias académicas se parecían así mucho a las de los chavales del grupo de fútbol de servicios sociales.

Sus economías eran, como consecuencia, bastante inestables. Era frecuente que a principios de mes o de semana, tras haber cobrado algún trabajo, realizasen gastos exagerados en invitar a los amigos o en irse de fiesta o en pagar deudas acumulados. En el bar Cires pagaban algunos de ellos importantes créditos acumulados, como Álex:

El Manolo es un buitre y yo no voy a volver más. ¿Sabes lo que ha hecho? El otro día le pedí la cuenta que le debía y me metió 28. 000 pta. ¿Tú te puedes creer? Mira, fijate, yo no pago la comida, él me la va apuntando. Ahora le debía la comida de 25 días. Tú cuenta, 25 días a 500 pta. Luego también me tomaba algún cubata después de comer o alguna copa de las cartas, pero así y todo no puede ser. También le pedí 5. 000 pta. un día pero no puede ser. Yo me extrañé cuando me lo dijo, pero se lo pagué, no le dije más para no encenderme, pero yo no vuelvo más. Ahora me voy a venir a comer al B. B. y, si no, a casa. El Tomás ahora va porque está pelao hasta que cobre, pero después ya verás porque le ha metido palo, y mira que yo gasto dinero en ese bar.

En el caso de los jugadores casados y con familia, era la mujer la que aportaba la mayoría de las veces los ingresos más fijos. Algunas de estas mujeres trabajaban en la limpieza, como vendedoras en alguna tienda o en la cocina de algún bar de la zona.

Sus experiencias de trabajo inestables y poco cualificados tenían siempre que ver con su falta de formación o con formaciones que habían sido deficientes:

Álex: Mira yo trabajo de mensajero porque me gano bien la vida, pero son muchas horas encima de la moto, además con el peligro de que te pegue un coche o un taxista. Yo trabajo de mensajero por no trabajar de peón; podría cogerme mi padre, pero ya estuve un tiempo y no veas. Estás también puteao y el paleta, si no se enrolla, pues... Hay algún paleta que es majo, pero otros tienes que hacérselo todo, dar llana, limpiar el suelo que se mancha, hacer yeso... Yo estuve un tiempo con un paleta que me llevaba bien con él, hacía las cosas, trabajaba a gusto..., pero hay otros que no veas.

Juan también trabajaba de mensajero, pero se presentaba muchas veces como electricista:

No veas, cuando llegué dije que era oficial. Me mandaron a la Seat y me dijo el encargado: "Tú eres Juan M. ?" Pues sí. Pues hay que hacer esto, esto y esto, y yo no sabía na, y le dije al tío que yo era peón, que yo no era oficial. Luego estuve poniendo grapas en una instalación con dos tíos que me puteaban todo el día, me decían que yo tenía que hacer eso porque era joven.

Esta falta de formación profesional era muy frecuente, aunque era normalmente poco reconocida. Así, sólo se descubría tras el trabajo. Sus posibilidades futuras tras estos fallos quedaban así muy limitadas, o se iban reduciendo poco a poco. No aceptaban tampoco la posibilidad de una nueva formación porque pensaban también que sabían lo suficiente de unas profesiones que no conocían en profundidad.

4.6 Tensiones

Las tensiones eran una característica frecuente en los grupos de fútbol, como también lo eran en la vida social del barrio o en el mismo equipo de los chavales. La tensión en el grupo de fútbol aparecía especialmente en el bar a continuación de algún simple incidente o como consecuencia de los comentarios sobre el funcionamiento del grupo, sobre el partido que habíamos jugado hacía unas horas o sobre la personalidad de algún jugador.

Pepe, a lo largo de la temporada intentaba hacer un papel apaciguador, pero a la vez delicado. En los descansos y en los momentos previos al partido intentaba tener una conversación con todos para dar algunas consignas sencillas. La excitación de los jugadores hacía difícil el entendimiento. La conversación terminaba con la conclusión de que teníamos que luchar y quedar bien.

También aparecían otros conflictos de fútbol y sociedad por enfrentamientos personales. A Jordi, cuando le cuestionaron también como portero, amenazó con irse y llevarse, además, a tres jugadores con él. De esta forma reclamaba su afirmación en el grupo frente a otros, que querían desplazarle como líder.

En otras ocasiones se empezaba disputando por cuestiones del juego y se podía acabar disputando por cuestiones personales. Así comentaba Álex una aptitud habitual en Juan:

Es un gitano porque vas con él por ahí y no paga na. Yo he ido con él al bingo y he tenido que sacarle el dinero casi a la fuerza.

Eran frecuentes también los celos dentro del campo de fútbol. Nadie quería reconocer que otro era más protagonista por tener mejor juego. Durante el partido todos se criticaban y daban órdenes a la vez, el portero a la media, la delantera a la defensa, la media a la delantera... Al finalizar, todos tenían su propia visión del partido y de su función en el juego.

Como consecuencia de la acumulación de tensiones, la acumulación de jugadores, las deserciones y la falta de pagos, el grupo Amistad terminó deshaciéndose en junio de 1992, tras un incidente desencadenado en un partido. Bernabé lo comentaba de esta manera:

Vaya lío que se armó el domingo. El Pera quería pegar al presidente; el Jordi se metió en medio y también le quería pegar. Luego, el Juan que quería pegar al árbitro. Va y le dice: "Tú, métete ahí que como salgas vas a cobrar. Allí en el vestuario".

Ahora quieren que nos vayamos todos otra vez del Amistad. El Fernando es un liante. Ese chaval en todos los sitios donde se mete acaba mal. El Amistad se ha deshecho por culpa de él, tú ya lo sabes, y ahora viene con volver a hacerle.

Durante ese mismo verano se produjeron varios cambios más en los clubs del barrio. Se deshizo el Amistad tras dos años de funcionamiento, pero se rehizo el Carretas, con una nueva y a la vez vieja idea de equipo de veteranos, de amigos, para pasar el rato, en el que todos jugaban y todos pagan por jugar.

Mis relaciones más intensivas con el grupo y con el bar duraron unos meses más, hasta 1993, con un nuevo nombre y organización. Ese año, en un partido, una lesión fortuita en una rodilla me obligó a dejar la práctica del fútbol y la vinculación como jugador con el grupo, aunque mantuve con ellos los contactos personales.

El fútbol para los adultos a través de estos grupos funciona como un punto de encuentro similar al de los jóvenes. El espacio de la plaza o de la calle utilizado por los jóvenes es sustituido por el bar, que es donde se concentran las relaciones y una parte de la vida social de los mismos. Así se conectan también con una cultura muy extendida en la vida social del barrio.

Dentro de estos grupos, sin embargo, también vemos aparecer problemas que ya vimos, por ejemplo, en sus propios hijos, y que ponen en peligro estos puntos de vida comunitaria. Así por ejemplo, la tendencia a la deportivización es excluyente para los vecinos menos dotados, la penetración de problemas y líos personales provoca crisis que hacen tambalear al grupo. La economía personal y sus altibajos se mezclan con la economía del grupo, produciendo también altibajos y nuevos líos dentro del mismo. El desarrollo de la identidad entra en fases y procesos de fragmentación de una forma bastante constante. Estos son problemas del deporte, a la vez que son problemas derivados también de las situación familiares y sociales en las que viven. Los itinerarios de educación, trabajo y valores de estos vecinos nos recuerdan también los itinerarios que parecen estar en reproducción a través de sus propios hijos.

Como compensación también se producen, en el contexto de los mismos grupos, procesos de integración negociada de una forma cotidiana. Los vecinos reciben así a otros vecinos con sus diferencias, a inmigrantes recién llegados o a un antropólogo, como en mi caso. También ayudan a la resistencia ante los problemas de forma una veces grupal y otras, individual.

En un ámbito más general, estos grupos son muchas veces ignorados. En otras ocasiones, son interpretados con otras visiones más críticas. Así, estas organizaciones de deporte, de cultura futbolística y de barrio, puede ser leídas como una alienación, como un ejercicio hegemónico del poder a través de las modernas formas del consumo deportivo. Puede ser leída como una cultura de deporte que marca el declinar de los fines de semana de la clase trabajadora y una ayuda más a la reproducción de la marginación.

El fútbol de estos grupos de adultos es, sin embargo, una estructura que, aunque es débil, está controlada por ellos mismos, a diferencia del deporte como estructura controlada por otros, y en las que todos pasan a ser meros consumidores o espectadores. Estos mismos vecinos en ocasiones se transforman en hinchas y seguidores de los clubs, algunos incluso están considerados como peligrosos y fanáticos. Es, sin embargo, otro contexto muy diferente.

Dentro del barrio, la cultura deportiva puede ayudar a su reproducción cultural, pero por otro lado también puede hacer más llevadera una situación de marginación y de aislamiento. No es un capital cultural que les va a permitir cambiar, pero sí, al menos, resistir. A pesar de los inconvenientes, persisten. Desaparecen en un sitio, pero vuelven a aparecer en otro.

4.7 Redimir con el deporte

Tras el desarrollo del fútbol y del deporte como cultura extendida también se desarrollaron otro tipo de acciones en torno a él, mucho más reconocidas que la cultura de los grupos de fútbol como los del Raval o de otros barrios urbanos. Estas acciones colocaban al deporte (especialmente el de los deportistas, famosos y jueces) en una moderna posición de misionero deportivo, (en el capítulo 9 veremos también el papel de otros misioneros “culturales”) de modelos de vida ejemplar frente a problemas sociales como las drogas o la marginación. Los deportistas de élite bajo este influjo se pusieron también a la cabeza de otros movimientos solidarios, en un proceso que podríamos considerar como de reproducción y capitalización (simbólica) de la marginación a través del deporte. Estas iniciativas partían, aunque en ellas pudiesen existir también buenas intenciones, de un desconocimiento muy grande de los contextos de las situaciones complejas de clase y marginación.

El deporte en algunos de estos casos era no sólo un misionero sino también una metáfora de ciudadanía y civismo. El periodista Josep Maria Espinàs lo reconocía así en una conversación con el propio alcalde de la ciudad:

Val a dir que, en un moment determinat, l'alcalde va introduir aquesta imatge a la ciutat, va donar un model de cultura física, fins i tot saltant amb una gavardina, vaja, i fotografiant-se sovint anant en bicicleta o vestit amb un xandall... Resumint, això és una aportació que hi ha hagut a la història de Barcelona, l'organització d'actes que tenen el sentit de crear un clima col·lectiu que és positiu. Però em pregunto si ha de continuar pesant massa aquest plantejar-se que la imatge de Barcelona de cara als propis ciutadans, i també de cara enfora, no sigui tan excessivament llampant, d'autosatisfacció biològica. Em pregunto si no seria el moment de començar a crear una necessitat d'activitats d'un altre tipus, que eixamplin un altre camp. (J. Guillamet, 1995: 30)

En estas palabras podemos ver algo del abuso de estas imágenes , a la vez que, un escaso reconocimiento hacia unas clases que no practican el deporte ni por imagen ni por civismo, sino como cultura del tiempo libre en unos contextos mucho más anónimos, pero también más personales.

Hemos visto cómo el fútbol tenía ventajas para los chavales del barrio, porque se lo pasaban bien, hacían amigos y aprendían a organizarse. A los vecinos también los reunía, pero el deporte, a pesar de estas ventajas, no era una solución para los problemas de pobreza y de atascamiento social que se daban en la zona.

El auge de la cultura del deporte utilizada desde los grupos de poder tuvo como consecuencia el desarrollo de otras relaciones más impactantes sobre la marginación en otro tipo de experiencias, con un carácter especialmente reproductivo, y que no cambiaban nada las situaciones a pesar de las apariencias. A pesar de ello, formaban un producto nuevo y con unos beneficiados.

Desde finales de los ochenta y principios de los noventa, se crearon diferentes asociaciones patrocinadas por deportistas de élite para luchar contra la droga, se organizaron partidos de fútbol para recaudar fondos a escala de todo el estado, carreras populares con consignas sociales. Bajo estas perspectivas se potenciaba una visión solidaria y terapéutica de las actividades deportivas con connotaciones a la vez redentoristas, “engáñchate al deporte”, “deportistas contra la droga”, sin tener en cuenta ninguno de los contextos en que se daban estos problemas, ni las conexiones complejas que los mismos podían tener. Estas perspectivas se basaban exclusivamente en discursos fácilmente entendibles para todos, simplistas retomando posiciones higienistas, de salud y enfermedad que volvían a centrar el problema en el individuo, sin ninguna relación con su situación de clase. Éste era un discurso de deporte sin límites, sin cara y sin contextos. Con él se volvía a colocar a los marginados de nuevo como desgraciados y pasivos, a pesar de en el barrio hemos podido ver que había estructuras de deporte, débiles pero útiles, y vecinos implicados en las mismas de forma voluntaria.

Esta terapias, especialmente publicitarias, apoyadas en un lenguaje irresistible, (parecido al lenguaje de la reforma urbana) tomaba a los deportistas más famosos como ejemplos de vida y misioneros de deporte. Ellos mismos con sus poderes económicos se hacían patrocinadores de programas de ayuda y solidaridad, iniciando así una nueva faceta en la moderna industria del deporte.

En una época de pleno impacto de estas pedagogías más hegemónicas derivadas del deporte más elitista, el propio alcalde de Barcelona, Pascual Maragall, reconocía a los futbolistas profesionales como “objetos mitológicos de la imaginación de la chiquillería” (La Vanguardia, 1995), en alusión a las funciones tan importantes que con su papel jugaban en el conjunto del imaginario urbano.

Los trabajos a través de este tipo de deporte acababan así produciendo publicidad a los atletas famosos, que tomaban los problemas sociales de los otros para presentarse públicamente con una cara humana y solidaria. A la vez, se convertían en protagonistas de unos campos que desconocían en la teoría y en la práctica. Sus relaciones con los problemas eran, la mayoría de las veces, puntuales, como gestos de burgueses de nuevos ricos. Los valorados en estas acciones acababan siendo los propios deportistas y las clases populares, y sus propias organizaciones eran así de nuevo tapadas y marginadas. No eran tan buenos como los deportistas profesionales y sus grupos de deporte no daban ningún espectáculo, como tampoco daban ningún beneficio económico.

Los deportistas y famosos, cuando aparecían por el barrio, lo hacían con cámaras y fotógrafos a repartir balones, gorras o comidas, a ilusionar a los niños (visita del F. C. Barcelona al barrio del Raval, Navidad de 1997) y a dejar así testimonio de su presencia. y de las soluciones mágicas que aportaban a los problemas.

Los mismos deportistas posteriormente en los campos de juego se olvidaban que, como modelos admirados por los niños y por los vecinos, tenían repercusiones a través de sus comportamientos públicos, pero las transferencias, además de la admiración, también solían ser muchas veces de mala educación y de escaso respeto. En el trabajo de educador tenía que enfrentarme cotidianamente a ello como

parte de mi trabajo. Los jóvenes con los que yo jugaba al fútbol copiaban y reproducían de una manera especial sobre todo los malos gestos de sus ídolos, las provocaciones y el juego poco limpio que veían en la televisión. La violencia en el fútbol moderno se estaba afirmando como un problema cada vez más importante y cotidiano. Los adultos también copiaban sus gestos o sus formas de provocar o de dar trascendencia a resultados deportivos que sólo servían para ocupar el tiempo libre. También copiaban la deportivización y sus efectos más negativos.

Las ideas de deporte promovido desde estos trabajos presentaba, finalmente, una visión redentora sobre la marginación semejante al papel que había tomado la caridad durante siglos. El deporte redimiendo a los marginados y dándoles ejemplo. El deporte se transformaba así en una liturgia moderna en la solución de los problemas sociales, apoyado por los medios de comunicación y los eslóganes fáciles. A la vez, era útil y fácil su utilización como un nuevo discurso de los poderosos sobre la marginación, que la mantenía en el mismo lugar de siempre, a pesar de los cambios que parecía aportar. Aquí, como en el caso de la reforma urbana, se nos volvía a indicar que la producción y la reproducción de marginación no estaba sólo en las manos de los grupos marginados.

Otras discursos y acciones más complejos sobre la marginación desde el deporte utilizaron también el discurso de que las infraestructuras deportivas eran, asimismo, ayudas para regenerar la zona y la población de la misma. En el barrio chino, el nuevo polideportivo construido sobre las viejas casas derrumbadas se presentaba públicamente como un recurso creado para el barrio. Esta infraestructura acabó finalmente siendo utilizada por otros ciudadanos que no eran los residentes. Los grupos de fútbol continuaron desplazándose a otros lugares de la ciudad para hacer fútbol y organizándose dentro de los bares. .

Los jóvenes en ese mismo lugar vieron limitado el acceso a las instalaciones de deporte que antes eran espacios que disponían libremente.

Las interpretaciones globales sobre la marginación, en las que el deporte entró a formar parte bajo estas fórmulas diversas que he presentado, especialmente antes y

después de 1992, constituyeron una reproducción especial que acabó sirviendo más a la tranquilidad moral de las clases medias y a una moda por una solidaridad mecánica que a los cambios ni siquiera parciales que, a través del deporte, se podían hacer llegar a los grupos de jóvenes o a los grupos de adultos. De nuevo se descontextualizaba el análisis de la marginación de sus causas y de sus conexiones complejas.

CAPÍTULO 5. INMIGRACIÓN. VIDAS, ORÍGENES Y CONTEXTOS: LOS INMIGRANTES EN EL RAVAL Y SU REPRODUCCIÓN SOCIAL

Si es amigo mío de pequeño ¿por qué le voy a rechazar cuando sea mayor? (Tino)

En abril de 1992, una parte del equipo de los servicios sociales en el que me encontraba trabajando nos trasladamos al recién inaugurado centro municipal La Palmera, en la calle Nou de la Rambla. El grupo que allí se formó estaba especialmente encargado de atender los problemas sociales de la población de la zona sur del Raval (es decir, la zona comprendida desde la calle Hospital hasta Colón). Ésta era la parte del barrio más cercana al puerto y limitada, a su vez, por las Rambles y el Paral·lel. Estas calles eran donde, históricamente, se habían concentrado más problemas y donde la marginación y la más reciente inmigración extranjera se había establecido también en mayor número y concentración. 1992 fue también el año en que se trasladó el proyecto de deporte de la zona de la plaza de las Tàpies a la zona de la avenida Drassanes. Una de las consecuencias de este cambio fue la extensión de mis redes de relaciones personales hacia la inmigración extranjera y, en especial, hacia los hijos de estos inmigrantes que se iban incorporando a los grupos cada vez en mayor número.

Tras esta situación local, la inmigración comenzaba en aquellos momentos a tener otro tipo de impacto importante en la ciudad⁴³. Así, en los propios servicios sociales municipales, se empezaban a incorporar a estas personas dentro del campo de la marginación. Así se realizaron diferentes estudios e investigaciones para saber cuántos y quiénes eran y sus problemas. Se creó un departamento exclusivo para las minorías étnicas (no sólo el Ayuntamiento, también otras instituciones hicieron procesos semejantes) y así empezaron a aparecer ayudas de diversidad para estos inmigrantes.

⁴³ Se empieza a desarrollar una cadena de servicios y especificidad en torno a la inmigración. El racismo hacia los mismos era campo para las organizaciones no gubernamentales, las hijos eran el campo para las escuelas (semanas culturales), mientras que para los antropólogos el campo era la traducción de sus costumbres y orígenes. Desde posiciones comprensivas, se insiste mucho más en los discursos sobre los aspectos culturalistas de la inmigración, que en su situación de clase.

Se va formando paulatinamente un contexto de discusión cada vez más amplio sobre la situación de los inmigrantes en el barrio, pero se hace desde la Vila Olímpica, Horta o Pedralbes. En la vida cotidiana, sin embargo, la convivencia con los inmigrantes era muy escasa y se restringía a zonas y a vecinos como los del sur del Raval.

A sus hijos en particular, se les pasará a reconocer, como “segunda generación”: hijos de inmigrantes extranjeros llegados entre los setenta y ochenta al barrio. Esta generación será así otra nueva experiencia para la ciudad, aunque entre 1989-98 habían hecho ya una buena parte de adaptación cultural y lingüística. Aunque eran hijos de inmigrantes, muchos habían nacido en el barrio. Habían cumplido sus ciclos escolares, conocían el catalán, hablaban castellano y muchos eran también seguidores del F. C. Barcelona. A través del grupo de fútbol mantenían un grupo de amistad común y de relaciones en el barrio, unas veces con los residentes y otras con amigos de su propio origen.

De nuevo en este capítulo, vuelvo a recuperar la actividad de los grupos de fútbol de los chavales. Ahora será, sin embargo, con el objetivo de presentar este encuentro “informal” o un encuentro dentro del encuentro más amplio mantenido con los hijos de todos los vecinos del barrio y con unos hijos de inmigrantes que eran ya catalanes, pero que a la vez se les seguía considerando en muchos aspectos como extranjeros.

Empezaré con una presentación de los valores con los que construyen la identidad en el ámbito local del barrio, tanto los hijos de los inmigrantes como los hijos de los autóctonos, para pasar a ver a continuación la vida y desarrollo de los mismos dentro de los grupos de fútbol, ahora desde un punto de vista multicultural. Para ello incluiré una explicación sobre la participación en el proceso de construcción de comunidad de Nayim, un entrenador también de origen inmigrante que se incorporó al trabajo con los grupos en 1992. Con su ejemplo podemos ver una muestra de la diferencia entre la experiencias y las expectativas que se forman entre la primera y la segunda generación. Finalmente me centraré en el barrio y en la ciudad para mostrar los distintos aspectos particulares y a la vez complejos que hay detrás de las vidas de sus padres, inmigrantes llegados a la zona a partir de los setenta.

5.1 Hijos de inmigrantes y de residentes. Aprendizaje de valores y construcción de la identidad

De nuevo para reiniciar la discusión sobre la juventud del Raval, en referencia a algunos de sus particulares orígenes, es preciso que empiece con una visión concreta y clara de quiénes eran estos jóvenes y algunos de sus valores.

Al inicio de mi contacto con los jóvenes, en el año 1987, en la etnografía descrita sobre aquella experiencia (capítulo 3), apuntaba cómo en los grupos empecé a tener relación con algún hijo de inmigrantes. A los habituales del barrio, Fermín, Antonio y Francis, se les unieron espontáneamente chavales como Omar Jilal, Azit o Tarek (de origen magrebí).

La inscripción de hijos de inmigrantes a los grupos fue una circunstancia que fue aumentando de una forma progresiva ⁴⁴, y también fue variando en cuanto a sus lugares de procedencia. Así, llegaron otros chavales como Arturo (de origen filipino), Chustar (paquistaní), Eboko (guineano) Claudio (argentino) o Marcos (de origen gitano, aunque sus padres no eran inmigrantes)

Chustar (14 años). Entró en 1993 en el grupo de Tàpies. Sus padres eran originarios de Bangladesh. Él hablaba perfectamente el castellano. Había ido a la escuela desde sus inicios. Era muy moreno. Tenía en el cuello una quemadura que se hizo accidentalmente. Me sorprendió su iniciativa de venir por su cuenta a apuntarse al

⁴⁴

	1989-90	1990-91	1991-92	1992-93
Participación total de los grupos	131	129	119	103
Extranjeros/as (mayoritariamente magrebíes)	29	26	26	22

grupo de fútbol. Generalmente, en la mayoría de relaciones que mantuve con otros chavales de origen paquistaní, estos habían venido en grupo con motivo de algún partido. Aunque no formaban tampoco grupos encontrados, no tendían a mezclarse con los grupos del barrio.

Él, personalmente, era muy simpático. Esto le facilitó una rápida aceptación por parte de los demás. No protestaba casi nunca las decisiones del entrenador. Su familia era muy extensa y compleja. Vivía con su padre y su segunda mujer. Eran en total ocho hermanos. Cuatro de ellos eran mayores que él y hacían trabajos como repartir butano, vender flores, ropa, corbatas... Él y otros tres más pequeños estaban en el colegio. Su padre era un cliente habitual en los servicios sociales. Se sospechaba que éste hacía alquileres ilegales de habitaciones en su casa a compatriotas recién llegados. Por otro lado, tanto Chustar como los hermanos mayores recibían un trato por parte de él muy discriminador. No llevaban tampoco los mismos apellidos que los más pequeños. También se sospechaba que no todos los más pequeños que eran hijos suyos. Su padre también vendía ropa y flores, y gastaba una buena parte de sus ganancias en las máquinas tragaperras.

Arturo (11 años). Todos le veían como un chaval muy enigmático. Llegó de Filipinas a Barcelona con 10 años. Desconocía totalmente el castellano cuando entró en el colegio, y le costó mucho aprenderlo. Siempre respondía con monosílabos. Cuando iba con los demás del grupo tampoco se mostraba muy expresivo. No obstante, todos le habían aceptado de esa forma. Empezó haciendo de portero en el equipo y poco a poco fue tomando un gran prestigio debido a que tenía muchas cualidades para ello.

En 1993 estuvo un año fuera del barrio. Los compañeros me comentaban que se había ido otra vez a su pueblo. Cuando volvió se reincorporó al equipo. Su lenguaje y su expresividad continuaba siendo muy parecida.

Eboko (12 años). Era hermano de Matías el del grupo de Reina Amàlia. Tenía además otros tres hermanos. Dentro del barrio todos, a pesar de su color, eran muy respetados. En el grupo le hacían bromas sobre el color de su piel, pero sin racismo. Era también muy claro que tampoco se trataba inmigrantes recién llegados; su familia llevaba ya muchos años en Barcelona; él hablaba perfectamente el castellano y conocían el barrio y todas sus costumbres. Con él intentamos en 1995 la promoción deportiva, debido a que tenía unas grandes facultades. Sin embargo, esta circunstancia coincidió con muchos problemas familiares. Su situación, tras la separación de sus padres, se hizo muy complicada. Parte de los hermanos se fueron a vivir con la madre, y otros se quedaron con el padre. Eboko acabó dirigiéndose personalmente a los servicios sociales para que le buscásemos un colegio a donde ir, ya que él no quería seguir viviendo con su padre, que seguía llegando bebido a casa y, en ocasiones, la emprendía con él especialmente.

Marcos. Era de origen gitano. Tenía seis hermanos más. Dos de las chicas, Paqui y Juani, estaban en el grupo femenino. Sus relaciones, sin embargo, no eran cerradas en su grupo. Uno de sus amigos más inseparables era Sohail, de origen árabe. También se relacionaba mucho con otros chavales que iban al mismo centro donde él iba a desayunar. Era muy nervioso.

Según fueron llegando, unos se incorporaron al grupo de Tàpies, otros, al de Drassanes. Dentro de esa experiencia dieron sus propias muestras de particularidad y cambios, que veremos más adelante.

Al igual que en la plaza, en la escuela del barrio se notó el aumento de esta presencia que, poco a poco, dejaba de ser algo anecdotico para pasar a hacerse habitual. Ernest Alòs titulaba en *El Periódico* 1993 "La Onu en la escuela" su particular visión sobre la situación que se estaba dando en uno de los centros del barrio:

El establecimiento de trabajadores emigrantes en Catalunya ha comenzado a dejar huella en la escuela. En Barcelona, las escuelas de Ciutat Vella se han convertido en una experiencia piloto de igualdad de convivencia para la sociedad multicultural que nos espera. Un ejemplo de todo ello es la escuela Collaso i Gil, con un 30% de alumnos procedentes de todo el mundo.

En las escuelas públicas de Ciutat Vella las niñas indias bailan sardanas con el sari puesto y los catalanes aprenden que en la Navidad argentina se va a la playa. El colegio público Collaso i Gil tiene más de 150 alumnos procedentes de 21 países. La mayoría son marroquíes, pero también de Pakistán, Hispanoamérica, Guinea, Filipinas, India, Sao Tomé.

“Tenemos la Onu en clase” comenta Carmen Lopera, una profesora ceutí destinada a esta escuela por el programa de educación compensatoria; advierte que la clave de su trabajo es crear ambiente de normalidad e igualdad: “todos tienen derecho a una plaza escolar y toda la escuela debe de ser acogedora”. La convivencia de niños de los cuatro puntos cardinales no tiene por qué crear conflictos”. Entre los niños no hay rechazo ni racismo. ” (El Periódico 4-2-93)

A pesar de la mezcla de inocencia y sorpresa que aparece en la noticia, esta escuela era, sin embargo, una Onu construida, y una experiencia piloto sólo para los vecinos del barrio del Raval, donde eran los hijos de los pobres los únicos que vivían esa experiencia multicultural.

Aunque la escuela se esforzara en crear normalidad e igualdad, la situación no había sido libremente elegida.

Particularmente en mi trabajo de educador, me fui acostumbrado también a su presencia, sin darle una mayor especificidad al tema. Por mi parte, me los había encontrado ya juntos y seguí trabajando con ellos también como grupo de iguales.

Como consecuencia de esta situación mezclada, no me planteé tratar específicamente el tema dentro del proyecto del fútbol. En la situación de vida cotidiana, las opiniones, valores y aspiraciones de unos y otros eran bastante semejantes.

Todos eran hijos de inmigrantes instalados en el barrio con pocos recursos económicos, iban a la misma escuela donde estaban recibiendo una educación semejante. Adquirían el mismo lenguaje y un nivel bajo de formación. También conservaban el árabe que utilizaban especialmente para hablar con sus compatriotas. En sus historias familiares se mezclaban también los problemas de marginación. Algunos de sus padres habían entrado en las drogas o en la cárcel o ocupaban trabajos muy desclasados.

Dentro de los grupos de deporte, esporádicamente se producían algunas diferencias puntuales que tenían un origen “cultural”. En las escuelas, los de origen musulmán, en algunos casos rechazaban el cerdo en las comidas y en otras ocasiones, cuando llegaban a la edad de 10 ó 12 años, empezaban a practicar el Ramadán por influencia de la cultura paterna.

Los jóvenes en general del barrio, independientemente de sus orígenes, presentaban una serie de valores y comportamientos que ya habíamos investigado en los primeros contactos con el barrio. Estos ahora no habían variado mucho en los noventa (McDonogh, G. Maza, 1989). Algunas de las características más frecuentes eran, por ejemplo, su escasa verbalidad, su consumismo, su inmediatez y su machismo. Formaban, todas estos rasgos, un capital cultural y social común que compartían tanto los hijos de familias del barrio como los hijos de familias inmigrantes. Este bagaje cultural les colocaba a todos en una situación de jóvenes desclasados, tan marginadora como sus propios orígenes, y en una dirección fija hacia una reproducción como clase.

En general, era su aspecto externo y su lenguaje los aspectos que les hacían especialmente provocativos. Así, entre ellos se insultaban, se descalificaban constantemente con insultos étnicos como “moro”, “negro” o “gitano”. Estos iban indistintamente de una dirección a otra. Un día, Jubrán insultaba a Tarek también llamándole “moro”, y a Marcos, “gitano”, mientras que este llamaba “moro” a su vez a su propio agresor. Veamos otra situación parecida un poco más en detalle:

Rachís (14 años) era el hermano pequeño de Jilal. Era físicamente muy delgado y muy nervioso, tanto como su hermano. Lo más característico de su personalidad era su forma de reír. Lo hacía continuamente y era una risa muy estruendosa, que podía empezar por risa y convertirse, además, en burla. Así empezaba riéndose y acababa finalmente provocando.

Ante la provocación que le hizo a Xavi, éste respondió primero metiéndose con Rachís por el color de su piel, para después seguir comentándole al resto del grupo: *“¿Sabéis por qué Rachís tiene la espalda tan ancha? Es de cruzar el estrecho. La madre de Rachís no tiene para pagarle la patera y tiene que cruzar nadando. Todos*

los moros tienen la espalda tan ancha de remar en la patera. Los que vienen de Melilla la tienen más ancha que los que vienen de Ceuta, porque esta más lejos y tienen que remar más. ”

Tras el comentario, Xavi acabó agarrando a Rachís del cuello en forma cariñosa y le dijo: “*Vámonos moro, venga, vamos moro*”.

Esta parece una broma poco correcta, incluso podría interpretarse como de racismo. Sin embargo, en la cotidianidad de sus relaciones no tenía gran importancia. Era un comentario de hechos diferenciales, sin racismo, a pesar de su apariencia. Una negociación cotidiana de su identidad hecha a través de sus propios códigos.

El mismo Rachís otro día se metía con Omar diciéndole: “*Eres un moro de mierda*”. “*Y tú un emigrante*”, respondió Omar. “*Y tú un traficante*”, contestó de nuevo Rachís. Así empleaban entre ellos imágenes tomadas de la sociedad urbana, pero sin todas las connotaciones de grupo y de raza.

El castellano era la lengua que más utilizaban en sus relaciones informales, aunque el árabe también era frecuente cuando ambos eran hijos de magrebíes. Otra característica de intercambio cultural se daba cuando entre ellos variaban sus nombres. Así se podían presentar llamándose Abel en lugar de Abdel, o Miguel en lugar de Neuman, o Álex en lugar de Alí. Estos cambios se hacían sin imposiciones, como fruto de la relación cotidiana entre amigos.

Ellos valoraban especialmente la confianza y la lealtad de los amigos, independientemente de su origen. Así lo comentaba Harit:

“Españoles, lo que pasa, claro, que son diecisiete años aquí. Diecisiete años y medio que estoy aquí. Entonces me he tratado bien con los españoles, nunca he tenido problemas. Hay un amigo... Iba con él al colegio, con los chavales y tal, y aunque los chavales de aquí, ahora, por ejemplo, se dedican a robar, se dedican a la droga y eso..., pero yo siempre lo primero que les digo es hola. Me saludan, tan amigos como antes, nos ponemos a hablar y eso y vamos a tomar algo.”

En sus palabras podemos ver cómo la ruptura de la convivencia se podía producir más por problemas como la droga o el robo que por diferencias en sus orígenes.

El respeto era también otro valor importante para ellos, como en general para los adultos del Raval. Su ruptura podía provocar igualmente incidentes y conflictos. El respeto se aplicaba sin diferenciar los orígenes; así, "si tú no te metes con nadie, nadie se tiene por qué meter contigo".

El atractivo hacia el consumo, hacia las ropas deportivas y de marca, llevar un tipo de vida ostentosa, poder comprar y gastar, formaba otra aspiración frecuente y normal dentro del mundo juvenil del barrio, tal vez más notoria que los jóvenes hijos de otras clases, debido también a sus mayores dificultades de acceder al mismo de una forma habitual.

Era también frecuente en ellos una presentación individualista y de carácter independiente (además del individualismo en el juego del fútbol, que hemos visto en el primer capítulo). En ocasiones, este mismo individualismo podía ser un factor negativo, en tanto que los ponía en dificultades a la hora de tomar compromisos sociales o laborales duraderos.

Las relaciones personales en general, tanto de los hijos e hijas de los residentes como de los inmigrantes, se concentraban en sus conocidos del barrio, en sus amigos de la escuela, de la calle. Salían muy poco de este espacio para poder tener otras relaciones fuera del barrio y contactos con otras clases sociales. En el caso de los hijos/as de inmigrantes, algunos habían viajado y visitado en alguna ocasión a sus familias, especialmente en verano o durante los meses del Ramadán.

El machismo por parte de los chavales también era, dentro del barrio, una actitud bastante frecuente. Todos ellos pensaban en encontrar una chica para casarse. Le pensaban exigir fidelidad, sumisión, cuidado de los hijos y de la casa, mientras que para ellos se reservaban una vida más independiente. Sin embargo, tanto Azit como Yuser, tras sus bodas en 1996 y 1998, pasaron a depender de los recursos más estables que conseguían Ana, como dependienta, y Yolanda limpiando pisos.

Veremos también problemas especiales de reproducción de cultura y de género en el caso de las chicas. Mientras éstas eran jóvenes, también se las encargaba ayudar en la casa o cuidar a los hermanos más pequeños, mientras que los hermanos se paseaban libremente por la calle. En el caso de las hijas de familias inmigrantes, también éstas estaban sometidas a un mayor control familiar, especialmente cuando se hacían mayores. Como consecuencia, se les restringían más las salidas de casa o las relaciones con determinados jóvenes. Alguna chica como Sana, del grupo de las niñas, tras dejar el fútbol perdió toda relación con las chicas del Raval.

Con el resto de la vida juvenil de la ciudad (espectáculos, musicales, fiestas, cine), la mayoría mostraban una actitud de distancia. No participaban en las ofertas de ocio que se realizaban para los jóvenes de la ciudad en general. Sólo iban a las discotecas más cercanas, se desplazaban en moto. Salían pero regresaban enseguida a frecuentar los espacios y las personas que más conocían.

En su vida de estudiantes, la deserción escolar era algo frecuente antes de la edad obligatoria, tanto de los hijos de inmigrantes como de los residentes. Los jóvenes que aguantaban en la escuela recibían generalmente ayudas para comedor y libros. Estas ayudas, en ocasiones, llegaban a ser fuente de disputas y de discordia entre las familias.

No obstante, los jóvenes, tanto de un origen como de otro, solamente alcanzaban el graduado escolar. En ocasiones, algunos lo recibían simplemente por haber acudido a clase de una forma más o menos ininterrumpida. Entre ellos, sólo un 2 o un 3% accedía al BUP, y la mayoría esperaban pronto poder encontrar algún trabajo de cualquier tipo.

Todos estas circunstancias personales, por un lado, y de ambientes, de cultura y de educación, por otro, eran circunstancias muy propicias para el desarrollo de su propia producción y reproducción como clase. En nada estas características les ayudaban a cambiar o a encontrar trabajos, ni tampoco relaciones fuera de sus ambientes más cercanos, aunque eran valores que les servían dentro de su propio contexto. No eran tampoco características que se debían exclusivamente a sus orígenes culturales, o a su diversidad, sino que habían sido desarrolladas especialmente por su posición dentro de una situación de marginación.

5.2 Trabajo multicultural en el ámbito del grupo informal.Nayim

El proceso de construcción de los grupos de fútbol constituyó un trabajo paulatino de elaboración de redes sociales con la juventud, a la vez que una experiencia que se podría considerar como multicultural, aunque sin ningún planteamiento previo.

En el capítulo 1 ya vimos como después del colegio los chavales se dirigían a la plazas a jugar al fútbol, a hablar con los amigos o a pasar el rato.

Todos ellos practicaban un fútbol igual de desorganizado, lleno de incidentes, con agresiones constantes verbales y físicas. Estos eran importantes problemas en su capital cultural, tanto o más que sus orígenes diferentes. Algunas de estas agresiones indudablemente también se referían a sus propios orígenes o características físicas. En mis notas de educador recogía así la agresividad de algunas otras situaciones:

A veces hay agresiones muy violentas, patadas e insultos graves. Amistosamente o con mucha rabia se llaman “hijo de puta”, “me cago en tus muertos” o “moro asqueroso”. Nunca, sin embargo, se enfrentan como grupos étnicos. Al cabo de unos minutos, o de unos días, se han olvidado del incidente y vuelven a ser amigos.

Era particularmente interesante observar como contraste la integración informal, es decir, cómo los jóvenes se acercaban a pedir participación en el grupo de fútbol a través de la presentación que se iban haciendo unos a otros. Un árabe a un amigo español o un español a un amigo árabe. Arturo, por ejemplo, llegó al grupo de Drassanes traído por Marcos, porque ambos eran, además, compañeros de colegio.

A partir de 1992 entró a participar en la organización de los grupos de fútbol Nayim, un entrenador que en este caso también era inmigrante. La oportunidad de incorporarlo al trabajo con los grupos se presentó cuando, accidentalmente, le conocí a través de un profesor de educación física que nos lo recomendó para el trabajo. Desde los servicios sociales se me insistía en desarrollar, dentro de los grupos, un trabajo de atención especial a los hijos de los inmigrantes. Así tuve que enfocar el problema de construcción de comunidad como un trabajo también multicultural, añadiendo como nuevo objetivo al

proyecto de deporte facilitar la integración de las minorías étnicas, integrándolas en circuitos normalizados, al mismo tiempo que respetando su cultura (1991).

La ventaja que tenía en la práctica es que así iba a poder disponer de más recursos para la incorporación de un entrenador nuevo.

Veamos un poco más en detalle la experiencia de Nayim en el barrio, sus antecedentes y sus consecuencias.

Nayim tenía, en 1991, 39 años. Era un inmigrante que había llegado a Barcelona en 1989 procedente de Marruecos. Vivía en el Prat y se había casado con una mujer catalana. Decidí incorporar a Nayim en la organización del fútbol (1991), además de la oportunidad generada por los recursos para la diversidad, especialmente por su currículum y por la experiencia que como entrenador de grupos de fútbol traía de su país. También ofrecía la posibilidad a los residentes y a los hijos de inmigrantes de tener un entrenador de un origen diferente al habitual.

Nayim era el cuarto hijo de una familia de cinco hermanos que continuaban viviendo en Marruecos. Su padre en Marruecos trabajaba en una fábrica durante seis meses al año. Su familia era a la vez inmigrante dentro de su propio país, ya que eran originales del Norte y en los setenta se trasladaron al Sur.

Los motivos de su inmigración a España no sólo habían sido las malas condiciones económicas de su país sino que también había un descontento hacia su propia sociedad de origen, en la que sentía privado de ciertas libertades:

Pues la alternativa que tienen es, o salir fuera, por ejemplo, de lo que es la familia o el entorno, y buscar la vida y sufrir por ello, o quedarte con la familia, pero sufriendo también lo que son los problemas de la familia.

Nayim no era, como otros inmigrantes que habían llegado al barrio, un inmigrante pobre totalmente de recursos, ya que había recibido una educación básica, y se había especializado posteriormente como bombero. Éste era uno de los trabajos a los que aspiraba en Barcelona.

Nayim recordaba la salida de su país, en 1990, como uno de los peores momentos de su experiencia emigratoria. Él, a pesar de sus contactos, la vivió como el inicio de una aventura llena de incertidumbres, pero a la vez se consideraba el miembro de su familia más capacitado para resistirla:

Siempre eso es lo que pasa aquí, siempre es el padre, pues se sabe que va a encontrar aventuras, que va a encontrar problemas. Entonces viene una persona capaz de resistir todo eso, el padre. Viene el padre y se queda aquí, encuentra trabajo; cuando ya está todo legalizado hace venir a su mujer, a sus hijos, si tiene hijos. Luego ya, cuando le hace los papeles a su mujer, pues empieza con lo que son hermanos, sobrinos o lo que sea. Toda la familia que está más cercana a él, si puede venir pues que venga. Aunque se queden aquí ocho o diez personas y vivan en una casa no pasa nada. Somos así de acogedores. Estamos acostumbrados a vivir muchos en una casa. Así es la vida de los árabes. Todos los padres viven con los hijos, con su familia, con sus nietos, con todo...

Cuando marchó no estaba casado, vivía en casa de sus padres y los lazos que le ayudaron a venir fueron los amigos que tenía en Barcelona.

Encontrar un trabajo en Barcelona fue un proceso lento. Estuvo un tiempo en paro, arreglando papeles, desconocía el idioma. Renunció a obtener un puesto de bombero, aunque finalmente consiguió un trabajo como basurero en el Ayuntamiento del Prat.

Bueno, el trabajo lo he encontrado por mediación de un amigo, que me dijo: "Oye, que si no te importa trabajar en una empresa de limpieza". Dije que no, que a mí no me importaba, primero para empezar. A mí no me importa trabajar en cualquier sitio, pero claro, tienes que empezar.

Mientras estuvo en paro aprendió castellano y algo de catalán. En su gusto por aprender lenguas también tomó clases de inglés, que le sirvieron para participar como voluntario en los Juegos Olímpicos. Durante los Juegos hizo de intérprete con las delegaciones árabes. Aprender la lengua fue para él un objetivo fundamental para evitar discriminaciones y defenderse. En su opinión, el desconocimiento del lenguaje era un gran problema para otros compatriotas suyos de un nivel cultural más bajo, que no le daban tanta importancia a la cuestión:

Allí donde voy estoy siempre... Uno va inseguro en la calle. Tienes... llevas los papeles y todo, pero siempre tienes... , dices: "Hostia, pero si éste me está mirando, y el otro..." Si por ejemplo hablo mal, hago un error en castellano, pues me dice que éste es moro, o del color que sea, y siempre vas así con esta mentalidad. Yo, desde luego, no

voy así porque sé defenderme perfectamente. Pero la mayoría, la mayoría son así. Los que viven aquí, por ejemplo, son así, pobres. Seguro que lo sienten así y se les ve en la cara. Tú hablas con un marroquí, por ejemplo, o argelino, o lo que sea, y se le nota en la cara.

El grupo con el que empezó a colaborar en 1992 fue el Drassanes, con los pequeños. Algunos de estos, ya lo hemos visto en el capítulo 1, eran los sucesores de hermanos más grandes del grupo de Tàpies a los que se unieron chavales como Marcos y Arturo. Otros, como Eboko, se quedaron conmigo en otro grupo, y Chustar fue a parar al grupo de Tàpies.

El grupo de Nayim empezó también bastante mal el curso. Un domingo rompieron la valla y se colaron a jugar toda la mañana en la pista. Martín me vino el lunes muy excitado, diciéndome que esto no se podía aguantar, y que si yo encima los pensaba defender. Por su presión y por el incidente acabé sancionando a Asís y a Mohamed, que fueron dos de los protagonistas principales. Ninguno de los dos me negó su participación en los hechos, aunque también habían habido otros además de ellos, como Marcos.

Sin embargo, Asís y Mohamed se convirtieron en dos cabecillas del grupo de los pequeños. Contrastaban por su diferencia de altura y fortaleza. Asís era alto y fuerte, mientras que Mohamed era delgado y pequeño. Sus caracteres también eran un poco contradictorios.

Yo fui durante unos meses el educador y el entrenador provisional del grupo hasta que llegó Nayim. Se lo presenté al grupo como la persona que se encargaría en adelante de sus entrenamientos. Las reacciones del grupo a su trabajo tras los primeros meses fueron semejantes a las que habíamos tenido los educadores autóctonos en los primeros contactos con el resto de los grupos.

Una vez roto el hielo de los primeros momentos todos aceptaron a Nayim como el nuevo entrenador, independientemente de su origen. Él, tras la presentación, empezó a desarrollar su propia capacidad para hacerse respetar, sus conocimientos como entrenador, su empatía y empezó a tener también sus propias confrontaciones.

Ellos, en la interacción de los entrenamientos, continuaron discutiéndose, peleándose y mostrando unas veces entusiasmo, otras veces desconcentración.

Especialmente conflictivo dentro del grupo resultó Marcos. Era muy inquieto e incapaz de mantener la atención en las explicaciones. Sus relaciones, especialmente con Sohail, le ocasionaron varios problemas, como pequeños robos en el Corte Inglés. Fueron amonestados y amenazados de tomar otras medidas más fuertes. Marcos reaccionó llorando, y su madre, a la que dirigieron a los servicios sociales para que hablase conmigo, me prometió por su honor que esto no se volvería a repetir.

Arturo, sin embargo, que parecía al principio marginado del grupo por su poca verbalidad, poco a poco se ganó el respeto de todos.

Los problemas más habituales venían provocados por las relaciones más cotidianas a veces con posibles tretas culturales, como ésta de Nordín:

Nayim: ¿Por qué no quieres entrenar, Nordín?

Nordín estaba sentado con cara de encontrarse mal.

Marcos: Es que está haciendo el Ramadán.

Nordín: Es que no puedo correr porque me canso enseguida y me entrará sed y después no podré aguantar.

Chus: Pues hoy en el patio yo te he visto correr y bien que corrias. No seas mentiroso.

Nordín: Sí listo, pero tú no me has visto después que no podía más.

Chus: Pues yo tampoco voy a correr más, ya ves.

Aquí nunca sabemos si el asunto central era el Ramadán o la actitud individual. De todas maneras, esto no afectaba a Nayim, marroquí liberal, pero salía en la conciencia de Nordín, generalmente poco religioso.

Nayim colaboró en la organización y los trabajos con los grupos de fútbol del barrio a lo largo de 1992 y 1993. Durante este tiempo, nos fuimos conociendo también personalmente y comentando nuestras opiniones sobre los miembros del grupo o la marcha de los entrenamientos y competiciones, los problemas y valores que planteaba cada uno de los chavales como antes había hecho con los otros entrenadores.

La incorporación de Nayim al trabajo del fútbol también nos aportó a todos algunos de sus particulares puntos de vista respecto a la situación en la que se encontraban en aquel momento algunos de los hijos de sus compatriotas, así como sobre el presente y el futuro de los jóvenes del fútbol, tanto si se trataban de los hijos de sus propios compatriotas como de los hijos de los vecinos del barrio:

Los niños allí, por ejemplo, no se pasan de todo también... y la manera de hablar entre ellos, entre amigos, por ejemplo, hablan de otra manera. En cambio aquí, por lo que he visto, a veces. me olvido de que son... de que son extranjeros. Sí, de que son árabes, y además hablan muy bien el castellano. Hablando entre ellos pues... si no fueran de color como eran... los dos eran... morenos, ¿no?

Pues no me acuerdo del color. Dices: "Éste es español". Hablando bien el castellano y además la relación entre ellos se ve perfectamente bien, ¿no? Y también pues es un marroquí que... tampoco no es, ni sus padres, ni nada, ni piensa como sus padres. Siempre habla más liberal, más... más abierto.

El problema lo tiene el niño, los padres tampoco van a tener problema. Sus amigos, todo eso y sabe como... integrarse en la sociedad... en la sociedad árabe. En cambio el niño que ha nacido aquí lo tiene muy difícil porque... va cambiando a una sociedad de repente pues... se enfrenta con otra sociedad que él no la conoce, para él es un mundo extraño.

Es un fracaso total para ellos... Es mejor que se queden aquí. Porque luego si se va allí pues... es que lo va a echar todo ahí, lo va a tirar todo. Entonces allí no va a encontrar lo que... lo que es aquí.

En las palabras de Nayim podemos ver cómo la vida cotidiana de en estos jóvenes ya no se corresponde con la de sus orígenes ni la vuelta a los mismos parece un camino fácil. La diversidad de estos jóvenes es especialmente significativa respecto a los orígenes de sus padres.

Después de dos años de colaboración con el proyecto del fútbol, Nayim tuvo que dejar del programa del fútbol debido a que su trabajo no le dejaba tiempo para seguir dedicándose a entrenar, ni tampoco el trabajo de entrenador era suficiente para su economía. El objetivo de los servicios sociales se había cumplido al menos para él, en cuanto que había podido aprovechar durante un tiempo una oportunidad de trabajo. Sin embargo, tras su trabajo con los chavales no hubo grandes cambios culturales. Antes que él y que nosotros, los chavales ya se entendían y relacionaban, compartían la misma lengua, formaban sus propias relaciones y negociaban también por su cuenta aspectos particulares de su diversidad. Así, Nayim fue en la teoría una necesidad más de los servicios sociales por estar al día en los temas de inmigración que de la cultura de los propios chavales.

Estos chavales, como sus convecinos y como preveía Nayim, formaron vidas independientes a la de la primera generación de la que el formaba parte, pero así y todo no iban a poder escapar del barrio, como hemos visto en varios de ellos en el capítulo 1. Otros, como Chustar, se fue del grupo en 1994. Estuvo dos años en el grupo de Tàpies, hasta que cumplió quince años. Las relaciones con su padre se fueron complicando. Los hermanos más mayores se fueron de su casa ante la explotación que sentían de su padre. Chustar se quedó primero con él, pero después también se fue. Le acompañó durante una temporada a vender flores y corbatas a la puerta del Corte Inglés. En 1995 encontró un trabajo un poco mejor en la cocina de un restaurante de la Barceloneta.

Eboko ingresó en un centro para jóvenes cerca del barrio. Continuó entrenando con el grupo y haciendo unos estudios en un aula-taller.

El resto del grupo de chavales que tutelaba Nayim los continué entrenando incluyéndoles en el grupo de mayores hasta 1998. Así pasaron a ese grupo Nordín, Marcos, Azit y Alí.

Arturo se fue del grupo y formó un grupo por su cuenta con compatriotas suyos en la plaza dels Àngels. Se llamaron los Macba Boys⁴⁵. Eran todos de origen filipino. La mayoría vivían en la zona Norte del barrio, y en ocasiones acordábamos partidos amistosos entre su grupo y los que en aquel momento había en Drassanes.

Estos jóvenes, dentro del barrio, se han ido formando en una cultura urbana particular, que en la mayoría de los casos no les va a ser suficiente; únicamente les servirá para hacer trabajos desclásados como consecuencia del particular proceso de producción y reproducción en el que han estado viviendo. Ninguno de ellos se le puede ya considerar como inmigrante, aunque se seguirá insistiendo en sus orígenes y en su diversidad. Así estaban en la sociedad catalana, eran parte de ella, pero no habían entrado todavía. Muchas veces la policía los detenía pensando que no tenían papeles, que eran igual de ilegales que otros jóvenes que, con su misma edad (16-18 años), continuaban llegando en nuevas olas de inmigración. Otras veces pagaban también por los

⁴⁵ Tomaron el nombre de Macba Boys por la influencia del museo en la plaza dels Àngels, donde

estereotipos adscritos a sus progenitores, como la droga o la ilegalidad, formados incluso antes de haber nacido.

5.3 Barrio, ciudad e inmigrantes extranjeros en los ochenta y noventa. Experiencias locales y respuestas globales

Ya hemos visto cómo el Raval había tenido desde hacía mucho tiempo, además de su fama como mito de barrio chino, también fama de barrio de paso, de inmigrantes o barrio para los recién llegados a la ciudad. En los años veinte fueron murcianos; en los sesenta, andaluces y de otras provincias atraídos por la industria catalana. A partir de los setenta y principalmente en los ochenta y noventa, aunque continuaba habiendo muchas familias catalanas descendientes de inmigrantes en el barrio, se empezó a notar y a ver también la presencia de una primera generación de inmigrantes de países extranjeros. Estos incluían latinoamericanos, árabes del Magreb, africanos, filipinos, hindúes y paquistaníes.

La llegada de esta inmigración formaba parte de cambios económicos y políticos más amplios. Así, en países como Gran Bretaña o Francia, tradicionalmente receptores de inmigrantes del Norte de África y de Asia empiezan en los setenta a cerrar sus puertas. España, dada su proximidad con algunos de estos puntos receptores de mano de obra barata, se convierte en un punto de destino. Caritas señala en España la existencia en 1987 de 740. 000 inmigrantes legales e ilegales, sin incluir en esta cifra la inmigración de Europa o del llamado primer mundo.

Esta última inmigración extranjera, sin ser en cifras muy alta, empieza a hacerse en algunos casos significativa por su concentración especial en determinados puntos y más en concreto en la zona de Ciutat Vella-Raval, como vemos a través de los datos de las fuentes oficiales:

habitualmente se reunían. Sin embargo, no entraban nunca en él.

Residentes extranjeros en el Raval / Ciutat Vella (1986-97)

	1986		1991		1997*	
	Resid.	Extr.	Resid.	Extr.	Resid.	Extr.
Ciutat Vella	101. 264	2. 063	90. 162	3. 433	83. 829	6. 362
Barceloneta	17. 896	142	16. 163	132	14. 981	425
Casc Antic	23. 915	408	21. 994	843	20. 132	1. 555
Gòtic	17. 444	547	15. 346	681	13. 845	987
Raval	42. 009	966	37. 109	1. 777	34. 871	3. 316

Fuente: Padrones municipales (1986, 1991 y 1996)

*Los datos de extranjeros corresponden a la actualización a 31-3-97, mientras que la de los residentes, al padrón de 1996.

De nuevo vemos cómo en Raval vuelve a destacar por su mayor concentración, que es a la vez la mayor también en toda la ciudad.

En las escuelas personalmente pude comprobar cómo también se había empezado a producirse un significativo aumento del número de hijos de estos inmigrantes matriculados en las mismas, especialmente fue significativo entre 1988 y 1992, y se mantendría hasta finales de los noventa.

	Curso 1988-89	Curso 1991-92
Alumnos matriculados	2. 037	1. 478
Alumnos extranjeros	170 (8%)	444 (30%)

Estos datos son solamente de la escuela pública del barrio; es a ésta a la que acudían también los inmigrantes en mayor proporción. Se puede apreciar que la presencia de hijos de inmigrantes aumentó de forma importante en sólo cuatro años, a la vez que disminuyó la población escolar en su totalidad. En los cursos más bajos, párvulos y primer ciclo, era a la vez donde más se manifestaba la presencia de alumnos extranjeros.

En la tabla sobre la natalidad de estos inmigrantes en la zona de Ciutat Vella podemos notar también una tendencia similar. Es decir, tras su instalación en el barrio, aumentaron los nacimientos de hijos de inmigrantes a la vez que continuaban disminuyendo los nacimientos de hijos de residentes.

Nacimientos de hijos de inmigrantes y de nativos (Ciutat Vella, 1992-96)

Año	Inmigrantes	Nativos
1992	30 (16, 25%)	155 (83, 75%)
1993	45 (25, 34%)	132 (74, 66%)
1994	46 (33, 07%)	141 (66, 93%)
1995	60 (39, 17%)	93 (60, 83%)
1996	59 (40, 59%)	86 (59, 41%)

Fuente: Distrito de Ciutat Vella. Programa Materno Infantil⁴⁶.

La presencia de estos inmigrantes extranjeros dentro del contexto más amplio de la ciudad de Barcelona no alcanzaba, a finales de 1998, el 2,8% de la población de la ciudad (datos de permisos de residencia). Por otro lado, la ciudad de Barcelona y el propio distrito de Ciutat Vella estaban en un proceso de pérdida de población. Entre 1986-96, Barcelona perdió 193.007 residentes que se trasladaron a vivir a otros pueblos de Barcelona o a su área metropolitana. En este mismo periodo, Ciutat Vella perdió 17.435 habitantes, mientras que ganó 4.299 personas de origen extranjero.

Estos cambios de población en el barrio, y especialmente la llegada de inmigrantes a partir de los setenta, coincide con otros cambios importantes en la vida de éste, especialmente con la entrada de drogas duras como la heroína y la cocaína. Estas

⁴⁶ No todos los inmigrantes extranjeros tenían una natalidad igual. Los hijos de inmigrantes de la zona del Magreb, así como de Pakistán e India, ocupaban un tanto por ciento mayor que los filipinos, los dominicanos o los sudamericanos. Entre 1992 y 1996 crecieron de una forma importante, sobre todo el grupo de magrebies y paquistanies.

En cuanto a la natalidad, también podemos ver cómo dentro de los tres grupos principales, destacaba especialmente el grupo de origen magrebí. Éste era el grupo más importante que se estaba estableciendo en el barrio. También era importante la natalidad de la minoría paquistaní e india, pero a diferencia de la magrebí éstas dos últimas estaban todavía, a inicios de los noventa, empezando a establecer su presencia en el barrio. Empezaba a aparecer también un importante porcentaje de nacimientos fruto de las relaciones entre inmigrantes y nativos. Este dato nos confirmaba que estos grupos no eran totalmente cerrados. Otras veces, establecer una relación conyugal con una persona del país podía ser el inicio de una estrategia para normalizar los permisos de trabajo y de residencia.

Los datos de la encuesta del equipo de enfermeras hacían prever un aumento de la presencia de estas minorías (magrebí, paquistaní e india) que apuntaban hacia un futuro barrio étnico.

drogas y el comercio de las mismas serán adscritos a determinados grupos de inmigrantes (magrebíes, Senegal, Gambia). Hasta los años 70, como señala Gary McDonogh (1989), los inmigrantes del tercer mundo eran solamente percibidos en la zona y en la ciudad como individuos exóticos. Posteriormente, en los discursos urbanos se asociará su presencia con los problemas de la droga, la inseguridad ciudadana e incluso el paro, dando lugar al inicio de otros estereotipos más peligrosos.

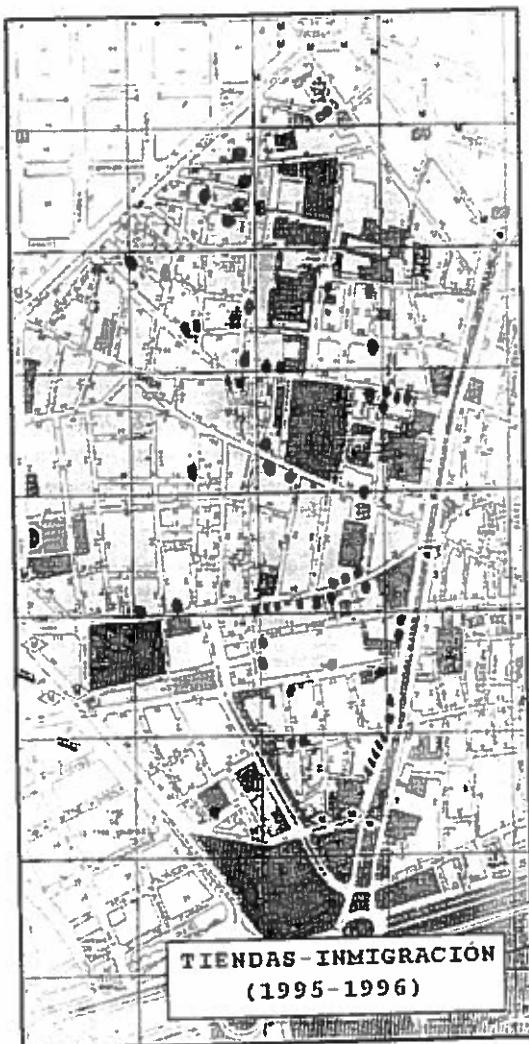
La mayoría de inmigrantes que se habían instalado en el barrio, generación tras generación, habían sido tradicionalmente personas con pocos recursos económicos. Así ésta era también la característica más determinante de los llegados a partir de los ochenta. Al instalarse en el barrio, al igual que sus predecesores, ocuparon las mismas viviendas de baja calidad, mal acondicionadas y de alquileres baratos. Algunas de estas viviendas podían llegar a ser ocupadas en condiciones de ilegalidad, sin contratos, realquiladas o compartidas con otras familias que llegaron antes. A pesar de estos usos, estas casas viejas e insalubres del barrio volvieron a ser para estos inmigrantes de los ochenta y noventa la puerta de entrada en la ciudad y tal vez la última oportunidad para instalarse en la misma.

Veamos otros datos que nos indican también el origen diverso de estos 6. 362 inmigrantes (censados) a partir de la información proporcionada en 1997 por el Observatorio Permanente de la Inmigración en Barcelona.

Colectivos extranjeros a Barcelona y Ciutat Vella

Ciutat Vella	6.262	Barcelona	29.165
Marruecos	1.804	Unión Europea	7.861
Filipinas	1.199	Marruecos	3.490
Unión Europea	1.199	Perú	3.045
Indostán	708	Resto Sudamérica	2.630
Rep. Dominicana	457	Filipinas	1.914
Resto Sudamérica	321	Rep. Dominicana	1.530
Perú	214	Indostán	1.270
Argentina	176	Argentina	1.254
México - A. Central	159	México - A. Central	1.126
Canadá - EEUU	90	China - Corea	790

Entre los inmigrantes nos encontramos con un grupo mayoritario de origen magrebí al que le siguen las personas de origen filipino, de la Unión Europea y de Indostán.



Cada uno de estos grupos establecieron una relación social y económica un tanto particular con el barrio y la ciudad, que es necesario clarificar. No todos los inmigrantes fueron acogidos de igual manera ni se les atribuyó la misma imagen. Así, los hindúes o los filipinos representaban pobreza económica pero a la vez eran considerados como trabajadores y educados, mientras que los de origen magrebí, además de pobres, podían ser sucios o traficantes.

Tampoco todos los inmigrantes tenían el mismo nivel económico, ni se desarrollaban de la misma manera. Así, en sus procesos de reproducción social, también había que prever algunas diferencias. Dentro de los mismos había sus propias clases medias, formadas por profesionales y adinerados, que se mezclaban mucho más con la sociedad urbana que los que vivían en el barrio sin trabajos, al mismo nivel que los más marginales de la zona. Estas clases medias se establecieron con pequeños negocios, como tiendas, bares, carnicerías, peluquerías...

Generalmente eran desde estas clases medias desde donde más se reclamaba, por ejemplo, la tradición, la religión, el idioma que como primera generación de

inmigrantes tenían todavía muy presente... Los hijos de los inmigrantes, tanto los de clase media como los más marginados, sin embargo se inclinarían más por la discoteca y la música rock que por las oraciones, como consecuencia de su propio proceso de aculturación.

El grupo magrebí, además de ser el más numeroso, era también el de mayor concentración en el Raval: 842 personas⁴⁷ en 1997 según las fuentes oficiales. Esta concentración en ocasiones favorecía una imagen de gueto dentro del barrio, aunque como grupo se podía considerar como el más abierto, el más sociable y a la vez el que más presencia física tenía, por ejemplo, en la vida de la calle. Los que encontraban trabajo lo hacían en sectores como la construcción, la agricultura o la limpieza que estaban fuera del barrio. Algunos también hacían trabajos dentro del barrio como la venta ambulante de ropa o trabajos de marginación como la prostitución o la venta de drogas duras y blandas. Sobre este grupo fue sobre el que se produjeron las connotaciones más despectivas y de racismo cultural, referentes además de sus orígenes a temas como el sexo, la delincuencia o la suciedad.

Dentro de esta inmigración había familias que habían desarrollado otro tipo de negocios como los bares, por ejemplo, con las mismas características estructurales del bar del barrio con poco espacio y poca iluminación. La diferencia de estos bares con los demás era que no vendían bebidas alcohólicas prohibidas entre los musulmanes.

Otro tipo de negocios un poco más elevado eran, por ejemplo, las carnicerías. Éstas especialmente se convirtieron en un punto especial de atención y de exotismo para la ciudad. Ni los bares, ni las peluquerías, ni los pequeños colmados, también de propietarios de origen árabe, llamaron tanto la atención a los barceloneses. El periodista Arcadi Espada (*El País* 1995) recogía una noticia sobre una carnicería del barrio llamada Halal y sus particulares técnicas en relación con la carne:

Las carnicerías árabes despiertan una cierta curiosidad. Se sabe que la relación del musulmán con la carne no es exactamente la misma que mantienen los occidentales. Mohamed explica las diferencias: con extrema naturalidad, con la naturalidad de un carnicero que se sirve de otra técnica.

⁴⁷ Fuente: Observatorio Permanente de Inmigración en Barcelona (Ayuntamiento de Barcelona).

“Lo fundamental es desangrar la pieza y no cortarle la cabeza. En los pollos, en los conejos, en los corderos y en la vaca, basta una incisión en el cuello y la sangre se va. Y con la sangre se van las impurezas. Luego hay que matar al animal con la cabeza mirando hacia la Meca... , hacia donde sale el sol, y el que lo mata ha de ser creyente. Y ya está, nada más que eso.”

Al parecer, la carne previamente desangrada es más sabrosa. Lo dicen Mouolud y Mohamed, y muchos se sus clientes, entre ellos muchos barceloneses que nunca han mirado a la Meca. Luego está el asunto del cerdo. Ninguno de los dos ha probado jamás. Bien: son muy jóvenes. (El País, 18-1-95)

En su sorpresa podemos ver una mezcla de curiosidad tanto como de etnocentrismo. Una mezquita en la calle Hospital será también otro punto importante de encuentro y de socialización para este grupo. Como las carnicerías, la religión musulmana y algunas de sus costumbres como el Ramadán serán elementos nuevos en la vida catalana.

Los paquistaníes son otra inmigración cuya presencia fue aumentando también paulatinamente, especialmente en los noventa. También musulmanes, establecieron su propia mezquita en la calle Arc del Teatre; eran considerados, sin embargo, como más cerrados tanto en sus relaciones como en sus costumbres. Dentro de ellos se daban diferencias étnicas, religiosas y lingüísticas difíciles de percibir por los autóctonos. El inicio de su propia inmigración era un paso que requería una planificación y unos contactos tal vez más elaborados que los de los inmigrantes provenientes del Norte de África. Económicamente, a pesar de llevar una vida austera, la mayoría son pobres, pero más ricos que los magrebíes. Algunos de ellos se encuentran al poco tiempo de llegar al barrio trabajando en las pequeñas tiendas de otros que habían llegado antes. Aquí son explotados por su propio grupo y de acuerdo a sus costumbres. Estas tiendas son pequeños colmados muy característicos y tradicionales del barrio por la venta de gran variedad de productos y con horarios de venta extensivos, especialmente desde que pasaron a tener dueños hindúes. Al adquirir estos negocios, variaron por dentro su organización interior el orden de los productos, los precios y redujeron el crédito tradicional usado bajo la forma de “fiar”. Estas tiendas se extendieron de una forma muy rápida en el barrio.

Se utilizaba en ocasiones la nueva imagen de las mismas (una de ellas se llamaba, por ejemplo, Rawal-Super) como una muestra de barrio multicultural y de convivencia. Sin embargo, su concentración casi en exclusiva en el Raval también

podía generar imágenes de gueto comercial. La clientela más habitual de las mismas era también solamente los propios inmigrantes.

En los límites geográficos del barrio, en la Ramblas, estos inmigrantes desarrollaron también otro tipo de negocios de una mayor categoría, especializados en los recuerdos urbanos para los turistas, los "souvenirs". Su desarrollo fue visto por parte de la ciudad de una forma algo más reticente que las tiendas situadas en el interior del barrio. En la zona de las Ramblas estos negocios afectaban a la imagen general de la ciudad. La periodista Milagros Pérez titulaba, "La reconquista de la rambla" (*El País* 1998) para criticar estos negocios casi de una forma racista, a la vez que saludaba la llegada de otros más homologados:

La reconquista ha comenzado. Arriba un portero con capa, pajarita y sombrero de copa, franquea la entrada al novísimo hotel Renaissance, un cinco estrellas que ha convertido el viejo Manila en un palacio de postín. En otro extremo, bajo la sombra alargada de Colón, un indio divaga apoyado al quicio de una puerta atiborrada de camisetas del Barça, sables y mantones de Manila. Son las tiendas de souvenirs, propiedad de una pujante comunidad india que sigilosamente va extendiendo Rambla arriba su imperio de abanicos y armaduras de hojalata. Estas son las dos imágenes antagónicas entre las que se debate hoy la Rambla...

Los indios constituyen un gueto y actúan como un pool económico. Un pool que paga al contado y con billetes usados. Por eso, la Rambla tiene cada vez más tiendas de souvenirs y menos zapaterías, farmacias, relojerías, restaurantes, oficinas, librerías; es decir que se muere. (*El País*, 9-3-88)

Otros inmigrantes hindúes hacían también trabajos muy duros como repartidores de botellas de butano o en la venta ambulante de ropa o de flores. Con estos trabajos entraron en competencia también con otras personas (especialmente gitanos) que habían ocupado tradicionalmente este tipo de trabajos.

Otro grupo importante de inmigrantes eran los de origen filipino (831 personas en 1997⁴⁸). Era una inmigración principalmente femenina, aunque no siempre. Recibieron el estereotipo de que tenían buena educación, eran sumisos y hablaban una lengua divertida. Trabajaban especialmente en la limpieza de casas particulares, tiendas y también en pequeños talleres textiles. Algunos habían conseguido también desarrollar pequeñas tiendas de alimentación dentro del barrio. La periodista Àngels

⁴⁸ Ídem.

Piñol, en otro artículo “La ciudad escondida” (*El País*, 1994), habla con una inmigrante filipina para mostrar que no todos los inmigrantes filipinos eran “chachas” de la limpieza, como indicaban las imágenes más frecuentes de este grupo:

Mari Luz Báñez emigró hace 14 años de Filipinas para trabajar en España como empleada de hogar y hace dos logró abrir junto a su marido un supermercado en el barcelonés barrio del Raval, donde vende tanto a clientes españoles como extranjeros. El caso de esta filipina no es una excepción. La colonia de inmigrantes residentes en Ciutat Vella –unos 5. 000 según las cifras oficiales– ha dado un paso de gigante en su proceso de integración. Han abierto docenas de comercios –algunos los cifran en un centenar– y llevan regularmente sus niños al colegio...

Adiós a limpiar casas y cuidar jardines de otros, a pintar pitufos, a coser cazadoras, a trabajar en bares. Mari Luz ha conseguido su objetivo: montar en la calle Paloma un negocio propio que a tenor del constante trajín, no le va nada mal. “Podría haber abierto una tienda de alimentos orientales, pero perdía el potencial de la gente de aquí. Mis compatriotas, además sólo podrían comprar el día libre y el fin de semana. No valía la pena”. (*El País*, 24-10-94)

Este supermercado sólo era una tienda pequeña, aunque representaba una mejora interesante para esta mujer. Pese al optimismo de la noticia, el impulso económico de estos comercios era limitado y muy concentrado en el barrio. Era, sin embargo, un trabajo mejor que el que se les había asignado como estereotipo.

Un punto de reunión de estos inmigrantes era también la iglesia de Santa Mónica, al final de las Ramblas, donde se reunían para celebrar actos religiosos y fiestas particulares.

Al barrio también llegaron en los ochenta personas de origen africano de color, que tuvieron en el mismo una presencia mucho más inestable que los grupos anteriores. Eran en su mayoría jóvenes y sin familia. Fueron muy rápidamente señalados como traficantes de heroína, e incluso se dieron algunos incidentes de racismo hacia los mismos. En 1988, tras la muerte de tres personas por una sobredosis de drogas proporcionada por un inmigrante de color, se destapó una persecución hacia todos ellos. Se les atribuyó la apropiación del supermercado de la droga (adulterada o purísima) y de haber desplazado a los tradicionales traficantes (gitanos). Al enfrentamiento entre clanes y ajustes de cuentas personales le sucedió también una fuerte represión policial hacia los mismos. *El Periódico* del 24 de febrero de 1988

titulaba con grandes titulares y en primera página “Golpe contra el clan africano de la droga” y a continuación informaba sobre la persecución desatada sobre los mismos:

El Grupo Operativo de Extranjeros (GOE) de la jefatura superior de policía en Barcelona ha aplicado la ley de extranjería a un centenar de africanos que han sido detenidos durante las últimas horas en el distrito de Ciutat Vella, tras los incidentes del pasado lunes.

El Gobierno Civil pretende expulsar del país a aquellos africanos conflictivos, aunque tengan alguna causa pendiente con la justicia española. Se quiere aprovechar la situación actual de degradación creada en el barrio con las peleas entre traficantes de raza negra y vecinos gitanos para expulsar del país a los primeros. Las reyertas entre ambos grupos se iniciaron tras la muerte de dos hermanos gitanos por sobredosis de heroína. La familia de los drogadictos decidió tomarse la justicia por su mano...

Ayer la situación del Raval y el barrio Gòtic era de auténtica calma. Jefatura envió más dotaciones que de costumbre y distribuyó una Compañía de Reserva General (CRG) que peinó la zona en busca de personas de raza negra. Casi todos los que eran encontrados eran trasladados a las dependencias del GOE donde inmediatamente se les abría expediente. (El Periódico 24-2-88)

Unos días más tarde, en otro artículo de prensa que se titulaba “Los vecinos de Ciutat Vella destapan el tráfico de droga” (El Periódico 1988) se hacía público un mapa del barrio elaborado por una coordinadora de asociaciones de vecinos, indicando los puntos negros de la venta de drogas. Se señalaban hasta 23 puntos (la mayoría de ellos bares), que se atribuían a traficantes blancos, negros y norteafricanos: *“Los traficantes de raza blanca controlaban la zona alta del barrio, mientras que los camellos norteafricanos, blancos y negros comparten la zona baja.”* (El Periódico 7-3-88)

Así, en la noticia se vertía un poco más de racismo en el problema de las drogas con la amenaza de la coordinadora de vecinos de entrar a poner orden en el asunto, ante la inoperancia policial.

Además de estos inmigrantes, generalmente procedentes de países como Senegal, Gambia, había también otros inmigrantes que no eran traficantes, que tenían familias e incluso patrocinaban centros de cultura africana (Mbana). Había también otros que tenían sus orígenes en países de antiguas relaciones comerciales y sociales como Guinea. Estos ya formaban familias y llevaban más tiempo asentados en la zona.

En el barrio también había diferentes familias de origen gitano. Un grupo estable y de una clase media vivían en torno a la calle de la Cera. Se les llamaba los gitanos del Portal. La música era un centro de interés importante para ellos y la iglesia evangélica de la calle Riereta, uno de sus puntos de reunión. En torno a las calles más al sur de la zona, había otras familias también de origen gitano mucho más marginales. Algunas formaban clanes de drogas, mientras que otras eran familias con muy pocos recursos económicos.

En general, en los últimos 10 años, nos encontramos en el barrio con un aumento significativo de personas inmigrantes extranjeros observable tanto en el número, como en la propia presencia física, en los negocios de la zona como en el nuevo alumnado que se matriculaba cada año en las escuelas o en la misma composición de los grupos de fútbol informales.

Esta presencia recibió a su vez unas particulares respuestas ciudadanas más allá de las fronteras del barrio en donde se encontraba encerrada. La celebración de fiestas llamadas de solidaridad, por ejemplo, empezó a ser un hecho lúdico nuevo que a la vez tomó una fuerza y un impacto importante. En marzo de 1993 tuvo lugar en Barcelona la primera fiesta de la diversidad organizada por un colectivo antirracista. Esta fiesta, de gran éxito social, se convertiría en una fiesta anual como antes lo habían sido otras fiestas tradicionales de los partidos políticos.

En el Raval, siguiendo esta tendencia, en 1995 se organizó una particular fiesta presentada en la prensa como "Fiesta en Ciutat Vella para reivindicar la integración de los inmigrantes". Así lo explicó Carlos González en *El País*:

Con una fiesta multirracial proigualdad, se clausuró ayer en el barrio del Raval un campo internacional de trabajo en el que durante dos semanas han participado voluntarios de nueve países. Esta fiesta de la convivencia celebrada bajo el lema del consejo de Europa, Somos diferentes, somos iguales, ha sido promovida por seis entidades cívicas del barrio... El objetivo del encuentro era abrir las entidades cívicas y de inmigrantes al barrio, dar a conocer sus propuestas de trabajo y sobre todo, dar un paso más en la convivencia pacífica entre los vecinos de una de las zonas más conflictivas de la ciudad". (El País, 17-9-95)

A pesar de estos comentarios, las rupturas de la convivencia en el barrio eran sobre todo debidas a los problemas como las drogas, el paro, la marginación en general, que eran problemas propios de una sociedad capitalista más que de un barrio en particular, aunque estaban radicados en el mismo. Vemos al final de la noticia de nuevo la aparición de la imagen de barrio conflictivo, que confería siempre un mayor valor a cualquier tipo de intervención, en este caso una acción contra la discriminación.

En estas acciones desde la ciudad, se obviaban otras condiciones que eran las que más estaban limitando a los inmigrantes y a los autóctonos en el barrio (cada vez había menos alquileres baratos, menos pensiones, menos casas, más trabajos marginales) para poder entrar, estar o salir por su propia cuenta como hicieron otros antes que ellos.

Los autóctonos, estancados ya en los últimos años, señalaban habitualmente con sus propios comentarios informales que cada vez había más "moros" en el barrio desde su visión local del problema. El término "moro" muchas veces incluía tanto a los magrebíes como a los de origen hindú. En estos comentarios se podía a la vez adivinar un cierto temor y recelo a sufrir un desplazamiento en el barrio-refugio.

En la convivencia cotidiana, los inmigrantes extranjeros para los residentes tradicionales ya no eran "minorías étnicas", sino que pasaban a ser unos vecinos concretos, con nombres y apellidos, con los que convivir, trabajar o resistir en sus situaciones de marginación. Para los inmigrantes los vecinos de la zona eran a la vez los únicas personas con las que podían establecer relaciones sociales dentro de la ciudad. Eran su fuente de información cultural y social más cercana, pero a la vez situados dentro de la misma frontera. Sistématicamente, funciones fundamentales como recepción, convivencia y aculturación y oportunidades eran ejercidas de una manera solitaria sólo por sus convecinos y desvinculadas a su vez del resto de la ciudad, a pesar de las apariencias y del auge de los discursos.

La concentración en el barrio de la inmigración hacía tomar a éste en ocasiones el aspecto de un gueto y a la vez dejaba todo el peso de la integración en manos de los autóctonos, que no recibían el mismo reconocimiento por ello que los voluntarios internacionales. En las escuelas, especialmente los jóvenes realizaban trabajos de

aculturación que eran sólo atribuidos a la institución y sus programas. Como hemos podido ver en los grupos de fútbol también son ellos los primeros negociadores.

Los residentes que estaban en un nivel de pobreza similar a los recién llegados en ocasiones se quejaban de los propios programas de ayuda de los servicios sociales, que en su opinión beneficiaban más a los inmigrantes que a ellos mismos. Se entablaban y se propiciaban así luchas y competencias entre los que tenían menos recursos.

En otras ocasiones también se trató de ver a los inmigrantes como los causantes de los problemas de la inseguridad en la ciudad. El hostigamiento de la policía sobre ellos y sobre sus hijos era bastante frecuente, en ocasiones exclusivamente motivado por la apariencia externa y, en ocasiones, sin ser culpables de nada, daban la alarma simplemente por sus características físicas. Este hostigamiento se producía especialmente por normativas estatales como la Ley de Extranjería o por la proliferación de noticias que los relacionaba con hechos delictivos como grupo.

La experiencia de la inmigración, frente a los debates y los discursos sobre la misma, en general se podía ver en el barrio como un proceso algo distinto al simplemente identitario o cultural sobre el que se insistía casi en exclusivamente como forma de integración. El antropólogo M. Delgado, en un titular de prensa muy significativo, "Tú étnico, yo normal", (*El País* 1996) advertía sobre la parodia a la que en muchas ocasiones se estaba entrando tras la insistencia en catalogar y controlar culturalmente a estas personas, incluso por los que se presentaban como sus defensores:

En resumen, la noción de minoría étnica funciona para organizar jurídicamente y políticamente la marginación social y la mano de obra barata. En la fantasía política dominante, la minoría étnica distingue a los que han sido instalados abajo, en el límite o más allá del sistema social, a los que podemos eventualmente hacer objeto de nuestra misericordia, tolerándoles existir en su rareza. El propio movimiento antirracista cae en la trampa y organiza festivales en los que los inmigrantes se folclorizan a sí mismos, preparando convulsivamente platos de cus-cus o entregándose a todo tipo de danzas más o menos tribales. Pidiendo perdón por sus extrañas costumbres, dan por bueno el supuesto de que sus dificultades tienen que ver con su cultura y no con las injusticias de ese orden socioeconómico que les ha mandado llamar y que ahora les mantiene a la intemperie (*El País*, 23-12-96)

En la construcción del “otro” se borraba y obviaba muchas veces la situación de producción y reproducción de marginación en la que habían ido a parar por su situación de clase.

Los inmigrantes en el barrio y en la ciudad en general debían de competir por los trabajos, luchar por sus economías primeramente y después encontrar un lugar en la sociedad de acogida con todas sus complicaciones, adopción de nuevos valores, mantenimientos de otros, proceso de creación de una identidad y respuestas. Este proceso era trabajoso, cotidiano y especialmente complejo en el caso de los padres y también de sus hijos a medio camino entre dos culturas, la de sus orígenes, por un lado, y la que se van formando en una ciudad que no les acaba de aceptar ni como grupo ni como individuos, por otro, o se les acepta sólo en partes muy concretas de la historia.

TERCERA PARTE. INSTITUCIONES Y REPRODUCCIONES

CAPÍTULO 6. **SERVICIOS SOCIALES. LA BATALLA A LA MARGINACIÓN**

Como indiqué en la sección anterior, la relación personal y los trabajos de deporte, con los jóvenes del barrio fue un trabajo que hice por encargo de los servicios sociales municipales. En este capítulo voy a continuar presentando el proceso con una explicación sobre la organización para la que trabajaba, quiénes la formaban y cómo estaba organizada. Finalmente terminaré mostrando algo del crecimiento que tuvo en diez años y algunas de las consecuencias que se derivaron del mismo.

Utilizo como hilo conductor para este capítulo la deconstrucción de antropólogo en trabajador de los servicios sociales. El proceso de ir mostrando estos cambios de rol que ya he utilizado en el capítulo del fútbol, toma en este parte una importancia central: primero para ver un nuevo campo de trabajo, el del educador social, semejante en ocasiones al del antropólogo, pero con unas responsabilidades nuevas y diferentes, y en segundo lugar esta deconstrucción puede servir, a modo de ejemplo, para hacer antropología desde campos que guardan muchas relaciones con esta disciplina, aunque no sean propiamente antropológicos.

A partir del año 1982, año que podemos considerar como del inicio oficial de los servicios sociales dentro de la ciudad de Barcelona, y del Raval⁴⁹ más en concreto, pasan estos a convertirse en una experiencia cotidiana, especialmente para las familias más marginales. Unas veces será sólo un contacto puntual (para pedir informaciones o ayudas materiales...), pero otras veces las visitas a los servicios

⁴⁹ Además de los dos centros de servicios sociales municipales que presento en el capítulo, en el barrio existían también otros de carácter privado (hasta un total de 115 -Cens d'entitats del Distrito de Ciutat Vella Ayuntamiento de Barcelona 1.998). Muchas personas estaban habituadas a ir de unos a otros en busca de la gran variedad de ayudas que en ellos se ofrecían. Algunos de estos centros sociales hicieron muchas veces funciones de padres y de madres para sus clientes. Dos de estos centros y sus ideas fueron exploradas especialmente por mi colega Eva Castellano (1998) en su tesis doctoral.

Los entrecruzamientos entre los servicios sociales municipales y lo servicios sociales privados sin ánimo de lucro eran frecuentes y no siempre tenían los mismos objetivos. Dada la gran cantidad de iniciativas de este tipo, en muchas ocasiones había personas que estaban siendo atendidas a la vez por dos o más servicios sociales y recibiendo mensajes muy diferentes para la solución de sus problemas.

sociales se repetían una y otra vez (problemas de pareja, de dinero, de desahucios...) y se prolongarán durante años.

Los servicios sociales en esta zona serán también considerados como una experiencia especial por parte de los propios trabajadores, al igual que hacían los maestros dentro de las escuelas. De esta manera, los servicios sociales marcarán también el barrio dentro de la geografía urbana como centro de marginación. Algunos de mis compañeros hacían comentarios frecuentes como "el Raval era diferente a cualquier otro trabajo en los servicios sociales del resto de la ciudad", "el Raval era un trabajo casi heroico, el más difícil ⁵⁰".

La función principal de los servicios sociales en el barrio era la de hacer llegar de la forma más adecuada las ayudas de que disponía el estado de bienestar, para paliar los procesos de marginación. Su objetivo se centraba especialmente en el trabajo sobre los problemas de las personas, de una forma casi exclusiva. Los vecinos en general, como comunidad, casi no se tenían en cuenta o se fueron perdiendo como objetivo con el paso del tiempo.

Por contra, la centralidad del problema (económicos, jurídicos, de salud, de relaciones personales...) se fue convirtiendo entre 1987-97 en su principal preocupación organizativa. Así, los servicios sociales, en su proceso de crecimiento, se organizaron de una forma progresiva para atender a los vecinos como si acudiesen a un centro médico. Como paradoja, algunos de los problemas que se atendían (por ejemplo, los desahuciados) estaban surgiendo más por causa de la reforma urbana general que se estaba llevando en el barrio que por enfermedad propia de los vecinos.

⁵⁰ Se tenía la idea general de que trabajar en el Raval era una experiencia singular. Este hecho diferencial tenía algunas causas que lo justificaban, pero también en ocasiones era una forma de darse más valor, o un argumento para conseguir más recursos o más presupuestos económicos. También era cierto que en el barrio había más acumulación de marginación que en otras zonas de la ciudad. Como consecuencia, se daban situaciones a veces muy especiales, que no se daban en otros lugares. Atender a esas situaciones provocaba una mayor tensión con el resultado que los trabajadores acababan cambiándose hacia otros lugares donde había trabajos de servicios sociales más tranquilos.

Muy pocos de estos vecinos, después de sus relaciones con los servicios sociales, superaron sus problemas, y, por supuesto, no pasaron a ocupar otras posiciones diferentes a la que ya tenían. Las intervenciones de los servicios sociales (como he hecho con la del fútbol en el primer capítulo) las vuelvo a presentar ahora como intervenciones limitadas que no quitan la marginación (ni con ayudas de dinero), aunque pueden ayudar a cambiar algunos de sus límites. Es decir, sin esas ayudas las familias acabarían encontrándose en unas situaciones mucho peores. No son ayudas fáciles de prestar, ni de gestionar. También se vuelve a producir en ocasiones el error de que siendo sólo ayudas, en ocasiones se interpretan casi como salvaciones.

6.1 Entrando en los servicios sociales. El barrio como problema

Al entrar a trabajar en 1987 en el centro de servicios sociales Erasme de Janer, pasé a vincularme en primer lugar con una profesión que hasta ese momento tenía muy pocos antecedentes.

Los compañeros que como yo empezaron en ese mismo año eran nuevos en el trabajo y en barrio. Los había también que habían entrado cuatro años antes. Todos procedían, a su vez, de otras formaciones académicas y prácticas. El resultado era que había muy pocas informaciones escritas sobre cuál era el papel y el trabajo de un educador dentro de los servicios sociales.

Mi carrera funcional fue siempre la de educador. Ocupé el mismo cargo durante los doce años que estuve en ellos hasta mi salida temporal en 1998. Estuve ubicado en dos centros diferentes dentro del barrio: seis años en el centro Erasme de Janer (1987-1992) y otros seis en La Palmera (1992-98).

Tras empezar a trabajar como educador, el primer cambio que se produjo respecto a mi anterior posición como antropólogo fue la de tomar unas nuevas responsabilidades. Ahora se me pedían unos trabajos sociales, algunos con resolución, pero otros también con unas metas muy lejanas como podemos ver a través de esta lista de problemas orientativos que se me entregó al entrar:

-
- disuasión ante casos delictivos concretos;
 - restitución de material robado;
 - fugas de casa atendidas;
 - expulsiones de casa elaboradas;
 - problemas de drogadicción paliados o encauzados;
 - problemas sexuales orientados;
 - problemas de soledad del chaval acogido;
 - problemática escolar apoyada;
 - problemática laboral y prelaboral resuelta;
 - problemas culturales de expresión y de lenguaje;
 - complejos de inferioridad trabajados;
 - problemas y discusiones aprovechadas educativamente;
 - contactos con familias. Contactos con profesores;
 - contactos con adultos del barrio;
 - contactos con comerciantes;
 - contactos con asociaciones o comunidades de vecinos;
 - cartas recibidas y contestadas.

(Medición evaluática. Educadores de calle. C. S. Erasme de Janer. Ayuntamiento de Barcelona 1987)

Para comenzar, empecé la lista con la búsqueda de contactos personales seguidos con un cambio también en mis puntos de atención en el barrio. Ahora ya no era la sociabilidad en general en lo que más me fijaba, sino la parte de sociabilidad más problemática.

En las calles del barrio, la visibilidad de los problemas sociales era fácil de detectar: consumo y tráfico de drogas, prostitución, pequeños robos... La calle que antes, como antropólogo, veía como punto de relaciones sociales, ahora la observaba también como punto de problemas que tenía que intentar resolver.

En 1987 había algunas calles donde el contacto con la gente, en vez de buscártlo (caso del fútbol en la plaza de las Tàpies en ese mismo año), había que rehuirlo. Por ejemplo, en la calle de Sant Jeroni, había jóvenes vendiendo drogas en las esquinas. Estos empezaban cortándote el paso cuando pasabas caminando; seguidamente, te ofrecían drogas para entablar una comunicación y finalmente, con esa excusa, intentaban robarte. Tuve dos incidentes de este tipo: uno en la calle Sant Jeroni (1987) y otro en la calle Sant Ramon (1988). Era difícil defenderte de este acoso si no era negándote a entablar relación. Esto había que hacerlo también sin mostrar miedo. Pararse a hablar con determinados personas o grupos en determinadas calles también era dar una oportunidad para que te acabasen atracando.

El impacto de la droga era, en 1987, uno de los mayores problemas que había entonces en la zona. Se veían frecuentemente a los yonquis en la calle, inyectándose la heroína. Se vendía y traficaba también con hachís de una forma más o menos descarada. La calle Sant Jeroni se la conocía en el barrio como la "calle del porro" por la venta en ella de drogas blandas y duras.

Esta presencia cotidiana de las drogas tenía sus repercusiones en la propia población del barrio. Carlos, un joven de la zona, organizó en 1989 una misa por los muertos que la droga había causado dentro del mismo. *La Vanguardia* tituló la crónica sobre este suceso "Réquiem por las víctimas de la heroína":

Lleva un año sin probar el caballo. En sus brazos hay tatuajes. Cuando habla, a veces las palabras adquieren mucha más velocidad que las ideas y se hace un pequeño lío. Cuando habla, a veces no encuentra palabras para expresar sus ideas y surgen los "eeeh, eeeh". Es Carlos, 20 años de edad y precursor de la misa por los muertos de la droga que ayer se celebró en la iglesia de Sant Pau del Camp, en pleno barrio del Raval, posiblemente el más deteriorado de Barcelona.

La iglesia de Sant Pau del Camp se llenó en el día en que una idea tan singular se llevó a la práctica. Más de 200 personas respondieron a la convocatoria. Entre los asistentes, numerosos amigos y familiares de los 50 fallecidos en lo que va de año a causa de la heroína. (La Vanguardia, 6-5-1989)

A estas muertes no se les buscan, sin embargo, responsabilidades fuera de la zona, sino que se presentan como un hecho propio de la naturaleza de la misma.

Como consecuencia del consumo y tráfico de drogas, el barrio aumentó en inseguridad para los propios comerciantes y vecinos. Estos empezaron a ver en los drogadictos una amenaza al respeto tradicional que había existido entre negocios legales e ilegales. Así, antes el barrio era refugio de los que robaban, pero estos no robaban a los vecinos y ahora sí.

Haciéndose eco de esta situación, F. Sales titulaba en *El País* 1989 "A la reconquista del enclave de la droga", para hacer una nueva crónica negra y comentar a la vez una operación de la policía contra la mafia del narcotráfico que se había instalado en este caso de la calle Sant Ramon:

Oficialmente en esta calle permanecen abiertos siete bares, ocho pensiones, un sex-shop, una casa de gomas, una panadería, dos farmacias (...). Pero la crónica urbana y social de Sant Ramon no discurre en el interior de sus tiendas, ni en sus viviendas. Siempre ha fluido al aire libre, en las aceras y en la calzada. Allí se han venido mezclando, en una masa compacta y abigarrada, los vendedores de droga al por menor de objetos robados y el sexo.

La venta de drogas se inició de manera alarmante en la calle de Sant Ramon hace dos años. La impulsaron algunos africanos que hasta entonces habían permanecido trabajando ilegalmente en las plantaciones de flores de El Maresme. Buscaron después refugio en este rincón de la ciudad, especializándose en el trapicheo de la heroína y disputando palmo a palmo cada centímetro de la calle a los jóvenes gitano, especializados, a su vez, en el comercio de la cocaína y en la explotación de sus mujeres.

En medio de este supermercado barcelonés de la droga pululaban sin cesar pandillas de menores, venidos de todas partes, capaces de ofrecer chocolate, para luego dar el cambazo y vender una pastilla de caldo concentrado. (El País, 5-6-89)

La atribución en exclusiva de la droga o de los robos a determinados grupos tenían sus repercusiones a veces en forma de racismo local. En la calle Sant Jeroni, ante el robo de un bolso a una mujer, pude ver la reacción de otra persona gritando y echando la culpa a los recién llegados: *"Moros, negros y gitano. Habría que cortarles las manos y echarlos de aquí"*. La presencia de inmigrantes en el barrio era, a pesar de todo, muy pequeña, aunque parecía mayor al estar concentrada en calles como ésta.

En mi caso, tras los propios incidentes tenidos con los vendedores de drogas, tomé precauciones al visitar algunas calles y sobre todo a determinadas horas. También evitaba las relaciones y la comunicación con determinadas personas. Evitar que te robasen requería casi de una técnica especial: no quedarse mirando a nadie, responder de forma contundente, intentar no dejarse parar ni acorralar, pero tampoco salir corriendo.

Paralelamente a estos ambientes, también continuaba habiendo calles donde la tranquilidad y la vida vecinal no había sido alterada, a pesar de las alarmantes noticias que hacían algunos medios.

A la vez que la droga, el sida también empezaba a hacer sus primeros impactos en la ciudad y de nuevo más en particular en el barrio. El Instituto Municipal de la Salud informaba en 1989 que Ciutat Vella triplicaba el sida de toda Barcelona. En 1989

había en Barcelona 456 personas afectadas del virus, de las que 74 vivían en Ciutat Vella y 38 habían muerto (*Avui*, 20-6-89).

El sida también era un problema con una geografía y unas causas mucho más amplias que los límites del barrio. Cuatro años más tarde, en *El periódico* 1994, Antonio Yague titulaba “El sida se dispara en Madrid y Barcelona”:

Los infectados superan la trágica barrera de 1 por cada 1.000 habitantes. El sida ha superado en Madrid y Barcelona la cifra mítica de un infectado por cada mil habitantes, porcentajes sin parangón en ninguna zona de Europa, advirtieron ayer los responsables de la sociedad española interdisciplinaria del sida. También alertaron que un 10,7% de los infectados son heterosexuales, grupo de contagio que apenas suponía el 3% en 1986 (6,5% en 1992). (El Periódico, 16-2-94)

Aunque no era una exclusiva de este grupo, fue de nuevo entre los ambientes de drogadictos donde se empezó a hablar de su existencia, de personas que eran portadoras del virus o que fallecían a causa del mismo. La prevención del mismo era un tema con muy poca información. Las relaciones sexuales entre prostitutas portadoras del virus y clientes (portadores o no portadores) se continuaban haciendo sin precauciones. En una de las primeras campañas de sensibilización sobre el tema, el pintor de grafitos norteamericano Keith Haring⁵¹ realizó en 1989 un mural con un mensaje preventivo en la plaza de Salvador Seguí. Escogió este lugar del barrio debido a que era una de las paredes de la ciudad que cada mañana despertaba con más jeringuillas a sus pies.

Así pues, en general, el contacto que estaba buscando con los jóvenes, como hemos visto en el capítulo 1, era un contacto que tenía que rehuir en determinadas ocasiones con los adultos, sobre todo en determinadas zonas y en determinadas horas. Había también personas en la calle que buscaban el contacto para vender cosas robadas, o el más habitual, ofreciéndote un contacto sexual.

⁵¹ Keith Haring falleció en el año 1992 a causa del virus del sida. El mural que pintó en la plaza Salvador Seguí fue una de sus últimas obras. Tras ser derribado el edificio en el que estaba inscrito, fue trasladado a otro muro al lado del Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona (MCBA). Una obra escultórica de Eduardo Chillida finalmente hizo desaparecer el mural de ese lugar.

Los problemas sociales eran en parte también problemas con peligros para los servicios especializados que, en determinadas ocasiones, tenían que huir de ellos o buscar otras estrategias de intervención. Aquí vemos una diferencia grande entre la antropología basada en la observación y los servicios sociales o el trabajo de un educador, que han de buscar resultados además de las observaciones. Una diferencia que tiene su origen en la diferente visión del barrio como problema o del barrio como observación.

6.2 Organización y trabajos de los educadores sociales en el barrio

Los trabajos de los educadores se presentaron tras la transición democrática (1979-80) como una gran novedad dentro del trabajo social, aunque no lo era tanto. Sí que era, sin embargo, una novedad su vinculación profesional con la administración municipal. Los antecedentes más representativos de los mismos habían sido las instituciones religiosas y de beneficencia organizadas principalmente en torno al macrocomplejo de la Casa de la Caritat (1802) / Casa de la Maternitat⁵². Especialmente a la Casa de la Caritat se la reconoció durante mucho tiempo como un gran pueblo de pobres dentro de la ciudad. Ambas constituyeron dos iniciativas de tratamiento de los jóvenes desde una perspectiva religiosa y cerrada, anterior a la perspectiva más desinstitucional y abierta aplicada por los educadores en los ochenta. Durante más de un siglo, la asistencia social había estado en manos de la caridad, y esta tradición seguiría ejerciendo sus influencias.

Desde estos dos centros, los religiosos se encargaron de socorrer a los pobres con dinero, con comida, con orfanatos para sus hijos y también en algunos casos con actividades de socialización a través del deporte o con excursiones fuera de la ciudad. En la Casa de la Caritat ya se organizaban muchas actividades de este tipo y así lo recordaba en sus memorias de 1945 Guillermo Brugués:

⁵² En 1995, la Casa de la Caritat se transformó en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB) y la Casa de la Maternitat, en el Centro de Documentación. Los trabajos en grandes centros cerrados tras el cierre de estas dos instituciones pasarían primeramente a hacerse en otra institución más alejada del centro llamada Llars Mundet. Tras la disolución de estos, la Generalitat establecería una red de centros más pequeños y repartidos por diferentes lugares de la ciudad.

El maestro J. Puigderrajols, aficionado a los deportes, creó un equipo de fútbol. La Casa confeccionó todas las prendas de los jugadores. Se formaron equipos profesionales y se entró en una liga, en la que alguna vez fue campeona la Casa de la Caritat. Había buenos jugadores, y algunos de ellos fueron solicitados por equipos de primera división, como un tal Fornós, que llegó al equipo del Barcelona, o un tal Bolea que fue fichado por el Español.

El tutor Luis Noguera organizaba excursiones: estancias en la casa Hogar Montaña, salidas a las regiones del norte; intercambios de bandas de músicas o de asilados de otras regiones; funciones de teatro donde él mismo actuaba e incluso a veces dejaba que los asilados interpretasen festivales por su cuenta. (Brugues G., 1996, p. 200)

La misma institución organizaba además una gran cantidad de talleres de formación con los jóvenes (que en algún momento colocaron a esta casa en la posición casi de una empresa industrial):

En los talleres de la Casa de la Caridad se podían estudiar estos oficios: agricultor, albañil, alfarero, alpargatero, barbero, cajero, calderero, carpintero, cerrajero, cestero, colchonero, confitero, cordelero, curtidor, dependiente de comercio, droguero, ebanista, encuadernador, escultor, esterero, galonero, grabador, impresor, guarnicionero, herrador, herrero, hojalatero, librero, panadero, papelero, pasamentero, pastelero, platero, peluquero, sastre, semolero, tejedor, mecánico, tintorero, tornero, zapatero. (Brugues G., p. 154)

La organización de talleres también será un tema importante desarrollado por los servicios sociales modernos como recursos de formación para la marginación.

Otro antecedentes importantes de educación y comunidad contra la marginación en el barrio desde una posiciones diferentes a las benéficas se puede considerar el desarrollo de los grupos corales por parte de Anselm Clavé.

Anselm Clavé (1824-1874), tras su particular contacto con la deplorable situación de la clase obrera del barrio, pasó a convertirse en 1840 en lo que podría considerarse como un educador musical. Clavé partió de la cultura observada en las tabernas de la zona en torno a la calle Carretas para convertirse en músico y cantante popular en las mismas, y finalmente acabar formando con algunos obreros del barrio y clientes del bar sus famosos coros de Clavé⁵³. El suyo se puede considerar como uno de los

⁵³ Los coros de Clavé en sus orígenes eran formaciones dedicadas en especial al canto coral sin música. Clavé suprimió ésta debido a las dificultades que suponía su lectura para los obreros, en contraste con su facilidad para el canto vocal. Alcanzaron sus mayores éxitos a mediados del siglo XIX. Se organizaron festivales que llegaron a reunir hasta 2.000 entidades de este tipo. Los coros que perviven en el barrio son una muestra de música sencilla y popular.

primeros trabajos de educación social y musical con repercusiones, y a la vez de una gran aceptación por parte de las clases populares.

En 1995 un vecino del barrio que participaba en una de las 11 corales todavía existentes en el mismo, señalaba la influencia que éstas continuaban ejerciendo en la vida social, a pesar de las dificultades para mantenerse estables:

R: Sí, en Carretas queda todavía el que te he dicho antes, que era el Delfos. Algunas copas, algunos trofeos, siempre queda algo. Pasa igual que con los coros. Cuando se deshacen siempre queda algo de lo que es el local.

P: ¿Pero los coros duran más que los equipos de fútbol?

R: También se pierden. También se pierden por que el presupuesto en sí no da tanto en un sitio como en otro. Y la gente se va perdiendo, se va haciendo grande y se va perdiendo.

P: ¿Cómo funcionan?

R: Sí, date cuenta que es lo mismo. Funciona igual, en loterías, en números, en salidas, en patrocinadores, funciona igual.

Su organización y sus funciones en la vida vecinal era en muchos aspectos semejante a los bares con equipos de fútbol.

También en el siglo XIX, Ildefons Cerdà (1876-1915), para la elaboración de su teoría general de la urbanización, recorrió una por una todas las calles del barrio, los pisos, las habitaciones, anotó los metros cuadrados, los salarios que recibían los obreros, sus condiciones de vida (una de sus terribles conclusiones era que algunos obreros con su sueldo sólo podían comer durante 10 meses al año). Aunque no llevó a cabo ninguna acción educativa, su informe constituyó un ejemplo de prospección de una zona urbana previa tanto a cualquier trabajo de educación social, como urbanístico.

Ya a inicios del siglo XX, en el año 1913, se formó en el distrito V (Raval) uno de los primeros grupos juveniles inspirados en el modelo de *boy scout* inglés: Los exploradores (Balcells, 1993). Aunque sus actividades estaban más dirigidas a otras clases sociales, fue el inicio también del movimiento excursionista en la ciudad, que servirá de modelo de acción social para muchos educadores.

Los antecedentes de las ideas de deporte y comunidad/sociedad se pueden encontrar también en muchos liceos, escuelas nuevas, centros excursionistas y

organizaciones de obreros de principios de siglo y de antes de 1936⁵⁴. Desde estas organizaciones se nos presenta, por ejemplo, la iniciativa del deporte como una vía de vida sana. Hacer deporte era sinónimo de salud, higiene de control y autocontrol. Con la práctica deportiva se ayuda a promover el desarrollo moral del individuo, su fuerza de voluntad, la confianza en sí mismos, la abnegación, la autodisciplina voluntaria.

El deporte bajo estas formas redentoras era una acción contra las ideas de vicio transmitidas y generadas en los espacios más frecuentes de relación de las clases más populares, como los eran los bares o las calles de barrios marginales e insalubres.

Otras ideas de deporte popular como de resistencia a la elitización de las prácticas deportivas tuvieron un gran impacto en Barcelona previamente a la frustrada Olimpiada del 36, y estuvieron también muy presentes en las propuestas de reforma urbana del GATPAC (véase McDonogh 1989) .

Ya en la época de posguerra, continuaron asociándose al tema de la marginación algunas acciones de deporte a través de las acciones principalmente de la iglesia. El escritor Juan Marsé recogía irónicamente en una de sus novelas algo de esta perspectiva, mezcla de educación social y moral:

Son los regenerados, jóvenes de origen oscuro y aparentemente inofensivo, devotos, perseverantes, dispuestos siempre a confraternizar. Ingresaron en la parroquia de jovencitos, fueron los primeros rescatados con esfuerzo del peligro de la calle y las tabernas, del billar, de las cartas y de los bailes populares, atraídos no exactamente por el himno de la campaña de Navidad (som germans tots, rics i pobres, fora lluites i rancors) sino por el balón de fútbol que les regaló el buen párroco para que jugaran en el solar junto a la iglesia. Domesticados, convertidos primero en monaguillos y cantores de coro, en entusiastas excursionistas y después en aspirantes de A. C., al crecer ingresaban en los cuadros de mando y en la dirección de catequesis y alternaban con las atareadas preceptoras de la sección femenina, unidos a ellas por ese noble quehacer apostólico que borra fronteras sociales. (Marsé, 1990)

54 A principio de siglo, en Inglaterra (cuna del desarrollo de las teorías sobre deporte moderno y también de las teorías de protección a la infancia), la práctica de la actividad física de forma obligatoria en los colegios tuvo como finalidades explícitas ocupar el tiempo de ocio de los alumnos, a la vez que disminuir la agresividad de los mismos.

Evitar esta moralidad rechazada por Marsé se convertirá en uno de los objetivos de los educadores ya en los ochenta, organizados en torno a los servicios sociales que pasan a ser de derecho público y municipal.

6. 3 Cambios de estrategia: los educadores en la calle

La tradición del trabajo de educador de calle en el barrio la inició Adrià Trecens⁵⁵ en el año 1973. Él era religioso, pero una buena parte de su trabajo lo realizaba fuera de los ambientes institucionales (en el año 1985 entrará a formar parte del primer equipo de educadores de calle en el Raval). Yo le conocí en 1987 y entonces llevaba ya catorce años recorriendo las calles, los bares y relacionándose de manera cotidiana con los vecinos. A pesar de aquella larga experiencia él seguía considerando el conocimiento del barrio, de las personas y de sus cambios como fundamental y a la vez complejo:

El barrio es como un gran misterio o secreto, que se revela en pequeñas dosis, a medida que uno se interna y se compenetra con la gente y con su manera de hacer y de pensar. Nunca se conocerá el barrio por los reportajes periodísticos, escritos de ordinario con afán sensacionalista; o sacados a relucir cuando ocurre algo grave, que no se ha podido ocultar.

Y, quienes convivimos en el barrio ya desde hace años, vemos cómo nos falta mucho por conocer y cómo cada día descubrimos cosas nuevas o nos perdemos en la interpretación de las relaciones personales.

Tampoco se conoce a fondo el barrio mediante informes o encuestas o estudios de “técnicos” que lo recorran unos días con la pretensión de hacer “un estudio”.

Para ser del barrio, para conocerlo íntimamente, habría que vivir en él, pasarse muchas horas del día y de la noche por sus calles, por sus bares, por sus viviendas o refugios. Y uno se pierde en este pozo sin fondo, donde junto a miles de personas enteramente normales en su forma de vivir, se acumulan otros miles de marginados, cuya vida es tan difícil de aclarar o entender. (Adrià Trecens, 1998 p.56)

Sus memorias eran muy interesantes, especialmente por las explicaciones que ofrecía sobre los lugares del barrio que visitaba. Su trabajo era el resultado de una gran implicación personal y religiosa, y desprovisto de tintes salvadores a pesar de venir de un religioso. Una faceta muy particular del mismo se daba especialmente en el verano, cuando se dedicaba a recorrer las cárceles de todo el país, visitando a personas del barrio que le conocían, llevándoles cartas, notas o comentarios.

⁵⁵ Adrià Trecens recibió en el año 1996 el premio Solidaridad de Catalunya como reconocimiento a su larga trayectoria de trabajo social, tanto dentro como fuera del barrio.

Tras la iniciativa de Adrià Trecens, el esfuerzo por llegar a los jóvenes en su propio medio fue el trabajo más importante que la figura del educador de calle introdujo en los ochenta dentro de la organización de los servicios sociales.

Los educadores iniciaron sus primeros trabajos “en el medio abierto”, haciendo uso entre otras, de actividades de tiempo libre y de deporte con el objetivo de agrupar a los jóvenes del barrio cuando aún eran agrupables. Tras la difusión de las drogas duras empezaba a haber ya jóvenes imposibles de agrupar al menos de una forma voluntaria. La droga también deshizo otro tipo de grupos informales como las bandas⁵⁶.

A los primeros educadores oficiales se les continuó llamando “educadores de calle”. Sólo la escuela de formación profesional de la Generalitat Flor de Maig ofrecía, desde el año 1981, formación de educadores especializados, aunque no estaba reconocida como una titulación universitaria.

La formación académica recibida por estos educadores⁵⁷ en algunos casos procedía de campos afines como la pedagogía, el magisterio y la sociología.

Los encargos y los contenidos de este trabajo variaban de un lugar a otro⁵⁸, y la profesión en sus inicios se identificó con el tratamiento de delincuentes y en otras ocasiones con la aparición de problemas relacionados con la droga y la marginación juvenil en general. El tratamiento de este tipo de problemas desde posiciones

⁵⁶ A través del cine sobre problemas juveniles se puede ver algunos de estos cambios. Así, del tema de la delincuencia juvenil y las bandas (José Antonio de la Loma, “Perros callejeros”, 1979, “Los últimos golpes del Torete”, 1985, “Yo el Vaquilla”) se pasa al de las drogas (Eloy de la Iglesia, “Navajeros”, 1982, “Colegas”; Carlos Saura “Deprisa, deprisa”, 1980). En los noventa hay un relativo abandono cinematográfico del tema de la juventud urbana y sus problemas. Una interesante excepción la constituye la película “Barrio”, del director Fernando León (1998), donde nos presenta el tema de la difícil integración en el mundo social de los jóvenes urbanos.

⁵⁷ La variedad en cuanto a la formación recibida será una característica de los educadores como colectivo hasta el año 1992. En ese año quedan aprobados los estudios específicos de educación social, que pasarán a ser reconocidos como estudios universitarios de grado medio.

⁵⁸ En los proyectos de educadores en los que participé, el objetivo prioritario de la intervención eran los problemas de los jóvenes. No eran, sin embargo, unos proyectos concretos sobre un solo problema específico como podían ser la droga, la delincuencia o el absentismo escolar.

institucionales era complicado debido al rechazo que mostraban las personas afectadas por los mismos, y en especial los jóvenes.

Veamos algunos de los trabajos de los educadores en el Raval entre los ochenta y los noventa, así como su consolidación institucional.

Tras la formación del primer equipo de educadores de calle en el año 1985⁵⁹, la siguiente contratación laboral⁶⁰ más extensa para este puesto llegaría dos años más tarde, en 1987, en parte como respuesta de la Administración municipal a la campaña reivindicativa “Aquí hi ha gana”⁶¹, en la que entre otras reivindicaciones se pedía dotar de más personal a los servicios sociales.

Esta campaña tuvo su origen en los vecinos del Barri Gòtic (Jaume Comellas, 1995). Desde la misma se reclamó el derecho a unos servicios sociales por parte del estado de bienestar, una redistribución de los recursos que superase los tradicionales actos de beneficencia o de caridad. La campaña que se desarrolló durante un mes fue tomando un cariz progresista, donde la izquierda de la ciudad entró a reivindicar la prioridad de las actuaciones del estado sobre los temas de la pobreza y de la marginación.

A la puesta en marcha de los educadores en el Raval, le seguiría otro equipo en el barrio del Carmel y posteriormente otros equipos en el resto de barrios de la ciudad. Ana Jalonch (1993) señalaba en el proceso de desarrollo institucional de la profesión varios acontecimientos más como:

⁵⁹ A. Jalonch (1993) registra en 1975 la aparición del primer equipo de educadores de España en el barrio del Carmel de Barcelona.

⁶⁰ En otras ciudades, a lo largo de los noventa, se contrataron también otros equipos de educadores. Con ellos, las administraciones daban una respuesta a problemas sociales como las drogas, la inseguridad ciudadana o las situaciones de desprotección de la infancia.. La contratación de educadores en algunos casos era sólo un argumento utilizado por las políticas de bienestar de los ayuntamientos democráticos, más que una apuesta por intentar mejorar o cambiar las situaciones de marginación.

⁶¹ Con la campaña se dio inicio en la ciudad también a otras muchas acciones en nombre de la solidaridad. El discurso de la solidaridad irá tomando, desde ésta y desde otras facetas, un progresivo relieve, como una acción moderna enfrentada a la tradicional beneficencia. Muchas veces veremos, sin embargo, como tras los discursos progresistas aparecen acciones muy semejantes a las de la beneficencia. Eva Castellanos (1998).

-
- El nacimiento, en el año de 1983, de la asociación de educadores especializados.
 - La aprobación de la ley de servicios sociales redactada en el año 1985, que incorpora la figura profesional del educador de calle a los equipos de atención primaria.
 - La inauguración universitaria de la profesión en el curso 1992-93 como diplomatura de educación social.

En el Raval, el equipo de educadores del año 1985 se ubicó en el centro Erasme de Janer (este centro fue pionero en la organización de los servicios sociales no sólo en el barrio sino en el resto de la ciudad). Los miembros de este primer grupo de educadores extendieron sus acciones a partir de ahí también hacia los jóvenes del barrio del Casc Antic, el Barri Gòtic y la Barceloneta. Posteriormente, en estos barrios se desarrollarían sus respectivos centros de servicios sociales.

Los educadores en esta primera etapa empezaron a tomar contacto cotidiano con los jóvenes y las familias del barrio en la calle, en las plazas, en sus propios ambientes.

El trabajo desburocratizado que realizaban fue reflejado en un artículo de prensa que habla de ellos como “los ángeles de la calle” (*Diari de Barcelona* 1986). Con ello se señalaba, por un lado, el carácter extraburocrático de la profesión, aunque por otro lado le continuaba dando unas connotaciones muy paternalistas.

En la cotidiano, en el Raval y desde el centro Erasme de Janer, los educadores empezaron a trabajar en la organización de grupos de fútbol (Plaza Peu de la Creu), de grupos para hacer excursiones o actividades lúdicas. Agrupar a los jóvenes en estos contextos de marginación no era un trabajo fácil debido a la desconfianza del barrio hacia los de fuera, o la implantación de problemas sociales nuevos muy difíciles de trabajar, incluso de una manera desburocratizada como en el caso de las drogas duras.

En la práctica, los resultados de sus trabajos no fueron tan espectaculares como las expectativas angelicales que se les atribuyeron (tampoco personalmente se

consideraban como ángeles de la calle). Sin embargo, sí que consiguieron la aceptación plena de la juventud de la zona, que los reconocía por la calle, en sus propias zonas y con la que formaron grupos y relaciones personales duraderas. Al iniciar los primeros trabajos antropológicos en el barrio, hice con ellos diferentes paseos por el mismo y pude comprobar cómo los jóvenes les saludaban al cruzarse o se dirigían a ellos para preguntarles por las próximas actividades que estaban organizando.

Además de estos trabajos más grupales, también atendían a problemas de los jóvenes a escala individual, con orientaciones sobre trabajos, estudios o problemas personales⁶².

En el año 1988, tras los primeros impactos causados por el trabajo del primer equipo de educadores, el Ayuntamiento realizó una nueva ampliación del personal para aumentar los servicios sociales en el barrio, contratando para ello a más educadores así como asistentes sociales y administrativos. Los educadores en Ciutat Vella para los tres barrios, son en esos momentos 20 profesionales y 144 para el total de servicios sociales⁶³.

Este aumento vino acompañado también de un crecimiento en las infraestructuras destinadas a los mismos. La reforma urbana produjo también edificios para los servicios sociales, algunos rehabilitaciones de edificios de marcado carácter histórico (Pati Llimona, Correu Vell) o edificios de nueva edificación como La Palmera.

En el Raval se pasan a realizar los trabajos sociales repartiendo el barrio por calles y por escuelas. Se establece una diferenciación entre Norte/Sur del barrio, tomando a la calle Hospital como frontera. Además de este proceso de “territorialización” técnica

⁶² Adrià Trecens será la persona que dedicará más trabajo a este tipo de intervención como él mismo señala en sus propios diarios: *Como educador de calle estoy muchas horas en la calle. Como avanzadilla de servicios sociales, detectando problemas, recibiendo peticiones, confidencias, consultas. Conversando con grupos y con individuos. Sin negar nunca a nadie, al menos, la posibilidad de expresar su problema. Aunque preferencialmente me dedico a los niños y jóvenes, no puedo negarme a conversar con las madres ni los familiares. Y he de completar mi labor auscultando también el sentir de las familias, de los amigos, de los colegas.* (El educador de calle, p. 39)

⁶³ Fuente: Gerencia de servicios personales. Ayuntamiento de Barcelona, 1997.

de la marginación, también se priorizó la relación con juventud entre 12 y 16 años (con el objetivo de hacer trabajos más preventivos que clínicos) y el trabajo con las escuelas de la zona.

El aumento, tanto de los recursos en los servicios sociales como del número de educadores, también tuvo otras consecuencias de tipo administrativo. Así se inició a la vez una tendencia hacia una mayor burocratización del trabajo. En algunos casos se volvió a la gestión de recursos en los despachos para dejar de lado el trabajo extraburocrático.

Las intervenciones con los grupos de jóvenes ya en los noventa toman una mayor dimensión con el intento especialmente de desarrollar y fortalecer la propia comunidad de jóvenes. Se crearon más grupos de fútbol, se empezó a intervenir en las escuelas, se continuaron realizando salidas y excursiones en épocas de vacaciones y fines de semana. El crecimiento de los servicios sociales y de los profesionales a lo largo del mismo periodo se acabó generalizando en toda la ciudad.

Dentro de las estrategias de la organización municipales, los grupos de edad sobre los que el educador podía intervenir se ampliaron. Ya no sólo eran los de los barrios marginales, sino que sus acciones se podían destinar también a otros grupos de edad, personas mayores, adultos. Otras veces se volvió hacia temáticas mas concretas, como las drogas (en centros), o a problemas de más reciente aparición como la inmigración extranjera.

La universidad, en 1992, bautizó definitivamente la profesión con el nombre de educador social, tras las diferentes mutaciones teóricas y prácticas. A partir de 1995 ya no serán necesarias más deconstrucciones para trabajar de educador social. Ese año aparece la primera generación de educadores formados específicamente como educadores.

En 1995, en toda la ciudad, se pone en marcha un plan común para todos los barrios y zonas. En la redacción inicial de este plan los educadores quedan olvidados dentro de la cada vez más compleja estructura de los servicios sociales. Pilar Malla

(asistenta social y directora de Cáritas de Barcelona) respondía a la periodista Marta Ricart (*La Vanguardia*, 1994) tratando de quitar peso al tema:

R: No, no, todo lo contrario. Me parece que se habla mucho de prevención en este plan. Los educadores son necesarios tanto para trabajar en la calle como dentro de las instituciones. Yo creo mucho en la labor de los educadores. (*La Vanguardia*, 16-1-94)

Posteriormente, en otro documento, los educadores pasarán a quedar incluidos ya en el plan. En el mismo se vuelven a aclarar aspectos como que el educador será el encargado de trabajar los procesos educativos juveniles. Se los remite especialmente a la parcela del tiempo libre de los jóvenes, se les continúa asignando la observación directa en el medio y una franja de edad en sus intervenciones, entre los 3 y los 18 años⁶⁴ preferentemente.

6.3.1 Construyendo una nueva profesión

Tras esta primera fase de tránsito de la antropología a la educación social, voy a continuar el capítulo con la presentación de algunos otros aspectos producidos con el cambio de rol. Hemos visto ya cómo había varias experiencias y cómo el trabajo se fue desarrollando en medio de diferentes acciones y cambios organizativos a la vez.

Tanto mi experiencia personal, como la de mis propios compañeros, se podría considerar sin embargo, como de autoaprendizaje de la profesión de educador. Los ecos de la profesión como nuevo trabajo no habían llegado muy lejos. Como consecuencia de este proceso, era frecuente que otras personas, incluso de campos y profesiones muy cercanas, se hiciesen las preguntas de qué era un educador social o qué trabajos hacía.

Veamos varios tipos de respuestas, unas enfocadas en los textos y otras tomadas desde la propia experiencia.

⁶⁴ Ayuntamiento de Barcelona (1995): *El educadors socials dintre dels equips d'atenció primària*.

En 1987, el único libro que hablaba de una forma explícita del trabajo del educador de calle era el de F. Guerau de Arrellano y Adrià Trecens. Estos dos autores respondían así a la pregunta de qué era un educador especializado de calle:

Es un ciudadano intencionalmente preparado para apoyar procesos evolutivos de niños y adolescentes que tienen especiales dificultades para instalar su vida en áreas aceptables de personalidad individual y colectiva y que por razones histórico-sociales coyunturales, realiza este servicio sobre todo en el espacio calle. (Guerau de Arrellano F., Trecens A., p. 33)

Desde otro punto de vista, los servicios sociales del Ayuntamiento de la ciudad definían el mismo trabajo especialmente como una solución para superar los límites de los tratamientos institucionales:

Els educadors de carrer són professionals que, generalment (fora de situacions excepcionals), treballen amb infants i joves amb problemes de delinqüència: que “passen” d’instàncies normalitzades (escoles, esplais, etc.). Els educadors “surten” al carrer a trobar, a establir contacte amb els nois i les noies. Són l’avantguarda dels serveis socials en el camp de la delinqüència. (Ajuntament de Barcelona. Els serveis socials a l’Ajuntament de Barcelona 1986)

El sociólogo Helios Prieto (*El País* 1993), en un artículo de prensa, consideraba a los educadores como una respuesta, a la vez útil, para frenar el aumento de la delincuencia juvenil que se había incrementado en todos los países europeos y en España especialmente tras la transición democrática:

Los educadores se introdujeron en el campo de la marginación juvenil provistos, en su mayor parte, de una ideología que idealizaba a los marginados como posibles protagonistas de una transformación social revolucionaria. Fue el periodo fundacional de la profesión. (*El País*, 26-04-83)

Este autor atribuía así a los educadores un pasado revolucionario-transformador, y se lamentaba, sin embargo, de su institucionalización. Así, hablaba de “una maléfica ley de Malhauum” que acabó con los pioneros para convertir la profesión en unos técnicos de la adaptación social con mala conciencia por haber sido contratados por el estado.

En 1988, en el propio Raval también se desarrolló una preocupación teórica por definir los contenidos de la profesión desde la perspectiva de los propios trabajadores que estaban en el campo:

El medio natural en el que trabaja el educador de calle es el denominado medio abierto, el cual se define como: espacio que permite una concurrencia voluntaria, una circulación libre, frecuentación no obligada, la asistencia no significa necesariamente compromiso y que posibilita un flujo diversificado.

El objetivo general del educador de calle es el de facilitar el cambio en el sujeto, interviniendo educativamente con él, a través del tejido social que le rodea o en las conexiones que se pueden establecer entre ambos.

La finalidad última del educador de calle es incorporar el sujeto al proceso social, creándole conciencia crítica de su propia situación, colocándole en condiciones de que conozca que hay otras alternativas (también sometidas a juicio crítico) y a las que puede optar y contactándole con los elementos que definen el denominado proceso social, al que se le debe exigir flexibilidad y capacidad de incorporación hacia nuestros educandos. (Educadores de Calle. Ciutat Vella, 1988)

De esta manera elaboraron su propia definición de la profesión a la que continuaron llamando "educador de calle" y remarcando la importancia de su trabajo en el medio abierto.

Sobre el mismo concepto de educador de calle se continuarían acumulando muchas más definiciones: educador en medio abierto, educador especializado, educador de primaria.

A. Jolonch (1993) se hacía eco de esta variedad de facetas que ofrecía el trabajo, a la vez que lo consideraba más como una riqueza que como un inconveniente:

Quan parlem dels educadors de carrer ens referim a un móm ampli i extens de pràctiques socials i educatives i a una varietat d'actors que en són protagonistes. La pluralitat d'accions i d'escenaris a què ens podem referir són una mostra de la riquesa i de la compleixitat d'aquest món. Si obríssim un debat, la mateixa expressió "educació de carrer" seria objecte de múltiples interpretacions. Per a alguns, l'educació de carrer serveix essencialment per a marcar les fronteres de la intervenció educativa dins i fora de l'escola. També s'empra per a definir l'especificitat de les necessitats i problemàtiques socials i educatives de la infància i l'adolescència que han de rebre una atenció especialitzada. I encara per a designar els professionals que les han d'atendre: per tal de superar les ambigüïtats i la dificultat de precisar allò que és l'educació de carrer d'altres recorren als experts i a una nova terminologia. Segons el context i els referents del discurs, es parlarà de l'educació especialitzada, l'educació informal", l'educació en medi obert, l'animació sociocultural, etc. També veurem com darrerament, a casa nostra, sota el concepte d'educació social, s'hi engloben tots els anteriors. (A. Jalonch, 1993)

A cada ámbito se le podía asignar así un tipo de educador diferente. A cada nuevo problema social que aparecía prácticamente se formaba un nuevo campo de especialistas. Una profesión que casi no había empezado a dar sus pasos, se estaba también convirtiendo en un pequeño cajón se sastre.

La calle era el sobrenombre que daba al trabajo su matiz más sorprendente. Al mencionar la calle, tal vez sin quererlo se asignaban demasiadas metáforas para explicar unas acciones simples como eran las de pasearse por el barrio, saludar a los jóvenes y a los conocidos o poner en marcha unos proyectos de interés para los mismos.

S. Sarasa (1987) nos ofrecía otro retrato del trabajo del educador hecho a partir de las declaraciones de los chavales con los que los educadores tenían más relación:

Para los que tienen problemas de justicia, el educador es la persona experta que conoce cómo moverse por los vericuetos administrativos... Para aquellos que padecen problemas económicos en sus hogares es también la persona "experta" que ayuda porque conoce cómo moverse por la burocracia asistencial.

La figura del educador de calle es vista por los chavales que tienen contacto con ella, como un elemento básicamente de "ayuda" ante los diversos problemas en que se encuentran. Problemas que están especialmente determinados por el lugar que estos jóvenes y sus familias ocupan en la estructura social. (Sarasa, S. 1987, p. 20-23)

Para este autor, el educador era la persona que se dedicaba a intentar persuadir al joven para que se apartase de los problemas. Alguien a la vez comprensivo con sus valores y hábitos y una ayuda a mano para los momentos más críticos.

R. Bonal (1988) entrevistaba a los propios educadores (algunos del Raval y de otros barrios de la ciudad), buscando sus propias visiones del trabajo desde la experiencia concreta. La calle volvía de nuevo a aparecer como el espacio educativo más significativo del trabajo:

De tot plegat el que ens queda evident és que el carrer és l'espai per excel·lència de l'educador de carrer, es presenta com un terreny on, al costat de la naturalitat de les relacions que s'hi estableixen, presenta unes especials dificultats d'abordatge, precisament per allò mateix que dóna entitat a la mateixa vida del carrer: la inexistència d'uns límits institucionalment definits i socialment pautats. El carrer

esdevenint un lloc de creativitat pedagògica i d'intervenció imaginativa de quines són les tècniques adequades a emprar en cada situació concreta. (Bonal, R. 1988, pàg.33-34)

Otras explicaciones se orientaron también en definir el trabajo educativo a partir de una serie interminable de infinitivos (Recasens, 1995) e incluso a hacer representaciones del mismo a través de dibujos que lo presentaban como un personaje cargado de funciones y técnicas diferentes.

En general, la mayor parte de los que trabajaban directamente en el campo coincidían que “el medio abierto” o la calle eran las parcelas más significativas de las intervenciones de la educación social. Esto, sin embargo, no evitó que se fuesen acumulando cada vez más discursos con otras visiones y con objetivos cada vez más desproporcionados, que de nuevo ayudaban más a la reproducción teórica de la marginación que a su cambio. Así, el educador podía ser también “el puente entre el joven y la sociedad”, o “el referente de velar por el equilibrio emocional de los jóvenes con problemas”, o “el vehículo para permitir una inserción crítica del individuo en su entorno”.

La historia de las intervenciones sociales había sido una historia muy ligada a grupos religiosos y al voluntariado. Los educadores de la juventud marginada habían sido durante muchos años las instituciones de caridad. En los noventa, con conceptos más científicos, se volvía a caer sin embargo en una representación de la marginación igual de misteriosa y exótica.

Tratando de superar a la caridad, en otros textos se recurrió también a una representación médica y funcionalista del trabajo. Estas visiones ofrecían las ventajas de que los resultados podían medirse mejor, aunque no se supiese bien qué era lo que se medía. Las interpretaciones médicas abrían, de esta forma, el camino hacia el desarrollo de la burocracia institucional, de profesionales y técnicos de escala intermedia que hablaban sobre la marginación o sobre la educación que ésta requería, pero eran técnicos que no intervenían nunca.

Los jóvenes aparecían en estos textos generalmente invisibles como personas, y los profesionales se atribuían el papel de únicos intérpretes autorizados de las vidas, de los problemas de los marginados y de los cambios posibles.

A esta gran emergencia de teorías le correspondían unas prácticas muy restringidas. Se acababa, con todo, imponiendo una visión administrativa y reproductora. En las evaluaciones sólo se tenían en cuenta el número de personas atendidas en entrevista individual y el tiempo invertido en su tratamiento.

El trabajo de educador era una nueva profesión que tenía poca historia. No se podían encontrar en ella, por lo tanto, grandes novedades a los planteamientos más tradicionales. Otras veces, tras la gran producción retórica, sólo había un trabajo administrativo más. El educador no había alcanzando, a pesar de los discursos, un rol muy definido ni dentro de la organización de los servicios sociales ni tampoco en el campo de la educación.

Los educadores, frente a esta realidad y cada uno a su manera, tenían su propia versión profesional. Así, en ocasiones, los educadores encontraban su trabajo por oposición a otros. Había, en el mismo campo, en las mismas oficinas de servicios sociales, otros trabajos muy parecidos en su forma al del educador, como eran los trabajos que hacían animadores socioculturales, los monitores de los centros de tiempo libre⁶⁵. Eran también organizadores juveniles con unas funciones y trabajos muy parecidos, pero que, sin embargo, eran vistos en ocasiones como de otra clase educativa.

Para conectar con la vida cotidiana del barrio había que servirse de otras estrategias además de las teóricas. Éstas eran especialmente las personales, las deconstructoras, necesarias para conectar y mantener con los jóvenes diálogos y trabajos duraderos. Había que estar también dispuesto a “desclasarse” profesionalmente.

⁶⁵ A lo largo de mi experiencia coincidí con personas que, ocupando el cargo de monitores, tenían muy buenas relaciones y contactos con los jóvenes. A la vez también coincidí con profesionales muy formados teóricamente, pero a la vez poco comunicativos.

El llamado medio abierto en el barrio era una geografía concreta, un espacio físico con muchas características y con cambios muy rápidos. Eran unos lugares concretos en los que pasaba una buena parte de mi tiempo conociendo a las personas más habituales de la zona (los bares de los grupos de fútbol, la plaza de las Tàpies, la pista el Campillo, la calle Sant Ramon, los colegios Collaso i Gil y Ansel Clavé...). En todos estos sitios el barrio era una zona con muchos conocidos.

El medio abierto no era algo estático sino algo en transformación. Un día lo hacía un edificio que era derribado, otro una acera que era ensanchada, una calle que se peatonalizaba, el mobiliario urbano o la iluminación.

Otros cambios en las calles provocaban, por ejemplo, el desplazamiento de los habituales de un lugar a otro: inmigrantes extranjeros ante la presión de la policía (Sant Ramon, 1988), los grupos de fútbol en 1991. En 1992 (Juegos Olímpicos) se instalaron comisarías ambulantes en las aceras de algunas calles y plazas con el objetivo de controlar lo más de cerca posible los problemas de delincuencia y de la venta de drogas.

Las calles del barrio eran también un medio abierto muy simbólico también para otras instituciones. Esto había dado lugar a la creación de una gran cantidad de servicios sociales paralelos a los oficiales. El barrio era una misión social dentro de la ciudad para otras instituciones. Era excusa para todo, para reformadores urbanos, sociales, para la integración étnica, para la cultura.

Tanto en el análisis del espacio social con sus interlocutores como en el conocimiento de las personas, las técnicas que utilizaba como educador se apoyaban y se asemejaban a algunas de las técnicas de trabajo del antropólogo en el campo.

Las intervenciones educativas iban así precedidas también por unas estrategias de contacto de conexión con los jóvenes en sus espacios. La construcción de relaciones sociales en este lugar era también un proceso lento, de alguna manera muy semejante al que cada persona realizaba en su vida cotidiana cuando poco a poco forma su propia red de amigos y conocidos. Los contactos eran muchas veces

casuales. Había que esperar también a que surgiesen las presentaciones de una forma natural y espontánea.

La fuente mayor de información para el trabajo eran, ante todo, las experiencias en la plaza y las relaciones con los chavales. Eran especialmente ellos, a través de las conversaciones amistosas, de los conflictos, o a través de la gran cantidad de tiempo que pasábamos juntos, los que más me orientaban sobre los objetivos educativos a conseguir en cada caso. Es decir, que se reuniesen, que se respetasen, ir avanzando poco a poco en una organización de grupo. El grupo era así la mejor entrevista que podía mantener cada día con la realidad. Ésta no era una entrevista estructurada de una forma rígida, ni tampoco los jóvenes eran unos tradicionales informantes antropológicos.

En lo cotidiano, para producir pequeños cambios, había que recurrir muchas veces a las propias capacidades personales más que a las teorías. Las aptitudes como empatía, coherencia, autenticidad (Rogers C.1985) son fáciles de explicar pero difíciles de practicar. Además de estar en el educador hay que acertar en su transmisión.

- La *empatía* es una sensación que se produce en la interacción entre las personas. Es más fácil sentirla que explicarla; el conocimiento de la misma llega a través de la intuición. La empatía es muy importante para poder comunicar con los chavales.
- *Coherencia* dentro de este trabajo significa compromiso. Hace referencia, en primer lugar, al compromiso personal. En algunos casos he llegado a realizar alguna actividad con un solo chaval, ya que así me había comprometido. La coherencia también se la pido a ellos cuando tomamos algún acuerdo. La coherencia se junta a veces con la verdad. En muchas ocasiones les explico que es mejor decir la verdad y reconocer, por ejemplo, el error que no empeñarse a mentir. Yo, por mi parte, intento también reconocer mis errores y explicarlos delante de ellos.

-
- Uno se muestra tal y como es, puede decir lo que le gusta y lo que no le gusta con autenticidad. La *autenticidad* se refiere a que tenemos que procurar mostrarnos tal y como somos. No somos por ello colegas, no hablamos igual, no vestimos de la misma manera ni tampoco es necesario hacerlo así.
 - La *aceptación* es ver a los demás con respeto, como personas con sus propias características, de edad, de sexo, de sentimientos, de aptitudes, de valores.

La construcción de relaciones personales con los chavales era un proceso que en ocasiones se ralentizaba a causa de las diferencias en los valores. Algunos de sus valores más frecuentes eran, por ejemplo, la confianza, la fuerza, el conflicto, la inmediatez, la flexibilidad, la desconfianza o el respeto.

- *Confianza* era algo que se desprendía del trato cotidiano. Era fundamental para el educador el ganarse y mantener esta confianza.
- *Fuerza*: los jóvenes se manifestaban muchas veces a través de una presentación de fuerza. Tanto su aspecto externo como su diálogo eran también desafiantes. La fuerza era, en muchas ocasiones, un tipo de juego. Si no se controlaba este juego, la fuerza podía acabar en un conflicto de verdad. La fuerza iba acompañada de un lenguaje duro y agresivo, que se podía utilizar tanto en un tono cariñoso como desafiante. Ellos representaban su fuerza muchas veces para llamar la atención.
- *Inmediatez*: los jóvenes enseguida querían conseguir algo sin dar pasos intermedios. No estaban muy dispuestos a soportar procesos para conseguir unos resultados. No tener esto en cuenta hacía que se entusiasmasen de forma muy rápida o que se decepcionasen con la misma velocidad.
- *Flexibilidad*. Era la capacidad que tenían para meterse en cualquier asunto, para adaptarse a cualquier cosa o a cualquier condición.

-
- Sentían *desconfianza* hacia las instituciones, no esperaban mucho de ellas. No veían los valores que éstas ofrecían, por ejemplo, en sus títulos o en el valor de la formación. Los profesionales que trabajaban en las mismas eran personas de fuera de su mundo y así enseguida pensaban que no les entendían.
 - *Respeto*. En el contexto del barrio significaba “si tú no te metes contigo, yo no me meto contigo”. A través del respeto, se facilitaba la aceptación de muchas conductas y personas diferentes. Era fundamental para poder vivir en una zona de problemas.

En la búsqueda de resultados y de soluciones era donde el trabajo de educador tomaba una vertiente diferente a la de la antropología. Las intervenciones sociales no habían sido un objetivo explícito de los antropólogos, aunque en ocasiones sí que la antropología había aportado algunos datos a la intervención de los gobiernos en sus colonias.

Una de las soluciones más difíciles de encontrar eran las provocadas por los “desagradables” conflictos cotidianos. Tanto los adultos como los jóvenes estaban constantemente rivalizando, disputando, ofendiéndose, indultándose, pegándose... Sin embargo, también tenían el valor que, tras estos conflictos y disputas, se olvidaban muy rápidamente y se volvían a hacer amigos. Era este uno de los valores menos conocidos de la sociabilidad del barrio, pero a la vez también era educativo para los que veníamos de fuera.

No había muchas recetas fijas para dar solución a los conflictos. Las respuestas podían ser múltiples: cuando no estaba seguro las aplazaba y las retomaba otro día. Otras veces tenía que reconocer que era yo el que me equivocaba. Las situaciones de conflicto, a pesar de ser las más difíciles, eran también con las que más respeto podía ganar o perder un educador.

El proceso pedagógico que se daba a través del grupo de fútbol se repetía también de una forma constante:

-
- *Organizar*: contactar con los jóvenes, adjudicarles un papel con unas normas, ponerles dentro de una organización concreta.
 - *Resistir*: eran todos conflictos que tenían con los compañeros, con los educadores, con el medio. Era conflicto romper las cosas, robarse, pelearse, discutirse. Era todo lo que de ellos se podía esperar y a la vez mejorar.
 - *Educar/confrontar*: era la repuesta, la negociación a los conflictos, las respuestas y contrarespuestas, dialogadas de una forma voluntaria. La confrontación de sus normas y valores con los míos de educador o con los de sus propios compañeros.

6.4 Dos campos de batalla

No tengo dinero para el alquiler ni para comer. Hace tres días que no como. No podéis hacer nada por mí. Pido igualdad. ¿Qué es la igualdad dentro del gran sistema democrático de este país?... La igualdad son los ricos por un lado y todos los pobres por otro; yo estoy en el campo de los pobres y usted es la ley. Si nada cambia se acabarán los Estados Unidos de América. Señor... ya no sé qué hacer... sólo sufrir... ok, ok, que sea lo que usted dice. Si es eso lo que usted quiere, al fin y al cabo es su oficio, sólo me cabe esperar que llegue el fin. (A. Wisseman, 1975)⁶⁶

6. 4. 1 Centro de servicios sociales Erasme de Janer

Erasme de Janer fue el centro de servicios sociales donde empecé a trabajar. Estaba en la calle del mismo nombre o la “calle rota”, nombre más popular que recibió tras uno de los bombardeos de la guerra civil. La oficina se encontraba en la primera planta de uno de los nuevos edificios de viviendas que se construyeron tras estos sucesos. No tenía ascensor para acceder al mismo, lo que provocaba dificultades, sobre todo a las personas mayores o con algún problema físico. Era, a pesar de este inconveniente, un centro acogedor. Las salas de espera estaban bien acondicionadas, eran grandes, agradables y tenían luz natural. En torno al espacio central estaban los despachos que utilizábamos las personas que componíamos el equipo de servicios sociales.

⁶⁶ Es una muestra del diálogo con un asistente social tomado del documental de Alfred Weiseman “Welfare” (1975), en el que nos hace un retrato del funcionamiento de una oficina de servicios sociales en una ciudad americana.

El primer equipo en el que entré a formar parte se le denominó proyecto usuario⁶⁷. Lo formábamos 13 personas (cuatro educadores, seis asistentes sociales, un sociólogo, un administrativo y un responsable).

La forma que teníamos de organizarnos era atender a las personas que venían al centro previa concertación de una entrevista personal. Estas entrevistas las realizábamos entre dos personas, normalmente un educador y un asistente social. Tras finalizar la misma, se analizaban los problemas y sus posibles soluciones. Los asistentes sociales dentro del equipo eran los que tenían el encargo de trabajar, a través de entrevistas personales, los problemas de los vecinos. A un vecino con uno o varios problemas se le catalogaba como un “caso” o un “usuario”. Normalmente, hacían la mayor parte de su trabajo en la oficina. Cuando había necesidad de hacer otras gestiones o de recabar más información salían de la misma para hacer visitas a los propios domicilios.

Los problemas que los vecinos explicaban en estas entrevistas eran muy diversos, desde deudas, pasando por separaciones, malas condiciones de habitabilidad de las viviendas, problemas de drogas, de justicia. Había personas que concentraban un poco de todo, por lo que también se les llamaba familias “multiproblemáticas”.

El trabajo del asistente social empezaba por tratar de ordenar y esclarecer cuáles eran los problemas preferentes, buscar recursos para hacer frente a los mismos e implicar al afectado para que tomase también parte en las soluciones que se le proponían. En muchas ocasiones los vecinos empezaban por presentar los problemas de una manera muy confusa, otras veces depositaban demasiadas expectativas en las soluciones que se les ofrecían. Otras veces pensaban que iban a poder conseguir dinero de una forma fácil. A los trabajadores sociales a la vez les resultaba muy complicado hacer comprender a estas familias que para resolver algunos de sus problemas tenían que poner ellos algo de voluntad de su parte. Otro

⁶⁷ “Usuario” es una palabra utilizada muy frecuentemente dentro del lenguaje coloquial de los servicios sociales. Un usuario es una persona que llega al centro de servicios sociales a hacer algún tipo de demanda. Su significado literal es: *que usa ordinariamente una cosa. Aplíquese al que tiene derecho a usar de la cosa ajena con cierta limitación*.

grupo de personas que acudían habitualmente al centro eran las personas mayores que vivían solas y se encontraban en situaciones de dificultad para poderse valer por sí mismas, o con algún tipo de problemas mentales o simplemente de soledad. Personas también con problemas derivados de separaciones matrimoniales o problemas judiciales pendientes.

Los consejos que recibían las personas de los trabajadores sociales se referían a su organización interna con los hijos, con su propia pareja, con su casa o formas de hacer frente a sus deudas. Estos consejos en algunas ocasiones eran difíciles de poner en práctica, sobre todo cuando económicamente muchas de estas familias vivían al día. Esto podía acabar produciendo choques entre las perspectivas que se hacían los trabajadores sociales y las personas que recibían la asistencia. Se le daban recomendaciones para rectificar hábitos y comportamientos que tenían que ver más con el estilo de vida más propia de clases medias que de la suya propia. Estos consejos de clase se referían sobre todo a los temas de higiene, se les recomendaba a las personas la utilidad de llevar ropa limpia, de salud, de hacer una comida organizada que no fuese simplemente comida empaquetada o en los bares. Se les criticaban y reprimían sus tendencias al juego, a no llevar una vida organizada con unos horarios... En muchas ocasiones los servicios sociales, a través de estos consejos prácticos, acababan haciendo la función de una escuela de padres frente al desorden que imperaba en las familias.

Los recursos disponibles, especialmente los referidos a ayudas en dinero, requerían una gran cantidad de papeles y justificaciones. Era muy frecuente que para hacer estos trámites no tuviesen la suficiente paciencia o todos los documentos necesarios. En otras ocasiones no acertaban a llenar correctamente los formularios, no los entendían, se ponían nerviosos con los trámites o acababan volviendo a perder sus papeles.

En el año 1990 se inició el llamado "salario social", que se presentó como una de las grandes novedades del trabajo social. Las familias que querían acogerse a este salario (37.000 pta.) eran entrevistadas y estudiadas por los trabajadores sociales. La concesión de esta ayuda incluía un compromiso por parte del receptor de intentar

valerse social y económicamente por sí mismo, en un plazo más o menos largo. También se exigían contraprestaciones, como por ejemplo la reescolarización de algún hijo, entrar en algún plan de formación para trabajos posteriores, reparar la vivienda o pagar los alquileres atrasados.

Cada trabajador social atendía a un número previsto de personas para cada día, y el resto de su jornada laboral lo dedicaba a buscar y ordenar los recursos más útiles para cada situación. Algunos de estos recursos estaban en ocasiones en manos de otras entidades públicas o privadas, que eran los que tenían la ropa, la comida o la atención sanitaria gratuita. Para acceder a estas ayudas, muchas veces se hacía necesario, por ejemplo, un informe escrito de un profesional del centro de servicios sociales. En estos informes se tenía que reflejar cuál era la situación familiar, los problemas más importantes y justificar la necesidad de una ayuda en comida o en dinero. Los contenidos de estos informes empezaban con un organigrama y una descripción de la familia, de los miembros, de las cargas que pagaban y de los recursos o no recursos que justificaban tener por su propia cuantía. Había papeles que tenían una importancia muy grande para confeccionar estos informes, como eran los recibos de las compañías correspondientes o los administradores de los pisos o los recibos sin pagar de consumo de agua, de luz o de gas.

Cuando los problemas se acumulaban en unas personas o en una determinada familia, las posibles soluciones se hacían muy difíciles de determinar por lo que éstas pasaban a ser comentadas en una reunión con todos los miembros del equipo. Esto se hacía así también cuando se sospechaba de malos tratos a los hijos, agresiones o problemas judiciales muy graves...

Uno de los primeros casos que me correspondió trabajar siguiendo esta línea de tratamiento individual y a través de entrevistas fueron los problemas de José Luis (22 años). Era delgado y muy moreno. Vestía de una forma muy desarreglada. Hablaba siempre de una forma muy confusa, con momentos de alguna claridad y otros, casi incomprensibles. Fumaba constantemente. Tenía antecedentes penales, por pequeños robos y por vender hachís. También era consumidor de heroína. Estaba casado con Charo (19 años). Ella estaba siempre en la calle, ejercía la prostitución

de una forma discreta. Contrastaba físicamente con José Luis en su aspecto, más gruesa y bajita. Su voz era muchas veces muy ronca. Gesticulaba constantemente con sus manos y sus brazos, que no paraban de moverse. Hablaba a trompicones y de una forma siempre muy angustiosa y en un tono muy alto. La pareja era muy inestable en sus relaciones matrimoniales. Constantemente estaban separándose y volviéndose a juntar. Tenían una hija de tres años, de la que se hacía cargo la mayor parte del tiempo la madre de José Luis.

José Luis, en la entrevista, explicó que estaba pasando por un periodo de dependencia fuerte de la heroína. Su historial con las drogas había empezado a los 14 años, primero con pegamentos, después pastillas y hachís y finalmente heroína. Uno de sus problemas en aquel momento era poder acceder a un centro para iniciar su desintoxicación. Le acompañé a uno para que le hiciesen un diagnóstico y tras el mismo quedó apuntado en una lista de espera. El siguiente inconveniente vino el día que tenía que ingresar. Charo se presentó por la mañana en el centro para explicarme que José Luis no quería ir al hospital porque no tenía la ropa que le habían pedido, un chándal. También quería una chaqueta y más ropas para entrar en él y que nadie le mirara mal. Esto no eran suficientes motivos para renunciar a la cura, y más bien podían ser síntomas de una débil voluntad para comenzar el tratamiento. Finalmente, su madre accedió a comprarle la ropa que pedía (yo le negué a Charo dinero para estos motivos) y acabó ingresando. Tras dos meses en el hospital volvió al barrio y casi inmediatamente empezó de nuevo a consumir drogas. El suyo podía ser así considerado además como un ejemplo de la dificultad de ofrecer ayudas a personas que las necesitaban, pero que también las rechazaban.

En el centro también me encargaba de diferentes problemas escolares como por ejemplo los de Antonio y Ramón, de once y doce años. Ambos eran gitanos. Habían llegado al barrio procedentes de Sevilla. A pesar de su edad habían ido muy pocas veces al colegio de forma regular. Cuando se presentaron en el centro, los reconocí por haberlos visto antes jugando por la calle Sant Ramon. Su padre vendía drogas en el mismo lugar. Se sentaba en la calle, en una silla, rodeado a veces de otras personas. Empecé la entrevista informándole de los papeles que se necesitaban para la matriculación. Uno de ellos eran la cartilla de vacunaciones. Mientras tanto,

Antonio y Ramón se mostraban indecisos a ir a la escuela. Con el tema de la vacunación obligatoria se acabaron negando del todo, "si los tenían que pinchar no irían". Finalmente su padre los llevó a hacer las vacunaciones y empezaron a ir al colegio. Al cabo de una semana la escuela me avisó de que los mandaba de nuevo a su casa hasta que les quitasen los piojos. La reacción del padre fue decir que en esa escuela los habían cogido manía porque eran gitanos, y que por ese motivo ya no iban a volver más. Finalmente no volvieron más y posteriormente también desaparecieron del barrio.

Tras este tipo de trabajos comenzaba mi trabajo más desburocratizado en los propios espacios del barrio. Empezaba el recorrido visitando la plaza Padró, bajaba seguidamente por la calle Riereta hasta la plaza de las Tàpies y allí comenzaba a jugar al fútbol. Tras la actividad, continuaba mi recorrido por las calles de Sant Ramon, Cadena o Robadors, donde muchas veces reconocía a algunas de las personas que había atendido por la mañana en el centro. Estos paseos me servían para hacer observaciones que no podían hacerse desde otros lugares, o también para comprobar los resultados de algunos trabajos hechos desde el centro. José Luis y Charo, por ejemplo, dejaron de saludarme al cruzarse conmigo porque pensaban que no les había ayudado lo suficiente. Charo también estaba comenzando a probar la heroína.

Otros lugares que visitaba más puntualmente eran los numerosos bares de la zona. Allí coincidía con algún chaval del grupo de fútbol o podía escuchar comentarios diversos sobre el problema de la inseguridad, sobre la presencia cada vez mayor de las drogas, o el próximo derribo que estaba a punto de llegar.

Así, mientras estuve en este centro Erasme de Janer, realicé una combinación de trabajos individuales con familias a través de entrevistas y de grupo con chavales y comunidad con resultados variables..

6. 4. 2 Centro de servicios sociales La Palmera

La Palmera era el nombre del centro de servicios sociales al que me trasladé a partir de 1992. Estaba situado en la calle Nou de la Rambla, muy cerca de la problemática

calle Sant Ramon. El centro estaba en un edificio de nueva construcción que anteriormente había estado ocupado por un comercio y viviendas de vecinos que fueron derribadas como consecuencia del plan de reforma.

El nuevo edificio se estrenó en el mes de abril de 1992. Las instalaciones, aunque eran modernas, pronto empezaron a mostrar algunos problemas importantes. Los despachos para entrevistas eran muy pequeños. Los espacios de que disponían pronto quedaron saturados por la acumulación de servicios y trabajadores. En el mismo lugar se instalaron, además de los servicios sociales, una escuela para adultos, un centro cívico, un casal infantil y otros servicios sociales especializados. Se produjo, como consecuencia, una importante mezcla de actividades con diferentes contenidos.

Ambiente de una mañana en el centro: en el salón de actos se realiza una conferencia sobre la mujer maltratada. En los pasillos hay trabajadores sociales que acuden a la misma. Vienen de otros centros y se saludan entre ellos. En una de las salas de entrevistas, un trabajador social y una vecina se encuentran discutiendo sobre la posibilidad de una tutela de justicia para uno de sus hijos. En el piso superior hay un taller de flamenco que produce un ruido de fondo que llega a todos los despachos.

El centro generaba con ello un simbolismo muy diferente para las personas que lo usaban de una manera lúdica, especialmente por las tardes, o las que iban allí a tratar de obtener ayudas para alguno de sus problemas, por las mañanas.

Al centro se accedía por la calle Nou de la Rambla, aunque una buena parte del mismo tenía su orientación hacia los jardines Voltes d'en Cirés. Estos jardines eran también un espacio nuevo, consecuencia del esponjamiento. Estos jardines, en lugar de dar tranquilidad al centro, se convirtieron al poco tiempo en un espacio de molestia. Muchas de las personas que lo utilizaban orinaban junto a las ventanas de los despachos. Otras personas escondían en ellas objetos robados o drogas. La policía hacía en el lugar continuos controles y redadas, que podíamos observar con todo detalle desde los despachos. Las ventanas, para evitar esta función de

depósitos, tuvieron que ser finalmente enrejadas. No se pudo, sin embargo, evitar que las personas continuasen con la costumbre de orinar en ellas.

Los despachos que no daban a este jardín eran oscuros, sin luz natural y sin ventilación. En ellos era donde se realizaban las entrevistas con los vecinos. Cuando se cerraban sus puertas, se producían dentro unas resonancias muy fuertes que acababan molestando en la entrevista. Las separaciones entre los mismos eran también muy delgadas, y esto hacía que las conversaciones pudiesen ser escuchadas por otras personas que estaban a la espera.

La clase de trabajos administrativos no cambiaron mucho al pasar de un centro a otro. Me correspondieron en particular los problemas de las familias y de los alumnos del colegio Anselm Clavé. Cuando sus hijos dejaban de ir a la escuela sin motivos justificados, tenía que hacer llegar a los padres las cartas correspondientes para que pasasen a entrevistarse conmigo. En estas citas intentaba convencerles de que era importante que llevasen a sus hijos a la escuela. Les recordaba la obligatoriedad escolar que afectaba a todos por igual, y las repercusiones que podía tener no cumplir con ella.

Los trámites para obtener becas de comedor y de libros pasaron a realizarse en el mismo colegio. Esto evitó las avalanchas de gente y de discusiones que se producían en el Erasme de Janer. Estas avalanchas, sin embargo, se empezaron a producir en La Palmera por otros motivos, y en especial por la proximidad del centro a las calles de la zona Sur donde se concentraba una buena parte de vecinos que eran clientes habituales del mismo.

En algunas de estas calles de muy poca longitud, como por ejemplo Espalter, había hasta 95 vecinos que visitaban frecuentemente el centro, o 112 en la calle Lancaster, o 157 en la calle Robadors. En un solo portal de la calle Sant Pau había hasta 109 vecinos con historia social y 43 en otro portal de la calle Riereta. Eran también frecuentes los portales de calles que tenían entre 20 y 30 vecinos que eran clientes de La Palmera.

Con el cambio de centro también cambiaron mis itinerarios por las plazas y calles del barrio. El fútbol ahora estaba a muy pocos pasos de allí. Ahora no tenía que atravesar toda la zona como cuando bajaba desde Erasme de Janer⁶⁸. La escuela a la que había sido asignado también estaba muy cerca.

El eje principal de mis paseos y recorridos pasó a ser la avenida Drassanes. Aquí, a la vez, empecé a conocer también a otros vecinos que vivían en las calles colindantes, pero que se estacionaban bastante en este paseo. También a los chavales del grupo del fútbol era fácil encontrarlos por allí.

En los noventa, uno de los cambios más importantes dentro de los servicios sociales vino como consecuencia de la difusión del salario social que se puso en marcha en 1990. Éste, tras dos años de funcionamiento, colapsó parte de los centros como lo habían hecho años antes las becas de comedores y de libros. Desde la misma Consejería de Bienestar Social se aceptaba, y a la vez se temía, este gran aluvión de solicitudes. Mercè Conesa (*El Periódico* 1993) recogía en un titular del prensa titulado “El salario social ya no es sólo para pobres” algo de la situación que se estaba produciendo:

Las solicitudes de familias que piden acogerse al salario social porque carecen de cualquier recurso se han disparado de forma espectacular en Catalunya en los últimos meses. Este recurso considerado la última red de la protección social y al que tradicionalmente van a parar los más desfavorecidos, ha empezado a acoger a familias no provenientes de la pobreza, sino de la exclusión del mundo laboral.

Desde que empezó a funcionar este tipo de ayuda, en septiembre de 1990, hasta finales de 1992, se acumularon un total de 4.145 familias catalanas que percibían esta salario social o pirmi.

En sólo los primeros ocho meses de este año ya se han aprobado en Catalunya 1.962 solicitudes adicionales. Estas cifras dan un total de 6.107 familias viviendo del último recurso de la sociedad. (*El Periódico*, 26-9-93)

El salario social había creado en muy poco tiempo unos efectos dependientes muy grandes de las personas hacia los servicios sociales, a pesar de tener como objetivo la independencia personal.

⁶⁸ Personalmente era mucho más conocido entre los jóvenes por lo que quedarme a mirar lo que hacían en la plaza ya no tenía el sentido de los inicios del trabajo. Era más importante cruzarme y saludarme con ellos en la calle. En La Palmera me tenían también mucho más a mano, ya que la mayoría de ellos vivían en sus alrededores.

El aumento de los presupuestos económicos asignados a los servicios sociales habían servido de reclamo para los de fuera, pero también los hicieron crecer por dentro. Así, como consecuencia, también se produjo el aumento de cargos intermedios y burocracias. En 1993, los propios trabajadores sociales, a través de un informe interno, se quejaban de que se estaba dando una situación de cierto descontrol en una noticia que Dolores García (*El Periódico 1993*) titulaba “Los trabajadores sociales destapan carencias en Barcelona”:

El estudio, de unos 150 folios, ha sido elaborado a partir de encuestas realizadas a los trabajadores sociales del Ayuntamiento que expresan diversas carencias. De sus respuestas se desprende que existen demasiadas diferencias entre los barrios, por lo que los trabajadores piden que se distribuyan los profesionales y el presupuesto según las necesidades de cada barrio.

Al mismo tiempo el estudio revela que las demandas sociales de Barcelona son tan numerosas (vejez, pobreza, inmigración, disminuidos, drogodependencias...) que generan listas de espera de un mes para recibir la atención de un asistente social... Los problemas de coordinación dentro del propio Ayuntamiento y en relación con otras instituciones centra gran parte de las críticas expresadas en el trabajo por los trabajadores sociales de Barcelona encuestados. En las entrevistas los empleados municipales también expresan la impresión de que hay demasiados cargos. (*El Periódico, 11-10-93*)

Aunque el crecimiento era irrefrenable, también se produjeron algunos reajustes como el de 1993. En el año posterior a los Juegos Olímpicos, el Ayuntamiento penalizó especialmente a los presupuestos de bienestar social y de urbanismo. En el caso de bienestar social, de un presupuesto de 5.863,1 millones se recortaron 830,4 (Luis Sierra, *La Vanguardia*, 13-11-93).

En 1994 se reunieron los representantes de las instituciones públicas y privadas con el objetivo de organizar un plan que racionalizase el proceso de crecimiento, no sólo de los servicios sociales en el Raval sino en toda la ciudad (entre 1987 y 1995 se crearon otros 31 centros de servicios sociales, distribuidos por los diferentes distritos. Esta iniciativa fue tomada por el Ayuntamiento, pero fue ignorada por la Generalitat, que por su lado se lanzó a realizar su propio plan de organización de servicios sociales en el ámbito de toda Catalunya.

Así informa Lluís Flaquer (*El País* 1994) sobre estas desavenencias que se estaban dando en torno a la política social de cara al año 2000:

El plan pretende hacer un diagnóstico y un pronóstico del estado de la atención social en Barcelona, constituirse en observatorio de problemáticas que requieran una especial protección y esbozar modelos de coordinación de los recursos y servicios ya existentes. Cabe destacar la presencia de unas 150 entidades ciudadanas en la constitución del consejo plenario, lo que no sólo atestigua el gran interés suscitado por la convocatoria, sino que evidencia la existencia de un tejido riquísimo de órganos de intervención social... En este sentido es de lamentar que el departamento de Bienestar Social de la Generalitat no se haya adherido a la organización del proyecto pese a haber sido invitado en varias ocasiones. (*El País*, 4-2-94)

El centro La Palmera y el resto de centros como consecuencia del plan pasaron a organizarse bajo unas nuevas pautas productivas. Así, las personas debían de ser recibidas en fases como si fuesen los pacientes de unos servicios médicos. Se especificaban también los tratamientos que los "pacientes" debían de recibir, la duración de los mismos, o el tiempo que cada trabajador social tenía que dedicar a cada entrevista. Se formaron dentro de cada centro dos equipos de trabajadores sociales: uno para las primeras entrevistas (médicos de cabecera) y otro para los tratamientos (médicos especialistas).

La aplicación de este plan con multitud de detalles fue muy complicada y contradictoria. Así, uno de los puntos en los que más se insistía era la informatización de los datos de las familias que entrevistábamos. Se confeccionó un programa informático idéntico para todos los centros. A los pocos meses de su puesta en marcha resultó ser excesivamente lento. El trabajo que llevaba la introducción de datos quitaba tiempo que se necesitaba para hablar con las personas. Se tomaron soluciones de emergencia como dedicar personas voluntarias y objetores para introducir los datos de las familias en el programa informático.

La informatización era un proceso muy lento, sobre todo para un centro que recibía una buena avalancha de personas con muchos problemas y además muy diferentes y complejos (en 1997, tras dos años de este tipo de funcionamiento informático, se acabó aligerando el programa).

Otro problema derivado del plan informático era que a través de los datos cuantitativos obtenidos del mismo se debía de realizar también la planificación de los trabajos sociales en el futuro. El centro, para tal fin, debía de funcionar a la manera de un panóptico de la información. Tras escuchar a las personas y sus problemas, los datos obtenidos se debían de convertir automáticamente en información clasificada. La informática requería de una constante alimentación a base de información sobre la situación de los vecinos. A cambio les ofrecía muy pocas cosas. En una ocasión, tras un sondeo informático, un vecino terminó quitándole de las manos a un asistente social todo el expediente elaborado, para mostrar su disconformidad ante el interrogatorio al que se le sometió.

En 1996 el centro La Palmera fue considerado, en una primera evaluación del plan de "producción", como uno de los centros con más disfunciones de la ciudad (evaluación de 29 de octubre de 1997):

Para impulsar realmente el modelo definido por el plan hay que explicar de una manera operativa que no se trata de hacer más, sino de hacerlo de otra manera.

La programación no se ve como una faena clave. (Pág. 24)

En la atención social primaria todavía no está plenamente asumida una cultura evaluativa. (Evaluación Plan de Atención Primaria, 1997. Pág. 25)

La gran cantidad de problemas de los vecinos, así como la complejidad de las mismas, hacia que el circuito o la cadena informática quedase colapsada enseguida. Las discusiones entre trabajadores y vecinos se acrecentaban.

El trabajo social con la aplicación de plan se había transformado especialmente en sus aspectos administrativos y burocráticos en comparación a la situación de 1988, cuando se realizaban trabajos sociales sin dinero y los trabajadores sociales hacían sus propios recorridos para tomar la información que necesitaban sobre la situación social y sus cambios o permanencias. En 1998 aquellas estrategias habían acabado relegadas aunque quedasen posibilidades para hacer trabajos sociales más desburocratizados, pero éstos debían de surgir más de la voluntad personal de cada trabajador que de los planes de producción de la organización.

Hacia los trabajadores sociales de La Palmera también confluían otra serie de presiones productivas que no venían ya sólo de las reclamaciones hechas por los vecinos. Al estar colocados en la primera línea, se nos asignaron otras responsabilidades como las de coordinar nuestros planes de trabajo con los de otras instituciones.

También el centro se convirtió en el área de información para otros servicios de segunda línea. Desde estos lugares se nos criticaba porque no les mandábamos suficiente información, no cumplíamos los protocolos... Ante la imposibilidad de obtener información válida a través del programa informático (debido a su detallismo y complejidad), era frecuente que de nuevo se nos volviesen a pedir informes por escrito sobre lo que hacíamos o las necesidades que teníamos.

La presión por parte de los vecinos era otro trabajo difícil de soportar durante mucho tiempo. Como consecuencia, desde la inauguración del centro fue constante el traslado cada año de profesionales. En los servicios sociales del Raval los trabajadores se formaban, pero también se sobrecargaban. Esto hacía que siempre estuviésemos organizándonos en función de las personas que quedaban, de las personas que marchaban o de las que iban a venir. El problema acababa afectando especialmente a los propios vecinos que no sabían qué persona iba a recibirles en la siguiente visita. Estos cambios suponían no sólo molestias, sino que los planes de trabajo quedaban enseguida cambiados, relegados y relentizados.

CAPÍTULO 7. ESCUELAS PÚBLICAS . LA FORMACIÓN DE LA MARGINACIÓN

El trabajo del deporte en su contexto social facilitaba la entrada y comprensión de la cultura del barrio y de sus impactos, a la vez que ofrecía la posibilidad de realizar pequeños cambios en esta cultura y la comunidad de responsables que actuaban sobre la misma.

El encuentro institucional con los jóvenes en las escuelas y en sus aulas, empezó a través de Ana, una maestra de la zona que en 1989 trabajaba en la escuela Collaso i Gil y que conocí a través de una amistad común. Así empezamos a hablar de los estudiantes, de sus problemas dentro de la escuela o de lo que yo hacía con los chavales cuando éstos terminaban el horario escolar.

En la conversación descubrimos que algunos de sus alumnos (Jilal, Quico, Fermín, Tino, Omar o Rubén) eran también los chavales que habían entrado a formar parte en el grupo de fútbol de la plaza de las Tàpies. Así seguimos hablando de las características que, cada uno por nuestro lado, veíamos en ellos. Ella, en la escuela, era la tutora del curso de 5º de EGB, tenía 30 estudiantes de 11, 12 y 13 años, y la mayoría de ellos con muy mala fama escolar. Jilal, por ejemplo, dentro de su grupo era uno de los más absentistas. Quico se había pasado más de la mitad del curso expulsado. Toni, sin embargo, era un alumno muy colaborador y se encargaba dentro de la escuela de organizar el comedor de los más pequeños. En su grupo también había chavalas como Erika o María Jesús (del grupo de fútbol femenino), que eran también consideradas como muy conflictivas. Se rebelaban de todo, no hacían los deberes, se enfrentaban constantemente a las decisiones del profesor.

El resto de maestros del colegio habían desistido a la opción de encontrar alguna colaboración de parte de las familias para intentar mejorar este ambiente. Había padres que no acudían nunca a las llamadas del profesor. Otros, cuando lo hacían, venían a protestar, y otros reaccionaban violentamente con los propios hijos.

Tras este inicio emprendimos un trabajo conjunto a través una serie de programas con actividades deportivas complementarias al currículo escolar, pero a la vez formando parte de éste. Algunos de los resultados de las mismas (que veremos a lo largo del capítulo) forman otra pequeña muestra de lo que considero en la tesis como fisuras dentro del proceso de producción de la marginación, en este caso la marginación institucional creada a través de las propias instituciones oficiales. Los programas, por otro lado, también me ayudaron a relacionarme con los jóvenes dentro de su ámbito escolar (tan diferente al informal de las calles y plazas del barrio en el que ya tenía formadas algunas relaciones).

Mis esfuerzos por desarrollar una relación institucional, personal y deportiva con la comunidad de alumnos y profesores en la escuela, se desarrolló en paralelo al trabajo de “control” del absentismo escolar. En 1988, desde los servicios sociales se me encargó la tarea de intervenir especialmente sobre aquellos jóvenes y familias que se escapaban de la obligatoriedad escolar. A partir de 1992 este programa especializado en el control sobre el absentismo escolar dejó de funcionar en la teoría, aunque no en la práctica. Pasé entonces a formar parte de lo que se denominó equipo de infancia, a través del cual continué manteniendo mis relaciones y contactos escolares que se prolongaron hasta 1999 .

A lo largo de todo este periplo, no todo fue colaboración y entendimiento entre los servicios sociales y la escuela. En el mismo colegio de Ana y en otros del barrio en los que también intervine, hubo momentos de recelos e indiferencia por parte de otros profesores hacia mí en particular o hacia los servicios sociales a los que yo pertenecía. Mi trabajo, en esas ocasiones, se tuvo que limitar a ser un trabajo más de control, de persecución, de seguimiento individual que de comunidad escolar.

A partir de 1991, el encuentro escolar iniciado en el colegio Collaso i Gil, tuvo su continuidad, en el colegio Anselm Clave⁶⁹. No fue tan directo, ya que empezó con el

⁶⁹ Anselm Clavé es el nombre que utilizo en sustitución del escuela Drassanes, que era su nombre real. Lo utilizo de esta manera para dar más claridad al texto y al lector. En la zona de la avenida Drassanes recibían este mismo nombre varias instituciones, desde la escuela de primaria a la escuela oficial de idiomas de la Generalitat, el propio centro de servicios sociales que llamo en el capítulo 4 La Palmera. He tomado el nombre

director como primer enlace protocolario. Continuó con los alumnos (entre ellos los que entraron en el grupo Drassanes como Ali, Arturo, Chus, Yubrán o Nordín). Ya en 1994, y de nuevo a través de otra estrategia de deporte (en este caso la escalada⁷⁰) pasé a tener un contacto más directo con el resto de profesores y alumnos.

De nuevo en este capítulo el encuentro prolongado con las escuelas y especialmente con los alumnos se sostuvo a través de las actividades deportivas. En 1990 no había todavía especialistas de la materia en ninguna de ellas, y era el mismo maestro cuando podía el que se encargaba del deporte:

Cada profesor debería dar la clase de gimnasia, pero como resulta que cada profesor tiene que dar la clase de gimnasia, la clase de manuales, la clase de matemáticas, la clase de lenguaje, la clase de lengua catalana, la clase de no sé qué pues estamos hasta la cabeza y hemos decidido que las clases que no son puramente imprescindibles no las damos, que nos pongan especialistas. Entonces ya hacía clases de gimnasia con ellos pero no eran de gimnasia, eran de juegos, con la intención de enseñarles a jugar y a participar en grupo, y así evitar las peleas que se daban entre ellos. (Ana)

Las actividades que ayudé a organizar⁷¹ (como el esquí, el rocódromo escolar, la natación, el aeróbic...) no sustituyeron al especialista que finalmente se incorporó en 1991. Mi objetivo final fue el de hacer que sirvieran para complementar el programa escolar y hacerlo en general un poco más atractivo para los alumnos que se escapaban del reglamento de asistir a la escuela.

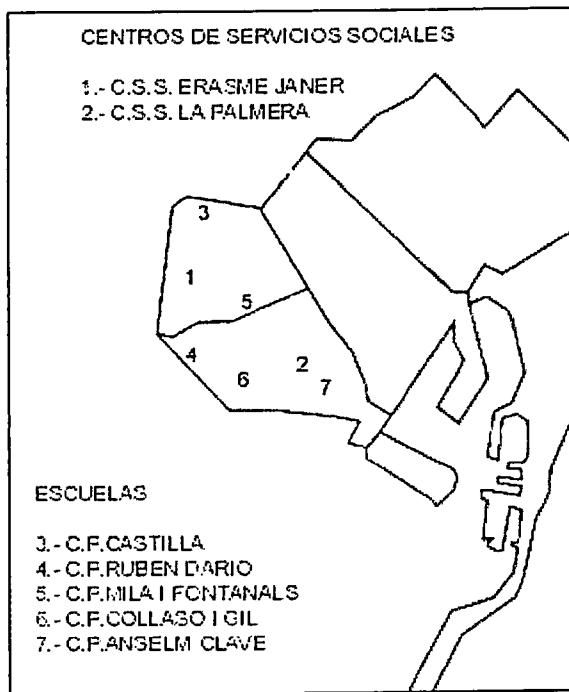
7. 1 Espacios escolares

Las escuelas públicas en el inicio de mi trabajo en el barrio en el año 1988 eran cinco, con un total de 2.037 alumnos

de Anselm Clavé por su vinculación particular con la zona, así como por su especial trabajo como educador musical.

⁷⁰ En ese colegio, en 1994, inauguré un programa de escalada que me facilitaría en los años posteriores una extensa relación cotidiana con todo el alumnado.

⁷¹ Estas actividades contaron con el apoyo de los responsables del Ayuntamiento.



Las primeras observaciones escolares que desarrollé tuvieron como objetivo ver cuál era el estado físico de los edificios, la ubicación y contexto que tenían en el barrio, o las infraestructuras que cada una en particular ofrecía (unos años más tarde, aprovechando un muro de un patio cerrado pude desarrollar el proyecto del rocódromo escolar en 1994).

En su aspecto externo se podía notar una pequeña marginación institucional. Así, las escuelas, sin ser viejas ni estar excesivamente degradadas, tenían aspectos de fortaleza y abandono a la vez. En 1956 el ambiente interior que describe José Antonio de La Loma a través de Piquín, un alumno de la escuela Collaso i Gil, parece ser de una importante dureza como corresponde a la escuela de esa época:

Seis años en aquellos pasillos, en aquellas clases, en aquel mismo patio era una bonita cantidad de tiempo. ¡Calamidad!... El director le había dedicado el primer epíteto calificándolo de calamidad. Y le había dolido, ¡qué caramba! ¡No era bastante desgracia tener que ir solo, en vez de sentir el amparo de la compañía paterna, para que encima le insultaran? Despues llegaron los golpes y con ellos la costumbre... El hábito de recibirllos, sin concederles la menor importancia. Un molesto cosquilleo en la palma de la mano, de veinte o treinta segundos de duración. Lo tenía bien calculado. Salvador decía que el tiempo preciso para rezar el Credo...

Recordaba muchas cosas de sus primeros profesores. Dos de ellos ya no estaban. Un día dejaron de venir y ya no les había visto más. Ciento que antes de marcharse dirigieron unas palabras a sus alumnos, hablándoles más de diez minutos; pero él no se acordaba de nada. Quizá estuviese maquinando alguna travesura contra un compañero. Despues, tres años seguidos con el señor Perelló. También era un buen "récord". Lo bastante para acabar con las orejas torcidas y la cabeza endurecida por los palos. Pegaba mucho; mucho y mal repartido, por cuya razón las protestas de los chicos clamaban al cielo. (Pág. 168)

En un informe general hecho en 1991⁷² y tras finalizar una observación detallada de cada una de ellas, llegamos a la conclusión de que aunque había cambiado la

⁷² Informe escolar, Raval 1991. Los datos de este informe los fui recopilando entre 1989-91 con la ayuda sucesiva que me prestaron un grupo de alumnos de antropología y de trabajo social.

pedagogía, en conjunto la infraestructura escolar, los edificios y las instalaciones en general sólo llegaban a ser aceptables (el aprovechamiento de algunas de estas infraestructuras fue cambiando a lo largo de los años. Se mejoró especialmente en dos de la zona Sur –Collaso i Gil y Anselm Clavé–. Se arreglaron algunos patios o se pintaron fachadas; se recuperó también el salón de actos Collaso i Gil. Se cerró la escuela Jaume Balmes,“ que era la que peores condiciones presentaba.

El Campillo, por ejemplo, que se construyó en 1991 como patio escolar para la escuela Anselm Clavé, pese a ser nuevo, fue descrito en el informe con una imagen de gallinero:

Es tracta d'un camp de bàsquet situat darrere l'edifici i envoltat d'unes reixes molt altes tipus galliner, de forma que és visible des de l'exterior i permet el contacte amb el carrer. (Informe Escolar. Raval, 1991)

En el horario extraescolar, la comunicación que proporcionaba este tipo de estructura era una ventaja para mí como educador en el barrio, pero para la escuela y sus actividades era, sin embargo, un problema. La red metálica facilitaba que la gente de la calle pudiese hablar con los alumnos mientras estaban en la clase de educación física o en el recreo. El resultado de esta falta de separación del ambiente escolar con el ambiente de la calle provocaba que los alumnos perdiessen su atención o que los ex-alumnos saltasen por encima de la misma para hablar con los que estaban dentro. La escuela era siempre muy reacia a estas relaciones que se establecían a través de esta valla⁷³.

Veamos algún dato más del informe sobre esta escuela situada en la parte más central del Raval y en pleno centro del mito del barrio chino:

L'altre lloc d'esbarjo és el pati. El constitueix l'espai que queda entre ambdós edificis i el mur davanter, que equival si fa o no fa a la mateixa superficie d'una pista de bàsquet, però en forma desigual. El terra és tot de ciment, sense capa arbre ni sorra, ni cap element que pugui motivar el nen a jugar, excepte a banda esquerra en què hi ha dues cistelles de bàsquet. El pati és molt assolellat, però no disposa de cap font; si

⁷³ Un día surgió un grave conflicto de nuevo con ex-alumnos, que querían participar en las celebraciones de un final de curso. Empezaron primero a arremolinarse a la valla para ver las actividades que hacían dentro (algunos de ellos, hermanos suyos) y finalmente acabaron saltando dentro. Al final fueron desalojados con la amenaza de llamar a la guardia urbana.

volem aigua, els nens han de trucar a la cuina per demanar-la, no sempre amb èxit. Tampoc poden accedir als lavabos perquè les portes dels edificis resten sempre tancades. (Informe escolar. Raval, 1991)

Es indudable que, a pesar de ser una escuela en buenas condiciones, es también una escuela dura. Un edificio sin ningún mérito arquitectónico, con una ornamentación mínima, con mucho cemento, sin espacios verdes y una relajación pedagógica en ocasiones excesiva.

La imatge més freqüent del pati és, d'una banda, la mestra asseguda en un racó prenent el sol en una cadira que ha tret, ja que no hi ha cap banc. Els nens seuen a terra o bé als àmpits de les finestres. A quasi qualsevol hora trobem nens jugant en el pati, o simplement deambulant, sovint distrets i parlant amb els nens que s'agrupen a l'altra banda de la porta, fora l'escola. (Informe escolar. Raval, 1991)

La infraestructura del resto de las escuelas de la zona no variaba mucho. A pesar de su estilo “noucentista”, la escuela Milà i Fontanals, construida en 1929, era grande pero anticuada como también lo era la escuela Collaso i Gil de 1934. Ambas obras de Josep Goday⁷⁴ fueron promovidas por el Ayuntamiento de Barcelona siguiendo las directrices pedagógicas definidas por las nuevas escuelas suizas. Rubén Dario (1967), Castella (1956) y Anselm Clavé (1960) eran escuelas construidas durante la etapa porcionista⁷⁵ y se caracterizaban especialmente por su despersonalización y falta de calidad en los materiales. La escuela Jaume Balmes ocupaba el espacio de un piso hasta su desaparición en 1990.

Era bastante común a todas las escuelas tener algunos espacios y equipamientos infrautilizados. Por ejemplo, en la escuela Anselmo Clavé, a pesar de tener una buena biblioteca, agradable y bien provista, su utilización era mínima. Igualmente, la biblioteca del centro Rubén Dario no se utilizaba. Tampoco se utilizaba el salón de

⁷⁴ Josep Goday (1882-1936) fue uno de los arquitectos barceloneses más significativos del “noucentisme”. Construyó también los grupos escolares Ramon Llull (1919-23), Lluís Vives (1919), Baixeras (1917-20), Pere Vila (1921-30) y la desaparecida Escola del Mar (1921). Estos grupos escolares intentaron ser unos centros avanzados tanto en sus líneas pedagógicas como en las arquitectónicas.

⁷⁵ Entre 1957-73 se construyeron en Barcelona 56 nuevas escuelas (las escuelas de Porciones) y se crearon 25.000 nuevas plazas escolares a consecuencia de la explosión demográfica que vivió la ciudad. Los edificios fueron realizados por el Ministerio de Educación, sin ninguno de los planteamientos arquitectónicos ni pedagógicos de las escuelas nuevas construidas por el Ayuntamiento de la ciudad entre 1920 y 1930.

actos ni el teatro en el Collaso i Gil. Eran reconocidos por todos como espacios inmejorables para hacer actividades, pero estaban a la espera de ser remodelados.

En las escuelas de la zona Sur, la escuela Rubén Dario era un edificio también feo en su estética, con el inconveniente añadido de que las ventanas de las aulas daban a los patios interiores. El patio de recreo era también oscuro y de unas dimensiones muy pequeñas.

El mobiliario de la mayoría de ellas era muy viejo y poco funcional. Eran mesas individuales que hacían mucho ruido al moverse. Se rompían fácilmente y había que esperar mucho tiempo para que se arreglasen o fuesen repuestas por otras nuevas.

El servicio de mantenimiento para las escuelas era también muy lento. Los cristales superiores los limpiaban sólo de año en año. En el Collaso i Gil, después del verano, aparecían muchos de ellos rotos, dado que formaban un campo de tiro de piedras desde uno de los costados de la plaza de las Tàpies. En el Milà i Fontanals también se le arrojaban piedras desde la calle del Carme.

La mayor parte de los profesores de las escuelas tenían en torno a los cuarenta años y eran, en su mayoría, mujeres (en el Collaso y Gil hay 29 maestras (4 maestros) y en el Anselm Clavé hay 10 maestras (2 hombres). Todos los profesores (excepto el director del Anselm Clavé) viven fuera del barrio y ninguno de ellos llevaba a sus propios hijos a estas escuelas. Tampoco tenían muchos contactos con el barrio, como comentaba la propia Ana:

P: ¿Hasta qué punto conocen las maestras el barrio?

A: Si te digo que no han pasado nunca por la calle Sant Pau y llevan diez años en el barrio, ¿me explico? Yo tengo compañeras que han pasado por el barrio conmigo por primera vez, después de llevar ocho años en el barrio. Entonces, has visto que hay un acceso del metro al colegio desde el Paralelo, bueno, pues el recorrido del barrio que han hecho es del metro al colegio y del colegio al metro. Pero nunca se han adentrado por ninguna de las calles.

P: ¿Qué imagen tienen del barrio, entonces?

A: Tienen miedo a pasar por el barrio, tienen miedo, que les da miedo, pero no sé qué es el miedo, porque no les da miedo nada en concreto, una persona puede tener miedo a algo que ha visto, que le ha pasado. Pero tienen miedo, no se sabe, pero tienen miedo.

P: ¿De algo que han leído, quizás?

A: O de lo que se imaginan que hay claro, de lo que se imaginan que hay. También hay un carácter puritano ¿no? en esto. Porque es un barrio donde se ejerce la prostitución y las “señoras” están en la calle... Claro, este no es un lugar para pasar una persona decente. Hay que ser muy atrevido para pasar por aquí...

En su explicación podemos ver una mezcla, de nuevo, del impacto de las imágenes y la fama creada sobre el barrio, afectando también a los maestros que trabajaban en él. Ésta también influirá así en su trabajo y en su postura ante la propia clase.

Una opinión frecuente entre los profesores era la dificultad de formar dentro del colegio un proyecto pedagógico claro y compartido por todos los profesores. En la opinión de otra profesora, alcanzar acuerdos de este tipo era un trabajo imposible.

Aquí, hablar de proyecto pedagógico es una utopía. Todo el mundo escurre el bulto y hace lo que puede. Hay grandes diferencias también en la manera de llevar la clase, desde algunas en que no se controla nada, como p. 4, como otras en las que todos los niños están perfectamente ordenados. La disciplina no se impone de principio y luego ya no hay quien lo pare. Cuando se aplica la disciplina se acaba haciendo demasiado rigurosamente, con la expulsión por ejemplo. (Tere, colegio Milà i Fontanals)

Como consecuencia de la falta de acuerdos cada uno reaccionaba haciendo lo que podía. Se adaptaban así a lo que tenían, pero a la vez producían peligros como la resignación ante los mismos. Otras opiniones eran que tampoco tenían tiempo para hablar entre ellos y organizarse de otra manera.

Era también bastante frecuente escuchar de los profesores valoraciones de sus alumnos como “uno de estos niños vale por cinco” o “pobres niños”. A la hiperactividad de los alumnos se le achacaba también la causa principal del frecuente número de bajas laborales que se producían a lo largo del curso.

La complejidad en el comportamiento de los estudiantes era también reconocido por ellos mismos, como vemos en las opiniones de Francis o de Luis:

Luis: Atiendo, bueno, siempre atiendo, lo que pasa es que a veces hablo mucho, a veces me descuido el trabajo y otras veces la señorita me tiene que echar al pasillo.

P: ¿Por qué?

Luis: Porque algunas veces me peleo con los compañeros por algo, y también porque les digo las cosas a los compañeros, o sea, lo de las cuentas les digo los resultados.

P: ¿Tú eres un buen alumno o un mal alumno?

Francis: Regular.

P: ¿Regular? ¿Por qué regular?

Francis: Porque la señorita quiere tener la razón y a veces no la tiene, la tienen los alumnos, a veces.

En general el trabajo de los maestros dentro de las aulas se realizaba en medio de un ambiente de conflictos permanentes. En muchas ocasiones se acababa dedicando más trabajo a resolver los problemas que se iban formando a cada momento que al desarrollo de los contenidos académicos. Los alumnos dentro del aula eran inquietos, desordenados, revoltosos. Estas aptitudes no les hacía muy receptivos a los conocimientos ofrecidos por la escuela, lo que acababa, a su vez, produciendo aburrimiento, reacciones de insubordinación y finalmente absentismo

P: ¿Te gusta ir a la escuela?

Mari Carmen: A veces.

Susana: No, a mí sí, a mí sí.

Mari Carmen: Yo voy por las amigas.

Susana: A mí sí porque me aburro.

Mari Carmen: Algunas cosas me gustan, lengua porque me la da Puri, eso sí; matemáticas, así, así; naturales, sí, me gusta. Dibujo no me gusta porque es mu... mu de esto...

Susana: A mí también me gusta Puri.

P: ¿Y por eso vas a la escuela o porque en casa te aburres?

Susana: Claro, me aburro, como no sé qué hacer, pues me aburro.

P: Y la escuela, ¿te gusta?

Mari Carmen: No.

Susana: A mí, mira, yo voy a la escuela porque me gusta. No es que me guste mucho, me gusta un poquitín; pero también voy por las amigas.

En todas las escuelas había matriculados hijos de inmigrantes extranjeros, como resultado de su progresiva instalación en el barrio, como hemos visto en el capítulo 5.

De estos cambios en los orígenes de la población escolar en el barrio, educadores y maestros nos fuimos haciendo conscientes poco a poco. Cada año que pasaba había más niños matriculados con nombres y apellidos extranjeros. En las conversaciones que manteníamos nos acostumbramos a hablar y manejar nombres extranjeros. La lengua más utilizada era el castellano, para facilitar la primera comunicación, aunque en los cursos de primer ciclo todas las clases se hacían en catalán:

P: Y la lengua normal del colegio, entonces es...

Ana: El castellano.

P: ¿El castellano? ¿Pero hay clases en catalán?

Ana: Sí, y asignaturas en catalán. La lengua catalana más las ciencias naturales y las ciencias sociales se dan en catalán. Tenemos obligación de hacerlo.

P: ¿Y los estudiantes se sienten cómodos en catalán? ¿Tanto como en castellano o hay problemas de lengua?

Ana. A ver, lo que pasa es que en el colegio, a pesar de la obligatoriedad de hacer asignaturas en catalán, se hace casi todo en castellano. Los profesores incumplimos la norma y lo hacemos casi todo en castellano porque facilita la comprensión. Simplemente por eso.

A partir de 1992 la llamada inmersión lingüística se extendió también a los alumnos de segundo ciclo. A partir de ese mismo año se pasó a incluir menús especiales en los comedores con el objetivo de respetar las costumbres de los alumnos hijos de inmigrantes. En el colegio Collaso i Gil se optó por impartir a los alumnos una historia de todas las religiones para evitar así también las discriminaciones religiosas.

En 1994 se empezaron a realizar cursos específicos para los profesores con el objetivo de formarlos para que pudiesen atender mejor a estas realidades multiculturales. También se empezaron a organizar internamente semanas dedicadas a la diversidad cultural con el objetivo favorecer la integración, la relación y la comunicación entre personas y también entre culturas. En la práctica, todas las escuelas se lanzaron, a veces de forma desproporcionada, a hacer programas que la realidad estaba también produciendo de forma espontánea.

En lo cotidiano, los hijos de los inmigrantes acudían a la escuela con las mismas escasas expectativas hacia el sistema escolar que las que tenían los hijos del barrio, por ser todos hijos de clases pobres. En las relaciones con los demás alumnos se daban en ocasiones situaciones de conflicto por causas culturales, pero sin trascendencia. Los insultos y el lenguaje racista era muy frecuente en el patio, pero también a la vez se hacían amigos y compañeros de clase.

Tras esta entrada en la situación escolar en su conjunto (infraestructuras, profesores, estudiantes y ambientes) podemos apreciar una comunidad escolar en proceso de marginación, con unas distancias importantes entre profesores, alumnos y contextos. Tenemos también un soporte en edificios no muy lujosos (algunos con un pequeño valor arquitectónico y otros, sin ninguno) que no habían cambiado mucho desde que

fueron inaugurados. Las infraestructuras, por ejemplo, para los universitarios que llegaron al barrio en los noventa eran lujosas, algunas totalmente nuevas y otras antiguas pero totalmente reformadas. A la vez, podemos ver en general cómo los profesores aparecen en algunos casos penetrados de la idea de que es tan difícil cambiar el funcionamiento escolar como la formación de sus alumnos.

7. 2 El problema del absentismo. Iniciando la marginación institucional

El absentismo escolar era un problema habitual aceptado por todas las escuelas del barrio. Sin embargo, se hacía muy difícil obtener datos sobre su verdadero alcance. Incluso el programa en el que empecé a trabajar en 1988, específico sobre el tema, comenzó sin tener unos números claros sobre la situación.

La situación más frecuente era la de alumnos que faltaban a la escuela de forma intermitente a lo largo de prácticamente todo el año. Unas veces faltaban por las mañanas, otras veces era todo el día. Podía haber también alguno que faltase durante semanas enteras. Tras estas ausencias, volvían a incorporarse a la escuela durante unos días, una semana entera, y de nuevo volvían a faltar. En el año 1991, por ejemplo, en un aula de un curso de 8º de EGB en la que estaban matriculados 14 alumnos, lo más normal era que acudiesen a la escuela de una forma regular sólo diez de ellos, pero también podía ser frecuente encontrarse algunos días con sólo cinco o seis alumnos en clase.

Estas interrupciones hacían que los programas se fuesen retrasando o que algún alumno que sólo iba de tanto en tanto no pudiese seguir las explicaciones, con lo que acababa de nuevo provocando conflictos y, finalmente, se volvía a ir.

Los propios padres, como podemos sospechar, también habían tenido una experiencia escolar discontinua. Ellos habían sido, antes que sus hijos, también alumnos fracasados, o bien alumnos a los que los estudios no les fueron de gran utilidad tras su propia salida del colegio. Así, de esta manera, para ellos, ahora tampoco resultaba importante, ni trascendental la experiencia escolar de sus propios hijos. En otras ocasiones los problemas en sus vidas particulares eran de tal

envergadura, que la escolaridad de sus hijos podía pasar a ser un asunto secundario.

Tras el absentismo escolar podía haber no sólo uno, sino un conjunto de problemáticas que provenían tanto de la familia, como del propio núcleo de relación en el barrio o de la propia escuela.

El descontrol familiar podía afectar a la no asistencia regular a la escuela. Algunos se disculpaban manifestando que no acudían por la mañana a la escuela porque se dormían por haber visto la televisión por la noche. La propia escuela tenía registrada también una importante diferencia de asistencia entre la mañana y la tarde.

Era especial el caso de las chicas, ya que éstas, cuando no acudían a la escuela, lo solían hacer porque debían de hacerse cargo de obligaciones familiares, como cuidar de hermanos más pequeños cuando los padres se iban a trabajar. Otras veces eran las encargadas de las tareas de la casa cuando había impedimentos o enfermedades de algunos de sus miembros.

En el barrio, la influencia del medio y del entorno que formaban los amigos era también importante. Las relaciones con los amigos podían conducir también por otra vía al absentismo. La presión del grupo, por ejemplo, incentivaba a los jóvenes a comportamientos que por sí solos no realizarían. Algunos comentaban que en ocasiones hacían reuniones informales en casas particulares donde se reunían a jugar a cartas, al parchís, a ver la televisión.

Existían también otras situaciones muy graves que convertían el absentismo en un problema jurídico. Eran los casos de familias que desatendían las obligaciones fundamentales con sus hijos. Pertenecían sobre todo a sectores muy marginales y en ocasiones los padres no se habían preocupado ni de hacer la primera escolarización.

Otro factor importante a tener en cuenta como causa del absentismo era la propia institución, que no ponía ningún interés en recuperar a algunos alumnos con los que había entrado en conflictos personales muy fuertes. Otras veces hacían ellos mismos

demandas para trasladar a algunos de estos alumnos a otros centros más apropiados. Estos centros a los que se trasladaban eran, en la mayoría de las ocasiones, colegios especiales en los que la familia podía llegar a perder la tutela.

Tras el absentismo escolar podía haber no sólo uno, sino un conjunto de problemáticas que podían afectar al conjunto de su familia, núcleo de relación barrio, escuela, etc.

Empecemos por el barrio. La influencia del medio y del entorno que formaban los amigos parecía inevitable como vemos con Omar. Las relaciones y amistades del niño/a también podían conducir al absentismo. Otras veces, la presión del grupo incentivaba a los jóvenes a comportamientos que por si solos no realizarían. Más niños/as me comentaron que en algunas ocasiones hacían reuniones informales que, a veces en horarios escolar, se podían dar en casa de un amigo donde podían acudir a jugar a cartas, al parchís, etc.

La propia dinámica familiar también podía afectar a la o no asistencia regular a la escuela, como sucedía con Tino. Más chavales con los que tenía relación me habían manifestado que no acudían por la mañana a la escuela porque se dormían por haber visto la televisión por la noche. La propia escuela tenía registrada también una importante diferencia de asistencia por las tardes, en relación con la asistencia por las mañanas. No había apenas ningún niño sin escolarizar o escolarizado y que no acudiese nunca a la escuela.

Veamos algunas situaciones familiares y las propias palabras de estos estudiantes para tener una referencia más clara sobre esta falta de interés hacia la escuela.

En el caso de los padres de Tino, por ejemplo, éstos nunca habían tenido un trabajo, ni unos ingresos fijos, ni tampoco estudios acabados, aunque sabían leer y escribir. Tenían tres hijos más en la misma escuela. Vivían de lo que encontraban en la calle, desde cartones a chatarra, de llevar muebles de un piso a otro. Nunca habían tenido problemas, sin embargo, con la policía. Su casa era muy desordenada, había mucha suciedad, no tenían lavabo.

Tino era, sin embargo, en comparación con otros de su clase, un chaval que faltaba muy poco. Su familia, a pesar de su situación de inestabilidad permanente, entendía que mientras durase la obligatoriedad su hijos cumplirían con la escuela. Veamos cómo nos habla el propio Tino de algún día que no fue a la escuela y cuáles fueron sus causas:

P: ¿Y también habrás hecho alguna campana este año?

R: Sí he hecho, pero todas las que he hecho se ha enterado mi padre, me ha dado permiso él, bueno, me ha dado permiso, me encontraba mal, bueno...

P: ¿Pero no has hecho campanas por tu...

R: De irme por ahí no, no. Si se entera mi padre me mata.

P: ¿Por qué, por qué has faltado los días que has faltado a clase?

R: Pues a veces porque me encontraba mal, tenía fiebre, normalmente siempre por enfermedad. Algunos por problemas familiares, que tenían que irse mis padres o tenía que quedarme en casa o mis padres estaban enfermos o no sé.

Los padres de Omar, en 1989, habían pasado también por el centro de servicios sociales a pedir diferentes ayudas y vivían en una situación muy inestable, especialmente por los problemas derivados de las drogas. Su madre seguía un programa de desintoxicación. Sus únicos ingresos eran las ayudas sociales que recibían. Hacía tiempo que no pagaban ni el alquiler de su piso, ni los recibos de agua y luz. Su situación era tan grave que a duras penas podían mantener su propia autonomía. La situación de descontrol familiar hacía que Omar no acudiese a clase, especialmente por las mañanas:

P: Tú Omar, tu cuando haces campana, ¿qué haces ?

R: Me quedaba en mi casa durmiendo hasta las doce, después ayudaba a mi madre, después iba a comprar, después íbamos al Campo Iris y eso y después del Campo Iris al jardincillo, me iba dando vueltas y a las doce iba a mi casa a comer. Después bajaba de nuevo hasta las tres y a las tres me subía a casa y a las cuatro me bajaba y jugaba, y cuando no hacía campana jugaba a pillar con las niñas y eso.

P: ¿Y este año cuántas has hecho?

R: Este año cien.

P: ¡Cien campanas has hecho!

R: Cien veces de no ir.

P: ¿Y el año pasado ?

R: El año pasado cinco.

P: ¿Por qué no ibas este año a la escuela ?

R: Este año, me quedaba durmiendo, me quedaba, porque me acostaba a las doce y a las ocho no me podía levantar y me quedaba durmiendo.

P: ¿Pero por la tarde si que puedes ir, no?

R: Por la tarde sí que iba.

En la situación de Omar podemos ver una mezcla de desinterés hacia la institución, así como de falta de incentivos y de control familiar sobre su escolaridad.

A través de sus propias palabras se puede entender mejor cómo el problema del absentismo no se debía a una sola causa, ni era el único problema que estos alumnos tenían. En cada chaval y en cada familia se daban así un cúmulo de circunstancias que hacían la situación un poco más compleja a como ésta era contemplada en la ley de la obligatoriedad escolar.

También el barrio, con sus propios estímulos y con los comentarios entre los propios estudiantes, tenía su propio peso como forma de contracultura escolar. Así, entre ellos, creían que más importante que tener unos estudios era ser espabilado o saberse buscar la vida cuando tocase. Los estudios no servían para mucho, aunque era una obligación hacerlos.

7. 3 Desarrollo de la intervención de los servicios sociales en las escuelas del barrio

La entrada de los servicios sociales en la escuela se produjo a partir de 1989. Para prepararla, convocaron a todos los educadores para reorganizarnos los trabajos que estábamos haciendo hasta esos momentos. Así pasábamos a formar un equipo que se tenía que dedicar en exclusividad al trabajo con las escuelas del barrio⁷⁶. En esta reunión, nos entregaron un programa escrito con las indicaciones sobre cuáles eran los principales problemas sociales que se daban dentro del escuela (sin especificar) y la necesidad de intervenir especialmente cuando se rompía el reglamento que obligaba a todos a asistir a la misma.

La intervención de los servicios sociales en la escuela se veía como una acción de ayuda administrativa con algunos otros puntos enfocados en el tratamiento, control y seguimiento individual del problema absentista. Esta colaboración del Ayuntamiento

⁷⁶ *Es fa un repàs en els canvis de la gent que formen els equips, i es treballa la qüestió de l'exclusivitat de l'assistant social i de l'educador al projecte, la qual cosa vol dir que no podran fer altres feines fora del programa d'absentisme.* (Acta de la reunión del equipo de soporte escolar. Junio 1989)

con la escuela estaba además contemplada en la propia ley y así, a través de ella, el gobierno municipal podía:

Participar en la programación de la enseñanza y cooperar con la Administración educativa en la creación, construcción y mantenimiento de los centros docentes públicos, intervenir en los órganos de gestión y participar en la vigilancia del cumplimiento de la escolarización obligatoria. (Ley Reguladora de las bases del régimen local de 2 de abril de 1985)

Los servicios sociales, como consecuencia, se unían en esfuerzos con la escuela para controlar especialmente a los individuos que desertaban de ella. El objetivo del trabajo no era cuestionar a la escuela su funcionamiento o sus programas. Eran los individuos que desertaban de la misma los que se cuestionaban a sí mismos con su actitud, y ésta era la que había que intentar rectificar. La escuela entendida como comunidad, como grupo de profesores y alumnos en relaciones de conflicto de clase, una comunidad en la que forman parte el edificio, las infraestructuras, los alumnos, los profesores, los programas... fueron los planteamientos que también empecé a desarrollar como complemento al encargo simplemente fiscalizador y normativo.

Veamos primero cómo fueron enfocadas algunas cuestiones teóricas suscitadas por el absentismo escolar. En el programa se empezaba primero por categorizar lo que se entendía por un estudiante absentista:

Entendemos que un niño es absentista cuando teniendo entre 6 y 14 años no va a la escuela con una relativa asiduidad, sin causa justificada; también se entenderá como absentista el niño que, teniendo más de 14 años y menos de 16, no va a la escuela y no ha hecho un mínimo de 8 años de escolarización. (Programa de Ensenyament, 1990. Ayuntamiento de Barcelona.)

A continuación se reseñaban otros aspectos recogidos en la propia Constitución y especialmente aquellos donde se especificaba la obligatoriedad de la enseñanza básica para todos⁷⁷. Más adelante, se pasaba a informar sobre la situación particular en la zona, aunque sin dar datos:

⁷⁷ “La enseñanza básica es obligatoria y gratuita”. Constitución Española, artículo 27.

“Todos los españoles tienen derecho a la educación básica que les permita el desarrollo de su personalidad y la realización de una actividad útil a la sociedad. Esta educación será obligatoria y gratuita en el nivel de educación general básica y si el caso lo requiere en la formación profesional de primer grado, así como en los otros niveles que la ley establezca.” Ley Orgánica del Derecho a la Educación (LODE), 8-1-85.

A Ciutat Vella l'ensenyament sempre ha tingut dos conflictes greus: l'absentisme, a vegades massiu, dels alumnes de les seves escoles, i la manca de recursos econòmics de llurs famílies que motiva la impossibilitat per comprar llibres y material escolar, o, més greu encara, que els nens arribin a l'escola sense haver menjat prou, o amb una alimentació insuficient.

Per tal de fer complir al màxim l'escolaritat a Ciutat Vella es farà per al curs 1988-89 un programa marc de suport escolar, el qual contemplarà dos subprogrames: el primer destinat a donar beques de menjador y llibres a totes les famílies que n'hagin de menester. El segon destinat a evitar al màxim l'absentisme escolar en el període de l'Educació General Bàsica; és a dir, entre els 6 i els 14 anys de la vida del nen.

En el programa se remarcaban dos encargos que debíamos cumplir especialmente en el compromiso que tomábamos de intervención en las escuelas: un encargo que se podría considerar como administrativo, es decir, gestionar ayudas a los chavales para que obtuviesen becas de comedor y de libros; un segundo encargo, mucho más complejo, que consistía en solucionar los problemas planteados por los alumnos absentistas y sus familias.

El programa daba indicaciones muy claras respecto a los mecanismos administrativos que las familias de los chavales debían de seguir para acceder a esas becas (estar empadronados en el barrio, tener una renta mínima, justificación escrita de pagos y deudas). Tras poner en marcha esta parte del programa, se dio un particular proceso picaresco con muestras de racismo cultural incluidas. Así, en la lucha entablada por la concesión de las becas, nos llegaron algunas reclamaciones por escrito por parte de algunos padres, como éstas:

No comprendemos la preferencia clara y descarada hacia los inmigrantes marroquíes pues de las cuarenta becas concedidas treinta han sido para estos, siendo tantas las familias que en su propio país estamos más marginados y necesitados.

Por otra parte me da mucha rabia que haya gente extranjera a la cual conozco y le hayan venido las becas aprobadas y que, sin embargo, a los propios españoles nos pongan tantas trabas; le suplico lo considere por el bien de mis hijos y el mío propio.

El programa absentista se cerraba con diferentes puntos teóricos respecto a la frecuencia con la que los chavales faltaban a la escuela⁷⁸ y unas valoraciones poco

⁷⁸ Absentismo total: Se trata de aquel niño que nunca ha estado escolarizado, ni tan solo matriculado en ningún tipo de escuela. No ha tenido ningún tipo de contacto institucional con entidades educativas. Realmente eran muy escasos los casos de este tipo que se daban en el barrio. Era una situación posiblemente más de principio de siglo.

neutrales en las que se atribuía a la institución escolar todo el poder para ejercer su autoridad sobre los alumnos que, por diferentes motivos, la rechazaban:

És millor una escola dolenta que cap escola. L'escola, per dolenta, no deixa de ser obligatòria; també és pedagògic assumir estructures desagradables.(Programa Suport Social Escolar. Districte Ciutat Vella 1.989)

A través de estas palabras se les obligaba también a aceptar la mala reproducción de las propias instituciones encargadas de cambiarlos. Personalmente, estaba de acuerdo que la escuela era mejor que la opción de quedarse fuera. En la escuela del barrio mantenían el contacto con sus iguales, con más niños/as, y eso era mejor para ellos que aislarse. La escuela era un punto de encuentro y de contacto socializador, y aprendían algo. Pero también se hacía dudoso que tuviesen que aceptar más estructuras desagradables de las que estaban asumiendo.

En la práctica, la intervención de los equipos de los servicios sociales en las escuelas pasó a consistir en una ayuda para gestionar y decidir a quién entregar las becas, y en acudir a las escuelas a entrevistarse primero con el director, después con los profesores y, finalmente, con la familia y sus hijos que presentaban problemas.

Cuando se las citaba para que se presentasen a los servicios sociales me encargaba de convencerlas de que era mejor que su hijos fuesen a la escuela o de advertirles de que si no iban incumplían la ley y este incumplimiento podía tener repercusiones.

La guardia urbana era otra pieza también paralela al programa. Por su parte, si se encontraba algún chaval en horas escolares por la calle, debía de conducirlo a la escuela que le correspondía y posteriormente ponerlo en conocimiento también de los servicios sociales para advertir a su familia.

Absentismo coyuntural: En estos casos el niño/a sí que ha sido matriculado en alguna escuela, pero, sin causas que lo justifiquen, hace faltas en la escuela. El número de faltas, si es elevado, puede afectar negativamente a su rendimiento escolar. Una ausencia más intermitente puede afectar menos y permitir aún la reintegración. Por lo tanto, dentro de esta categorización del absentismo podríamos hablar de diferencias según sea el tipo de intermitencia: baja, media o alta. (Programa de absentismo escolar, 1989. Ayuntamiento de Barcelona. Distrito de Ciutat Vella.)

La escuela, por su parte, también nos remitía el nombre y los datos de los alumnos que no acudían regularmente a la escuela sin ningún tipo de justificación. También nos informaban de los que presentaban problemas de comportamiento que el profesor sospechaba que partían de su entorno familiar. La escuela nos escribía en unos informes escuetos o por teléfono todos estos problemas y algunas indicaciones con las que se daba comienzo a la intervención⁷⁹.

Tomo una muestra de uno de estos informes escolares en los que se me pide una intervención, así como una complicada solución para la situación en este caso de Redouán:

Viu amb els pares i germans. La mare ha acudir a l'escola dues vegades i expressa que no el poden controlar. Sovint el nen va a casa de la tieta a viure. Ha vingut a l'escola el setembre per cursar 7è. Abans estava a l'escola Collaso i Gil. És un nen que, degut al medi, té problemes; si no estigués en aquest medi potser no seria així. No mostra cap interès per l'escola.

Molt absentisme. La família no el controla. Es relaciona amb gent de fora de l'escola més gran i amb antecedents per robatori. En aquest moments és un nen d'alt risc; de no intervenir acabarà molt malament.

El tono de alarma y la soluciones que se proponen, a pesar de ser lógicas, eran, sin embargo, muy difíciles de conseguir. La escuela trasladaba así las esperanzas salvadoras a los servicios sociales.

En otras ocasiones vemos aparecer, tras la sospecha de algún tipo de problema social, casi una crítica hacia el estilo de vida que llevaban estos alumnos o sus familias. Aquí se trata de Alí:

Parla molt malament. És molt tranquil y se li confon amb ganduleria. També la té. No és gaire alegre. A vegades té algunes puntes d'agressivitat. És poc col·laborador i molt competitiu. No es fa gaire amb els companys. Si no l'acepten, els suborna perquè ho facin. No ha portat el material de l'escola. En canvi, a l'excursió del final de curs ha portat cinc mil pessetes de les quals no n'ha tornat ni una.

⁷⁹ Estas medidas de control no siempre tenían efectos. Había ocasiones en que la familia no acudía, el chaval desaparecía del colegio durante meses sin dejar ningún rastro y desestimaba las presiones tanto de la escuela como de los servicios sociales.

Organizarnos para atender a este tipo de demandas escolares provocó una reestructuración importante del personal de servicios sociales que debía de dedicarse a los mismos. Entre los compañeros, algunos de estos puntos teóricos y prácticos generaron diferentes polémicas internas. También dieron lugar a discusiones sobre quién debía de ir a cumplirlo y cómo había que hacerlo.

Por último, para poner en práctica este programa, se formaron dos equipos compuestos por tres personas cada uno. Un equipo se destinó a las escuelas del la zona Norte y otro equipo, a las de la zona Sur (la composición del equipo era de educador, asistente social y sociólogo).

En mi caso acabé en el equipo de la zona Norte. Esta circunstancia me obligó a tener que dejar de frecuentar la parte Sur, así como las relaciones sociales con los jóvenes que había conocido el curso anterior en el entorno de la plaza de las Tàpies.

7. 4 Entrando en una escuela de la zona Norte.

Mi primer contacto escolar en la zona Norte fue con la escuela Milà i Fontanals. En el mes de Septiembre de 1989 acudí a una primera entrevista con el director. Mi recibimiento en el centro fue cordial, aunque a la vez con recelos. Antes que yo, las relaciones de los servicios sociales con esta escuela no habían funcionado todo lo bien que se podía esperar. El director empezó recordándome una antigua discusión con un compañero de trabajo que terminó forzándole a admitir a un alumno muy problemático que el colegio no deseaba. Era una situación frecuente que los servicios sociales presionasen a la escuela para que aceptasen alumnos problemáticos que la escuela no quería. Había alumnos rechazados, por ejemplo, por algún enfrentamiento personal con algún profesor, o porque echaban abajo la dinámica de un grupo, o porque iban poco y cuando iban sólo provocaban problemas. La escuela, en estos casos, forzaba a algún alumno a un absentismo que no siempre estaba dispuesta a reconocer.

Tras este primer cambio de pareceres, el director me emplazó para otra reunión un mes más tarde con el resto del grupo de profesores. Esta segunda reunión se

celebró en el mes de octubre y en ella estuvo el director y siete de los quince profesores que había en el colegio. Tras ella se me confirmaron las malas expectativas de colaboración que recibí en el primer momento. Personalmente, terminé con la impresión de que en esta escuela yo y los servicios sociales a los que representaba éramos algo impuesto más que unos colaboradores, y que además había llegado para dar más problemas que ventajas. Como consecuencia, ellos respondían a mis ofrecimientos con excusas:

El director entiende que estas reuniones de trabajo sería conveniente realizarlas cada dos o tres meses, porque según él no es operativo que nos veamos todos para hablar de los casos sociales de todos.

Otro profesor, por ejemplo, no vio tampoco nada clara una propuesta de organización de un aula taller que le ofrecí para los casos más difíciles. En su opinión, “*a esas edades los chavales ya han entrado en una relación no recuperable respecto a la escuela, el límite del riesgo ya ha sido transgredido hace tiempo*”.

El mismo profesor, que fue a la vez el único que intervino en la reunión, se mostró igual de escéptico hacia otras alternativas como los casales, los centros abiertos o los grupos de calle organizados por los educadores. De nuevo, su opinión fue tajante: “*aquí los chavales (centros, casales) entran en peores relaciones que las que ya tienen*”. En su más sincera negatividad acabó manifestando: “*con estos chavales no se puede hacer nada*”.

El resto del curso continué manteniendo varias reuniones más con el director, ya sin profesores y también sin alumnos. En ellas el director en una hoja me escribía los nombres de los alumnos más difíciles, algunos datos incompletos sobre los problemas de ellos o de sus padres y la dirección o teléfono para ponerme en contacto.

Diego. Problema: absentismo. Detección: escuela. Edad: 13 años. Gestión: piscina.
Concepción. Problema: absentismo. Edad: 6 años. Gestión: la lleva sor Ángela.

Y así hasta 24 niños más.

Desde el centro de servicios sociales y a través de citaciones por carta tuve varias entrevistas con algunas de estas familias. En estas entrevistas mi trabajo consistía en pedirles explicaciones, en advertirles sobre los problemas escolares que estaban causando, en amenazarles con alguna sanción o en buscar compromisos de cambio.

La escuela, por su parte, durante todo el curso sólo se mostró realmente interesada en saber cuáles eran los recursos que teníamos los servicios sociales en el barrio, o en escribir un detallado protocolo para recoger la mayor cantidad posible de información social sobre los alumnos.

Al finalizar el curso, otra profesora de esa misma escuela me presentó una visión más sincera sobre lo que allí estaba pasando. Dentro del colegio, no había sólo problemas con los alumnos sino que también había muchos problemas entre los propios profesores:

En esta escuela es imposible ponerse de acuerdo entre los profesores y cada uno hace más o menos lo que quiere. Todo el mundo quiere disciplina, pero que la ponga otro. Aquí, hablar de programación es una utopía. Todo el mundo escribe el bulto y hace lo que puede. Al principio intentas arreglar algo, pero te vas quedando sola y ya no encuentras motivación ni ganas, y lo mejor que se te ocurre es irte.

En la novela de José Antonio de la Loma, la opción del maestro el Sr. Ponte es también la de huir de Piquín tras haberle hecho concebir unas exageradas esperanzas para su cambio y casi salvación. En un momento determinado, su profesor se encuentra en que no sabe qué hacer, en una encrucijada ante la que decide que no puede ya seguir dedicándose a solucionar vidas ajenas a costa de la suya propia.

La disciplina, que era el punto en que todos estaban más de acuerdo (el valor cultural más compartido entre los maestros), no era tampoco de los mejores métodos para tratar con los alumnos del barrio. Por el contrario, el respeto, que era un valor cultural parecido que se daba en el barrio y más comprensible para ellos, era, sin embargo, muy poco aludido cuando se discutía sobre el control.

Finalmente, tras este curso y como evaluación del trabajo de los dos equipos de servicios sociales en nuestras relaciones con las cinco escuelas, encontramos 60 casos de absentismo y gestionamos 1.209 becas escolares de comedor y de libros. Estos datos nos indican que la reproducción de la marginación y de experiencias fundamentales del barrio continúan como proceso, a pesar de los esfuerzos.

Tras este desafortunado paso por esta primera escuela finalmente fue aceptada mi propuesta de volver a la zona Sur para seguir aprovechando los contactos informales que había desarrollado con los chavales en la calle y más en concreto la relación escolar establecida con Ana que me invitaba a entrar y participar en su propio colegio bajo otros puntos de vista .

7. 5 Entrando en dos escuelas de la zona sur

7. 5. 1 Escuela Collaso i Gil

La entrada a través de Ana en la escuela Collaso i Gil me evitó muchos de los forcejeos que tuve que hacer en la Milà i Fontanals. Ella me advirtió enseguida de los problemas que podía encontrar dentro. Así, por ejemplo, tenía que tener en cuenta que los profesores del primer ciclo no querían saber nada con los del segundo ciclo. Había profesores que pensaban que era una imprudencia salir con aquellos alumnos fuera del colegio. El conserje, desde su cargo, tenía un poder muy grande. Era el presidente de la asociación de padres y con su voto y sus opiniones tenía su propia influencia en las decisiones del claustro escolar.

Tras este panorama institucional, en la conversación con Ana podemos ver un poco más de cerca quiénes eran sus alumnos y algunos de los problemas de los mismos en aquellos momentos:

Y sí, son niños muy inquietos que no pueden estar quietos, y si están en su clase y están cinco minutos solos, salen por el pasillo y se pelean y suben corriendo, y ya son malos. Por eso es el grupo de los peores, no por su capacidad intelectual, pero sí en cuanto a comportamiento. Una vez asumido esto, puede ser el grupo de los peores en cuanto a su trabajo, y esto lo tenían muy asumido desde muy pequeños, desde 2º lo tenían...

La inseguridad personal de sus estudiantes era, para Ana, una de las causas principales de sus comportamientos. Para otros profesores su comportamiento era, ante todo, un desafío a la institución y a los adultos. Su inseguridad se manifestaba habitualmente presentándose como muy seguros. Ésta era una de las impresiones que muchas veces había también recibido externamente en los grupos de fútbol. Tras su aparente seguridad, podían estar buscando, sin embargo, unos roles y unas normas claras tanto en la escuela como fuera de ella:

Quinto estaba considerado el peor grupo del colegio, el que nadie quería tener, y esto era muy importante para ellos. Entonces el tener una persona a la que conocen, que saben cómo es, que saben que tiene muchas manías pero que nunca, nunca les hace algo que no les va, que no lo tienen que hacer, les da seguridad.

Y esto es muy importante para ellos porque su problema de toda la vida es la inseguridad, nunca saben qué les va a pasar, nunca saben qué van a comer, nunca saben qué se van a poner, no saben si van a estar sus padres en casa siquiera, si su padre lo van a tener que ir a buscar a la comisaría al día siguiente. Es para ellos la inseguridad en su ritmo de vida, y el tener seguridad les da más confianza.(Ana)

La inseguridad también podía afectar el rendimiento escolar por otras vías. Así, ésta también provoca una falta concentración en los estudios. El proceso de desarrollo de metas educativas se iba así limitando en función de sus disposiciones frente al estudio:

P: ¿Cuáles son, no sé, las metas escolares del año en el quinto curso?

Ana: Mira son básicamente aprender a escribir con cierta corrección y esto quiere decir separar palabras, entender lo que escriben y formar frases no superiores a siete palabras, con corrección, eh. Diferenciar lo que es un sustantivo o un nombre de un verbo, de un adjetivo o de un artículo, y ya está. En el área del lenguaje es esto, en comprensión o expresión escrita. Y en expresión oral es simplemente expresarse con libertad, es decir, decir correctamente las frases que luego puedan escribir bien, que ya es difícil, y utilizar un vocabulario reducido pero común entre todos. Y en comprensión escrita es leer un texto breve, brevísimamente como de veinte líneas, y entenderlo y saberlo explicar después, saberlo resumir. Esto es lo básico, que es lo que tienen que saber hacer, que se consiga es otra cosa; no se consigue, pero bueno, han mejorado mucho.

El nivel que se llegaba a alcanzar como resultado era tan básico que no les permitirá una continuidad en los estudios fuera de estas escuelas. La limitación en los niveles era aceptado por la escuela con resignación. Formaba así una adaptación a la situación que tenía su lógica, pero a la vez era una adaptación que suponía una condena y de nuevo una reproducción.

Conseguir autorización para hacer un cambio en la forma de intervención de los servicios sociales en la escuela Collaso i Gil fue un proceso complicado. Trabajar con un grupo en vez de trabajar para “salvar” individuos y problemas especiales representaba un cambio de orientación bastante grande respecto a las líneas generales de trabajo individual o administrativo.

El trabajo que propusimos para el curso de quinto llevaba la acción sobre todo el grupo y no sólo sobre los absentistas (eran 11 en total los más absentistas). En quinto, además del absentismo, también había unas malas relaciones entre los estudiantes del grupo A y el B, entre chavales concretos y entre chavales y chavalas. Solucionar algunos de estos problemas podía ser de interés para la escuela, pero no era un problema de los servicios sociales.

La propuesta para cambiar estas dinámicas fue la de introducir actividades para desarrollar su interés (primero la piscina y después las colonias de esquí. Más tarde se añadiría también un programa de aeróbic.)

Estas actividades que ofrezco para realizar en tu aula tienen la autorización y respaldo económico por parte de los responsables del Ayuntamiento. A través de estas actividades, el objetivo principal para mí como responsable de servicios sociales, va a ser conseguir evitar al máximo el absentismo en tu aula y ayudarte a hacer el curso escolar más atractivo para tus alumnos. Espero que a través de las actividades también podamos tener, tanto tú como yo, una relación más personalizada con todos ellos y poder comprender mejor lo que pasa.

Así, a través de las actividades, el aula podía pasar a convertirse en un espacio un poco más atractivo. También podían ayudar a mejorar las relaciones entre los estudiantes, como aumentar la motivación de los mismos para acudir a la escuela.

En 1989 y 1990 las actividades se realizaron con los mismos alumnos, primero en quinto y después en sexto. Posteriormente pasarían a realizarse con todos los alumnos que iban llegando al curso de sexto, hasta el año 1996.

En su conjunto, las actividades no cambiaron radicalmente el comportamiento de los chavales/as de aquel curso, aunque la asistencia fue mejorando como consecuencia del atractivo que las actividades provocaban.

Curso: 5º de EGB. 31 alumnos. Asistencia a clase

Tipo de asistencia	1988-89 (sin proyectos)	1989-90 (con proyectos)
S-Siempre	9	17
I-Intermitente	12	7
B-Baja	4	4
N-Nula	2	2

También disminuyó el absentismo intermitente, que era uno de los que más desorganizaba el grupo. Los maestros notaron también cómo con la mejora de la dinámica del grupo mejoraron a la vez las relaciones personales entre ellos y entre los propios estudiantes.

Los estudiantes, en las actividades, continuaron mostrando su forma habitual de comportarse, pero eran, a la vez, menos conflictivos, más tranquilos, más relajados y más receptivos. Durante una semana que pasamos con ellos en la nieve no dejaron de provocar incidentes; apedrearon a un empleado de la estación de esquí, robaron una caja de refrescos, amenazaron a un camarero, tiraron un trineo por un barranco, hicieron perder la paciencia a un monitor...

Según fueron transcurriendo los días su comportamiento conflictivo fue bajando. En la propia casa donde nos alojábamos empezaron a despertar algunas simpatías, tras los choques iniciales. Para Ana, la diferencia más grande entre su comportamiento anterior en la escuela y el de aquel momento consistía en que ellos mismos aceptaban sus responsabilidades y sus errores una vez cometidos estos.

Convivir con ellos supuso ver también valores en chavales que hasta ese momento habían mostrado muy pocos. Rasida, por ejemplo, en el colegio era especialmente

terca y desagradable. Su comportamiento fuera del mismo se hizo mucho más amable.

El medio no los hacía diferente. Sin embargo, propiciaba un mayor acercamiento, la convivencia hacía más visibles sus características negativas y positivas. Se podía apreciar mejor cómo, a pesar de todo, no eran tan malos, ni tampoco tan insensibles como se les había catalogado en el colegio.

En el diario de José María, uno de los considerados como más fríos y provocativos, podemos ver a través de sus palabras, expectación, nervios, ilusión, a la vez que la permanencia de su carácter conflictivo:

Nos hemos despertado esta mañana a las ocho. Nos hemos peinado, lavado la cara y otras cosas. Hemos desayunado lo normal, galletas con mantequilla y mermelada con cola-cao. A las 10. 30 hemos salido para Tuixent. Hoy me he metido menos guantazos que ayer. Y hemos subido a lo alto de la montaña. Al irnos, hemos tenido un pequeño problema con unos "pringaos", pero mañana se arregla.

A todo el grupo le costó volver al barrio y despedirse de los monitores y de los empleados del albergue. Estos, con los que habían tenido tantas diferencias, salieron espontáneamente a despedirles. El propio conductor del autocar que nos volvió a casa quedó sorprendido cuando, al iniciar el viaje, se encontró con muchos de ellos llorando.

La actividad resultó también útil para demostrar al resto de los profesores de que con ellos se podía salir de la escuela, que se podía intentar hacer algo.

La actividad de la piscina también ayudó a producir algunos cambios en la asistencia escolar. Así, por ejemplo, en los días previos a la piscina la asistencia a la escuela automáticamente mejoraba. Como condición para poder ir a ella era imprescindible la asistencia a la escuela. Esta actividad empezó realizándose los miércoles de cada semana. Había algunos que, para cumplir a su manera con la condición, acudían a clase los lunes, los martes y los miércoles, y luego ya no volvían hasta el lunes siguiente. En la piscina, había que estar constantemente vigilándoles para evitar los

conflictos. En los vestuarios se escondían la ropa, se la tiraban encima, se empujaban, se escupían, se agredían.

El aeróbic fue la actividad que programamos para los dos últimos meses del curso. Se organizó en forma de taller, se contrató a un especialista, que entusiasmó más a las chicas que a los chicos. Como culminación, hicieron una representación para todo el colegio en el último día del curso. De ser unos alumnos de los que nadie suponía ni esperaba ningún tipo de implicación con el colegio, pasaron a ser participativos y un poco más colaboradores.

Veamos, tras su participación en las actividades y en palabras del propio Jilal, el impacto de las mismas respecto a su situación en cursos anteriores:

P: Los días que haces campanas, ¿qué haces?

R: No sé, yo nunca he hecho campanas.

P: Tú sí has hecho campanas.

R: En quinto no, en quinto no.

P: No en cuarto, o en tercero, ¿qué hacías?

R: Pues en tercero me quedaba a dormir, me iba con mis compañeros a jugar a Montjuic, al Campo Iris. A las doce veníamos, nos quedábamos para el comedor y a las tres salíamos por la verja y nos escapábamos.

P: ¿Y a dónde ibais?

R: Al Campo Iris, a Montjuic, a Reina Amàlia, a muchos sitios, Robadors, casi siempre iba a mi casa. Yo iba a casa con el Mario, iba a casa del David.

P: ¿Y qué hacías allí, qué hacías en casa de ellos?

R: Uah, primero jugábamos a las cartas, al dominó y al parchís, hasta las cinco.

P: ¿Os poníais de acuerdo el día que queríais hacer campana para ir a jugar, o es que ellos siempre hacían campana y sabías donde estaban?

R: Nos poníamos de acuerdo. Si uno no quería, pues el otro quiere, el otro quiere, el otro quiere... Pues se iban los que querían y los que no pues...

P: ¿Y os escapabais, no? Porque os escapabais varios.

R: No, nos quedábamos hasta las diez, hasta la salida del patio y luego, jugábamos hasta las once, saltábamos la valla y nos íbamos... Y la señorita nos buscaba, nos buscaba y no nos encontraban.

P: Y este año, ¿por qué no hacías campana?

R: Porque no, no podré pasar a sexto.

P: Pero te gusta, ¿te gustaba también más la escuela este año?

R: El cuarto y el tercero sí, el cuarto y el quinto sí.

P: ¿Qué diferencia había?

R: Que no hacía campana, que sólo jugábamos por clase a veces y a jugar a fútbol en clase, al pilla pilla.

P: ¿Pero por qué en tercero si te ibas y este año no te ibas?

R: Bueno porque antes no quería estudiar y ahora sí.

P: ¿Ahora te gusta estudiar?

R: Bueno, sí, un poco.

P: ¿Ahora te gusta estar en la escuela?

R: Claro, para no estar en la calle

La intervención resultó así una combinación de actividades con unas ideas muy sencillas. No fueron un nuevo programa de escuela activa, sino que sirvieron para que viniesen un poco más al colegio, que encontrasen motivación y atractivos en lo que hacían, que no abandonasen totalmente los estudios y la relación con otros estudiantes.

7. 5. 2 Escuela Anselm Clavé

Al volver a la zona Sur del barrio, también se me asignó el trabajo sobre el absentismo y los problemas sociales de la escuela Anselm Clavé. Ésta tenía matriculados 181 alumnos en el curso 1989-90 y 12 profesores a su cargo. Su fama era igualmente muy mala. Aquí no era un aula en concreto la que tenía problemas, sino que la mala fama afectaba ya desde hacía años a todo el colegio. Los maestros, al principio, fueron igual de reacios a mi colaboración que los que encontré en la zona Norte.

Las relaciones empezaron de nuevo con el director. Tenía un estilo muy personal. Era el profesor de octavo, llevaba muchos años trabajando en el barrio. A diferencia de otros vivía en la zona y conocía a las familias, que lo tuteaban .También los alumnos le llamaban “el dire”.

La respuesta a mis propuestas de trabajo individual y grupal fue bien recibida por su parte. Él era poco protocolario y me comentaba los problemas de los alumnos de una manera muy desordenada. En ocasiones se acercaba hasta el centro de servicios sociales cuando veía la necesidad de comentarme algún detalle o alguna circunstancia que había provocado algún incidente con algún alumno o alguna familia. Poco a poco nos fuimos poniendo de acuerdo en los puntos fundamentales, como era saber quiénes eran los que faltaban más asiduamente, citarlos y avisarlos, él primero y yo después.

En 1992 se inauguró junto a la escuela la pista de fútbol el Campillo. Aprovechando esta circunstancia le ofrecí al director encargarme de organizar este espacio con el

programa de fútbol por un lado, y también organizar un cursillo de animadores deportivos⁸⁰ para los alumnos mayores y ex-alumnos que andaban “molestando” por los alrededores.

Él aceptó esta propuesta y me cedió el permiso para utilizar la instalación deportiva entre las cinco y las siete de la tarde. Así, establecí una primera presencia propia dentro de la institución y empecé a conocer también más personalmente a los alumnos de este colegio y a la escuela como comunidad.

Veamos primero cómo se organizó el trabajo mas individual con los alumnos absentistas, sus familias y los propios profesores.

Los profesores empezaron a pedirme ayuda para problemas que podían ser sociales, pero que también eran problemas de comportamiento:

En la familia de Arturo la tutora sospecha que hay algo extraño en las relaciones familiares.

El problema de Marcos es la falta básica de atención, que hace que cada vez tenga más conductas agresivas. Pega mucho a los niños, está como descontrolado y pasa de estar apático a estar agresivo. Mirar si hay algún seguimiento de la familia. Intervenir con el niño, controlándolo a horas no escolares. Parece que va con amigos mayores que él y otros.

Tras los problemas sociales, también podemos ver ciertos rechazos de la institución hacia los alumnos. Ante estas demandas tenía que tomar muchas veces el papel de abogado de los estudiantes y tratar, a la vez, de influir o de cambiar la perspectiva

⁸⁰ El curso de animadores deportivos se hizo en 1991 y en él participaron 12 jóvenes. El objetivo del curso era dar una pequeña formación como monitores para acompañar a grupos de deporte o hacer funciones deportivas como arbitrajes, en competiciones a escala de barrio, organizadas por los educadores. Este proyecto intentaba conectar el trabajo escolar con el trabajo de comunidad en el ámbito del barrio.

Algunos de los chavales terminaban ese año su escolaridad; eran Juan Jesús y Mari Trini. Lo iban a hacer sin título, como Juan Jesús, que sólo había alcanzado hasta séptimo curso. Mari Trini había conseguido sólo el certificado de estudios. Ambos participaron de una forma desigual en el curso. Juan Jesús siguió todas las prácticas aunque fue menos constante en la teoría. Se hizo cargo de acompañar a un grupo pequeño de fútbol durante todo el curso, por lo que quedó más que cumplido el objetivo del curso, mientras que Mari Trini ayudaba a una educadora con un grupo femenino; acudió a cinco sesiones y tuvo que abandonar para iniciar otro programa de formación para trabajo.

Este curso, tanto para ellos como para el resto de alumnos que participó en él, no era un proyecto que les podía ofrecer alternativas laborales, pero quería propiciar a los jóvenes a practicar responsabilidades y ayudar a la comunidad con sus propios esfuerzos.

Este intento de aprovechar la utilidad de los últimos alumnos de la escuela contrastó con el rechazo que la escuela manifestó a algunos con motivo de una celebración del final de curso del año 1996.

que se había formado el profesor de su alumno.

En las reuniones semanales con el equipo directivo (director, jefe de estudios y secretaria) hablábamos de los chavales desde diferentes puntos de vista. Yo, por mi parte, aportaba la información que sobre las familias teníamos en los servicios, continuaba haciendo citaciones a los absentistas o poníamos en marcha otros procesos legales cuando había situaciones muy fuertes de desprotección total por parte de algunos padres hacia sus hijos.

El trabajo individual lo volví a complementar con otro trabajo sobre grupos (además del fútbol) a partir de 1994. Aprovechando una de las paredes que daban a uno de los patios de recreo, le presenté al colegio un proyecto para desarrollar en aquel espacio un taller de escalada, un rocódromo. Las características del muro (en altura, en material de construcción –piedra– y en accesibilidad limitada) me hicieron ver la posibilidad de construir en este espacio una instalación para la práctica de la escalada. Desde los patios, los niños empezaron a mostrar expectación e incredulidad ante lo que íbamos construyendo en el espacio de una pared que hasta esos momentos había pasado totalmente inadvertida.

Tras la instalación del rocódromo, empecé a trabajar un día a la semana en la iniciación de los alumnos a ese deporte. Con esta actividad recuperaba de nuevo el trabajo de tratamiento grupal de los problemas, con la misma idea de mejorar el atractivo de la escuela como forma de mejorar la comunidad escolar en su conjunto.

El proyecto de la escalada se organizó con unos objetivos semejantes a los del resto de las actividades deportivas. Iba a ser un juego y también un deporte y una ayuda interna al funcionamiento de la institución.

El proyecto se puso en marcha en 1994 con los alumnos mayores de los cursos. La aceptación del mismo, por parte de los estudiantes, fue incondicional. Todos querían escalar y repetir la experiencia cuando la habían probado. La discriminación sexual que en ocasiones se daba en otras actividades deportivas aquí era mucho menor. En general las niñas presentaban unas grandes condiciones.

Los profesores de los alumnos más pequeños, al ver el entusiasmo que se estaba produciendo con los mayores, también me pidieron participar con sus alumnos de entre cuatro y diez años. Para poder dar participación a los estudiantes de esas edades, en 1995, hice una ampliación de la instalación. Los alumnos más pequeños pasaron a convertirse también en unos grandes entusiastas de la actividad.

A partir de 1996 el programa de escalada que había empezado funcionando durante un sólo día a la semana, pasó a realizarse durante dos tardes. Los alumnos iban participando por grupos y éramos dos educadores de los servicios sociales los que nos encargábamos del desarrollo y control de la actividad. Como educador la actividad me servía para tomar un conocimiento muy personalizado de todos los alumnos del centro, sobre los que posteriormente muchas veces tenía que realizar una intervención social con ellos o con sus familias.

Participación. Rocódromo escolar (1993-1998)

1993-94	1994-95	1995-96	1996-97	1997-98
105	116	139	142	97

El programa de escalada, tras los buenos resultados escolares, se abrió también a otros chicos y chicas del barrio. La actividad aquí servía para establecer unas relaciones muy personales con jóvenes que requerían de una atención personalizada o que eran reacios a participar en grupos amplios.

7. 6 Transición

Dentro de la organización escolar, en 1996 la reforma educativa llamada ESO que afectó a Catalunya y a toda España acabó desplazando hacia otros centros a los alumnos de entre 13 y 16 años. Esta reforma se puso en marcha con muchas polémicas sobre la filosofía en la que se había inspirado (beneficiosa para la escuela pública o para la privada según las versiones) sobre su efectos (segregación de los alumnos menos preparados en la escuela pública) con diferencias y polémicas entre

los profesores encargados de llevarla a cabo (maestros y licenciados), y también con un recrudecimiento de los conflictos entre profesores y alumnos. Este debate alcanzó también diferentes tintes políticos. J. M. Martí i Font (*El País* 1997) lo explicó en “Un empujón a la Eso antes de que sea tarde”:

La reforma escolar, la ESO, se ha convertido en piedra de toque. Cualquier opinión sobre su eficacia, no importa qué noticia sobre los problemas que genera su puesta en marcha, es susceptible de ser calificada con baremos de corrección política. Si alguien se hace eco de las quejas de los profesores sobre el descenso del nivel académico que ha traído la llegada a las aulas de alumnos menos preparados se les acusa de estar haciendo el juego a quienes buscan el fracaso de la reforma y de favorecer a la escuela privada concertada. Si los maestros en determinadas zonas conflictivas piden protección y denuncian el ambiente tenso y agresivo que viven en sus aulas, se les descalifica asegurando que no quieren trabajar, que “vivían muy bien” cuando no tenían alumnos conflictivos, que se niegan a comprometerse con la reforma.

En Cataluña, los miembros de la clase política con responsabilidades en el campo de la educación, esto es, desde CIU hasta IC, pasando por PSC, niegan de entrada que se estén produciendo problemas en la puesta en marcha de la reforma y califican los incidentes como anécdotas minoritarias en un mar de bondades sin fin, puestas en circulación por quienes buscan el fracaso de la ESO. (*El País*, 27- 2-97)

La reforma creó a la práctica dos tipos de escuelas públicas (primaria y secundaria) con programas diferentes y con una inspiración en modelos de escuela global e integral (Comprehensive School, Inglaterra). También otra consecuencia era que alargaba la escolaridad hasta los dieciséis años.

En el barrio, Ana por su parte tuvo que dejar el Collaso i Gil y trasladarse a otro fuera de la zona, por ser especialista en estas edades (dejamos de hacer el control del absentismo hacia el grupo clase). Yo continué en relación con las escuela Anselm Calvé, donde seguí manteniendo el contacto personal con profesores y con alumnos en edades hasta los 13 años.

Los cambios educativos tuvieron como primer resultado que tanto la escuela Anselm Clave como la Collaso i Gil (ahora de primaria) ganaron en tranquilidad. Los enfrentamientos personales con alumnos de edades más jóvenes eran mucho más controlables. El mismo absentismo bajó claramente (aumentaría, sin embargo, en la secundaria). Especialmente era a la edad de 13 y 14 años cuando se disparaba, pero ya no eran de su competencia. Los cursos de 13 y 14 años se fueron a las escuelas que ahora pasaban a denominarse de secundaria. En el barrio se formaron dos:

Miquel Tarradell y Milà i Fontanals en los mismos lugares que antes ya eran también colegios. Hacia estos se desplazaron los alumnos como también los problemas.

Estudiantes como Redouan, Francis, Marcos o Alí, que procedían de las escuelas de primaria, fueron recibidos en estos centros con muchas quejas, por su bajo nivel académico, por la obligatoriedad a la que estaban obligados y que ellos cuestionaban, por la conflictividad que llevaban encima. Como resultado, algunos de ellos se quedaron pronto en el camino en el cambio de un colegio y otro (Alí). Otros fueron doblemente desplazados hacia otros centros (Marcos y Redouan) que se desarrollaron como especializados para los alumnos de menor nivel y de mayor conflictividad. En el recién formado instituto Miquel Tarradell, finalmente los profesores se negaron a dar clases. En su primera página, en relación a este incidente, *La Vanguardia* titulaba “Plante de profesores en dos institutos de Barcelona a causa de los conatos de violencia”:

Los profesores del instituto Miquel Tarradell, en el barrio barcelonés de Ciutat Vella, se declararon en huelga el pasado viernes ante los conatos de violencia en el centro. Una situación similar se registró en el instituto Salvat-Papasseit, en la Barceloneta, donde la Generalitat tuvo que poner un guardia en los accesos.

En contraportada se seguía informando sobre los sucesos que se estaban dando dentro del Miquel Tarradell, a sólo unos meses del inicio de su andadura:

El problema del instituto Miquel Tarradell se arrastra desde inicios de curso y se ha mantenido por medio de varios actos de gamberrismo e incluso un intento de agresión a un docente, lo que ha provocado incluso que se dieran clases a puerta cerrada. Pero el pasado jueves los profesores optaron por una prueba de fuerza y se negaron a seguir dando clases si el Departament d'Ensenyament no tomaba las medidas oportunas. La propia delegada territorial de Barcelona, Sara Blasi, intervino y obligó a los profesores a volver a clase bajo la promesa de estudiar el tema.

En el diario *El País*, J. M. Martí Font tres días más tarde recogía una contradictoria valoración de lo que había supuesto la puesta en marcha de la reforma, con una crítica a la vez muy fuerte, especialmente hacia los alumnos y sus entornos:

No hace ni un mes, la Generalitat presentó a bombo y platillo el antípodo de un estudio sobre la aplicación de la Enseñanza Obligatoria (ESO). Los datos no eran del todo claros, pero los autores del informe y el conseller de Enseñanza, Xavier Hernández, no dudaron en ofrecer una lectura extremadamente positiva: descenso del número de

suspensos, mayor grado de adaptación de los alumnos al centro escolar, altos niveles de satisfacción... Tal vez quisieran curarse en salud porque ahora, cuando ni siquiera se ha cumplido el primer trimestre lectivo, empieza a ser de una evidencia palmaria que la aplicación de la reforma educativa en la escuela pública catalana afronta graves problemas que, de no ser resueltos, amenazan con desequilibrar el colectivo educativo...

La voluntad de integrar y escolarizar de forma uniforme a toda la población adolescente –aplaudida a priori desde posturas progresistas-, que vertebría el texto de la ley, ha resultado ser un arma de doble filo. A muchos institutos de las grandes ciudades han llegado los adolescentes más conflictivos, niños maltratados, habitantes de los barrios marginales que responden al estereotipo del que se tenía noticia a través del cine o de las noticias de sucesos. Chavales que o bien no estaban escolarizados, o simplemente no acudían a la escuela. Esto ha originado graves problemas de indisciplina, descenso del nivel de exigencia académica, desorientación y baja moral del profesorado e incluso episodios de violencia y criminalidad, que marcan el inicio de la andadura de la ESO. Precisamente por ser obligatoria, los institutos han sido vallados y en el cercado se han juntado alumnos de muy distinta procedencia, de muy dispares niveles intelectuales y culturales. Sigue que los centros han recuperado su identidad geográfica, y su grado de deterioro educativo y de convivencia está –ahora sí– relacionado directamente con el barrio que los rodea. (El País, 8-12-96)

Estos mismos chavales son los que un año antes también habían estado desahuciados pero con esfuerzos habían pasado a mejorar un poco. La iniciada reforma les colocó en una situación que les obligaba a otra nueva formación que no entendían, y para la que tampoco se les había preparado. Se les juntó a todos, se les midió con el mismo rasero y a la vez seguidamente se les desplazó. La primera consecuencia es que se volvieron a endurecer las relaciones dentro de la nueva comunidad escolar y con ello se les acabó de preparar para reproducción definitiva de sus fracasos escolares. Tras cumplir los dieciséis años, todos fueron dejados a su propia suerte. Los reglamentos ya no les afectaban ni tampoco los esfuerzos “salvadores” hechos por maestros, servicios sociales y programas educativos. El absentismo, que se hizo molesto para las instituciones durante un periodo de tiempo, acabó así encontrando una solución propia al alcanzar una determinada edad.

PARTE CUARTA. CONCLUSIONES: ESPACIO Y TRANSFORMACIÓN

CAPÍTULO 8. *LA ETNOGRAFÍA DE DOS ESPACIOS: LA PLAZA DE LAS TÀPIES Y LA AVENIDA DRASSANES*

En lo que se refiere al desarrollo de los jóvenes y sus actividades en el Raval, los temas que ya he explorado nunca existieron en un espacio abstracto, sino en terrenos muy concretos de un barrio marginado dentro de una ciudad en pleno proceso de transformación triunfal. En este capítulo, tras una exploración inicial de los espacios públicos urbanos más característicos del barrio, con algunos de sus cambios y permanencias, me centraré en dos lugares concretos donde los jóvenes, vecinos, servicios sociales y la propia reforma urbana se entrecruzaron de una forma significativa (plaza de las Tàpies y av. Drassanes).

De entrada me centraré en la plaza de las Tàpies, el lugar donde brotó el proyecto del fútbol, fruto de la voluntad de los chavales, y las actividades de los servicios sociales y los vecinos. Esta trayectoria fue interrumpida en 1991 por la reforma, tras la cual se inicia una larga escala de desplazamientos de los habituales del lugar. El segundo espacio que tomo como ejemplo es la av. Drassanes. Éste es un espacio cambiado como consecuencia del primer “ensanche” en el barrio en los sesenta, aunque con retoques también en los noventa. Algunos de los desplazados de las Tàpies encontraron en este lugar puntos de continuidad de su vida social, pero a la vez es un lugar de dualidad al final de los noventa.

A través de la presentación de estos dos espacios quiero desarrollar también otras dialécticas como informalidad-formalidad, marginación-nuevos usos y desarrollos, y la confrontación barrio-ciudad, personas-espacio. En el caso de Tàpies y av. Drassanes vemos cómo afectan en particular a los jóvenes y cómo ponen de una manera sucesiva a los servicios sociales como asociados, como intermediarios y, finalmente, como jefes. En papeles parecidos, aunque no tan reconocidos, actúan también los reformadores. Este capítulo, tras la etnografía de las personas y de las instituciones de los capítulos anteriores, trata de ser una etnografía del espacio, tras

los cambios urbanos hechos en el mismo, sin perder de vista los procesos anteriores de transformación y tomando como punto de partida dos de los espacios en los que trabajé y observé personalmente su sociabilidad en diferentes etapas.

Vemos en este ejemplo concreto cómo la reforma urbana transforma⁸¹ el espacio de la marginación más que la marginación misma. Parece así una forma de reproducción muy especial. Son unos cambios que tienen un gran impacto físico, visual, y a la vez están dotados de una gran contundencia argumental. Por ello, hacer un análisis del verdadero alcance de estas transformaciones es también un problema complejo. Se puede caer fácilmente en un sentimiento de nostalgia hacia la geografía tradicional de la zona o hacia las formas de vecindad de la misma antes de los cambios. Sin embargo, intento mirar los espacios y su transformación de una manera imparcial.

8.1 Espacios públicos en el barrio

Desde hacía un siglo, el Raval de Barcelona se caracterizaba por la pobreza de sus viviendas y espacios domésticos, así como por la escasez extrema de espacios públicos. Hasta los años 70, el barrio no tenía zonas verdes, lugares de recreo, sitios de reunión planificados como tal, salvo los paseos “fronterizos” de la Ramblas: el Paral·lel, las rondas, la calle Pelai y algunas pequeñas plazas interiores. Pobreza, suciedad, poco espacio público, enfermedad como consecuencia, serán las metáforas que más se asocian a estos lugares.

Esta escasez física de espacios públicos dio lugar al desarrollo de otros espacios de relación personal sustitutorios, como la calle, los bares, las esquinas y algunas de las pequeñas plazas que a la vez vitalizaban el barrio por dentro, a pesar de sus carencias estructurales o de las críticas venidas de fuera. Por ejemplo, el aprovechamiento de los balcones y terrados para la vida social fue especialmente significativo en los 40, 50 y 60, tal y como evoca Manuel Vázquez Montalbán, en sus

⁸¹ Transformar: “hacer cambiar de forma”. Éste es el sentido que le doy al término a lo largo de todo el capítulo. Es especialmente útil para ejemplificar el contenido del proceso de producción y reproducción de la marginación por parte de los arquitectos o de las iniciativas culturales. Ellos son los encargados de los cambios de forma, que a veces se presentan como cambios también del fondo, aunque no lo son.

memorias como vecino del barrio:

Estaba la calle como lugar de encuentro en toda esta vida, de pequeño zoco, y luego estaban los balcones que tenían una gran importancia porque eran como el lugar a partir del cual te asomabas a la ciudad y en el cual entrabas en contacto con la naturaleza a través de los geranios, y también con la ganadería porque durante muchos años la gente criaba en los balcones, pollos, conejos, palomas, que era una manera de incorporar proteínas a la dieta cotidiana, y sobretodo el criar el gallo para Navidad era una exhibición que provocaba comparaciones a ver que gallo era mejor. El terrado era como un territorio libre, allí la gente no estaba en la calle donde tenía que soportar la presencia de los otros, había una selección de los vecinos que hablaban entre ellos, recordaban, ahí podían recordar, los que tenían una memoria oculta o de un pasado ideológico de la guerra civil ahí podían exhibirlo, era un lugar lúdico, en general subían niños que habían hecho novillos, o que estaban enfermos, viejos que no tenían trabajo, jóvenes que tampoco lo tenían, y formaban ahí como una pequeña sociedad que se encontraba en los terrados. (Escenas del Raval, 19 de mayo de 1998)

En una barrio con una superficie de 109,72 hectáreas, en 1988 teníamos diecisiete espacios considerados por los técnicos municipales como plazas. Las dimensiones de las mismas eran en general muy pequeñas, y algunas tenían a su vez un uso contradictorio. La plaza Emilio Vendrell, pese a ser tenida como una plaza pública, permanecía siempre cerrada al público. Su estructura estrecha y sus límites cerrados hacían de refugio a drogadictos y favorecían las actividades ilegales, por lo que tras su inauguración quedó rápidamente clausurada. Era así una plaza inútil⁸². Otros lugares públicos, como la plaza Pes de la Palla⁸³ o la plaza Canonge Colom, eran sólo un ensanchamiento de la acera aunque con vida social. En la plaza Doctor Fleming permanecían tres casetas de los tradicionales escribientes; éstos habían sido en otras épocas muy populares en la vida social del barrio, por su trabajo en la lectura y la escritura de cartas y de documentos de personas analfabetas. En los noventa desaparecieron físicamente y también como profesión. Otros espacios como la plaza de la Gardunya era un parking para automóviles y la plaza Castella era más un lugar de circulación de coches que un sitio para hablar o estacionarse.

Otros significados de transformar son: transmutar una cosa en otra. Hacer mudar de porte o de costumbres a una persona.

⁸² La plaza Emili Vendrell era uno de los primeros proyecto de reforma urbana de la zona obra de Oriol Bohigas.

⁸³ La vida social en torno a este lugar en los años de la época franquista fue especialmente retratada en las memorias del escritor Terenci Moix en la novela que lleva por título *El pes de la palla*.

Sin embargo, frente a estos espacios, dudosos respecto a las funciones tradicionales de una plaza, había calles que no estaban catalogadas como plazas, pero que funcionaban como si lo fuesen. Así teníamos calles enteras donde la gente se estacionaba a pasar el tiempo, a hacer negocios, a hablar con los conocidos durante largos ratos... "zocos" como Sant Ramon, Sant Jeroni o el pasaje Bernardí Martorell. También había sectores entre calles, esquinas concretas donde se encontraba fácilmente a la gente estacionada, como Lancaster, Arc del Teatre Montserrat, Guàrdia, Om, Sant Beltran. Requesens o Dubte.

Las dos plazas de tradición históricamente más importante en la zona eran la plaza Padró y plaza de Sant Agustí, ambas también muy pequeñas. Estaban situadas sobre las antiguas vías de comunicación que atravesaban el barrio y lo comunican con la Rambla y el Poble Nou. Ambas estaban ubicadas al lado de edificios religiosos y eran utilizadas frecuentemente por los vecinos a pesar de sus reducidas dimensiones, especialmente la plaza Padró.

La situación geográfica y el entorno físico y social en la zona norte del barrio también le daba unas características de plaza donde los vecinos del barrio acudían a sentarse, charlar o a pasear a los animales. Así la plaza Padró, sobre todo, funcionaba un poco como plaza mayor de esa parte del barrio. En el uso público que de ella se hacía podíamos encontrar tanto niños jugando como personas adultas o ancianos hablando o pasando el rato.

Las plazas de la frontera del barrio eran la plaza Vicent Martorell, y la plaza Folch i Torres. Ambas tenían zonas ajardinadas y estaban en zonas del barrio con un entorno de instituciones y equipamientos. Disponían además de mobiliario y no estaban encerradas en la trama urbana. En ellas se estacionaba gente del barrio junto con las personas que las cruzaban en dirección a la piscina municipal, al interior del barrio. La plaza Folch i Torres se conocía también entre la gente del barrio como Reina Amàlia. Este lugar estuvo ocupado antes de ser plaza por una prisión de mujeres que recibía esa misma denominación

La plaza Bonsuccés era la que tenía unas estructura urbana semejante a otras plazas de la ciudad como la Plaça Reial. Estaba en el norte, no había actividades marginales, tenía juegos y arboles. En la misma existían también soportales con tiendas y negocios.

Tras estas plazas “tradicionales”, hay otras que se han formado por intervenciones urbanas entre los setenta, ochenta y noventa especialmente.

La plaza Salvador Seguí⁸⁴, aparecida tras el derribo de otra prisión (“la Galera”) en los noventa, funciona sin ningún equipamiento, con una limpieza siempre deficiente y un entorno de actividades de marginación muy cercano como son la calle de Robadors y de Sant Ramon. La plaza Salvador Seguí es un ejemplo muy característico de plaza dura (cemento, sin sombras, sin ornamentos, sin juegos). A pesar de ello es un lugar muy concurrido durante todo el año.

En la misma se podía encontrar gente vendiendo ropa, objetos robados, niños jugando, personas mayores o policía. Para una persona de fuera del barrio podía ser incluso peligroso estacionarse en ella a determinadas horas (En los inicios de los trabajos de deporte en el barrio estuvimos pensando en ella como escenario para dar comienzo al proyecto de deporte, pero su conflictividad nos hizo desistir).

Una de las plazas más significativas llegada tras otro esponjamiento en la zona norte fue la plaza de los Àngels. Anteriormente, había sido un pequeño espacio situado en la intersección de las calles Montalegre y Elizabets. Esta plaza, con unas dimensiones mucho mayores, pasó a ocupar todo el espacio frontal del museo del MACBA. El lugar hacia en ocasiones de prolongación del museo en sus exposiciones o en actos sociales organizados por el mismo y en ocasiones hasta de aula improvisada. En el año 1996 esta plaza sirvió para una magistral clase de arquitectura (Congreso Mundial de Arquitectos) ante el colapso de participantes y de la organización desbordada por el gran número de participantes:

⁸⁴ Salvador Seguí, sindicalista anarquista conocido como El Noi del Sucre, fue asesinado el 10 de marzo de 1923 en la esquina de las calles Cadena y Sant Rafael.

La explanada frente al Museu d'Art Contemporani de Barcelona (Macba) albergó ayer por la tarde la clase magistral de arquitectura más concurrida del mundo. Más de tres mil estudiantes cambiaron sus protestas anteriores por largos aplausos, a pesar de permanecer sentados en el suelo durante horas. La razón fue la clase de lujo que pudieron escuchar en vivo sobre qué es la arquitectura y cómo debe de afrontar sus problemas de identidad. (La Vanguardia, 5-7-96)

En este lugar, además de los debates entre los arquitectos, era frecuente observar algunos otros contrastes como a niños y personas del barrio estacionados en sus alrededores o jugando junto a los turistas que disfrutaban de la visión del museo.

Muy cerca de este espacio se formó también otra zona nueva, bautizada como plaza de las Caramelles, de unas dimensiones también importantes, pero de usos sociales más limitados. Esta plaza funciona como lugar de encuentro y de relación de los vecinos de los nuevos edificios que se habían construido a sus alrededores. Es un espacio que tiene una buena parte del suelo de tierra, con poca sombra y que acumula suciedad. Por las noches también se clausura.

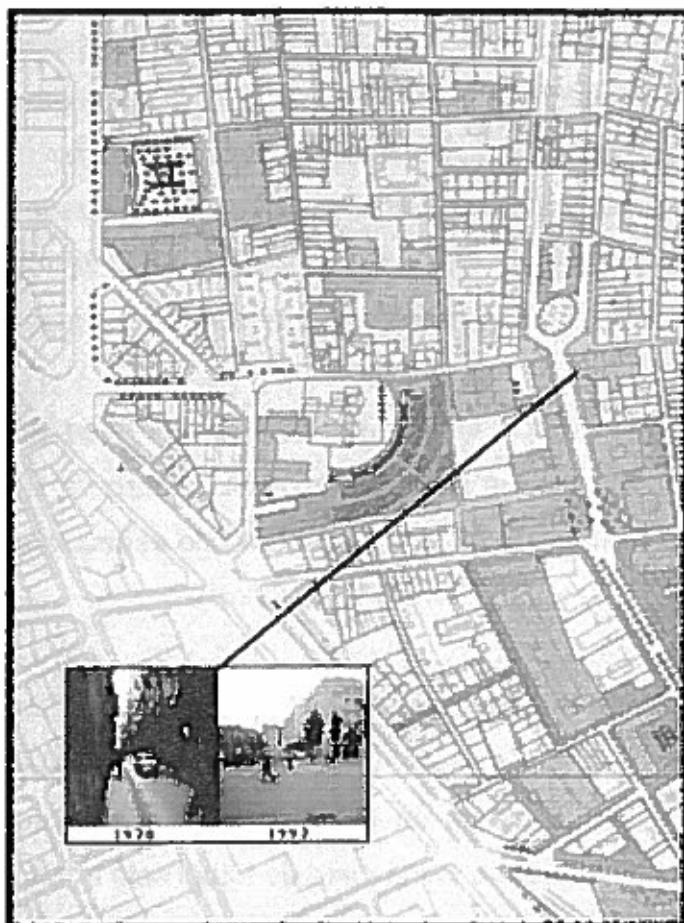
Pierre de Mandirgues⁸⁵ es también otra nueva plaza de los noventa, muy cercana a Salvador Seguí, que funciona como lugar de contactos para la prostitución de la calle Sant Ramon. Aquí el espacio vuelve a ser pequeño, no se han dispuesto bancos, ni sombras y es también resultado de otro derribo de viviendas. En ella hay personas estacionadas durante todo el día. Hay también venta de drogas y la policía se instala en este lugar durante largos ratos. La plaza hace las mismas funciones que antes de la reforma tenía la misma calle Sant Ramon.

La plaza estelar prevista para el barrio en el siglo XXI será el resultado del Pla Central del Raval entre las calles Sant Jeroni y Sant Oleguer, comenzada en 1995 y que ya en 1998 se empezaba a esbozar como un largo corredor paralelo a las Ramblas.

Vemos, en general, que los espacios sobre los que la reforma se centra tienen unos cambios importantes en forma y, en ocasiones, también en contenido. Sin embargo,

⁸⁵ Pierre de Mandirgues, escritor francés que durante su estancia en Barcelona escribió una novela, *Al margen*, ambientada en el barrio del Raval donde vivió.

también ha habido espacios que tras los cambios volvieron rápidamente a recuperar la forma y usos que tenían anteriormente (el caso de Pierre de Mandiargues, especialmente, Sant Ramon o Salvador Seguí). La transformación urbana hizo así de reproducción de la marginación en el ámbito de las estructuras urbanas. Tras esta introducción a algunas de las características de los espacios públicos de la zona y



algunas de sus diferencias y usos, pasare ya ha explorar los dos casos con los que tuve una relación más prolongada, especialmente por desarrollar en estos lugares el proyecto de deporte de forma consecutiva.

8. 2 La plaza de las Tàpies (1987-1992)

8. 2. 1 Espacio y personas. Microgeografía de la zona

Ya hemos visto en el capítulo 1 que la plaza de las Tàpies constituyó el punto de arranque de mis trabajos en el barrio como etnógrafo y también como educador de los servicios sociales a través del deporte. Hablo de plaza de las Tàpies porque es el nombre popular con que se conoce la zona, aunque el lugar ha ido cambiando de nombre sucesivamente⁸⁶. Durante mucho tiempo fue llamado oficialmente con el nombre de Horts de Sant Pau. Tras las reformas de 1990 se rebautizó como parque de Sant Pau del Camp, mientras que el vecindario habla del lugar como las Tàpies.

Tanto la plaza como el espacio vacío que había en sus alrededores habían sido una fábrica que desapareció tras un incendio en 1974. Dentro de la zona sur del Raval, caracterizada como ya hemos visto por la escasez de espacios abiertos, constituía el espacio público mayor de todo la zona (1.682,80 m²).

Este lugar, situado entre la calle de las Tàpies y la calle Sant Pau, funcionaba antes de su reforma más como un espacio vacío que como una plaza en sí. Había una zona no urbanizada, simplemente de tierra, donde se aparcaban los coches; una zona de juegos muy deteriorados y una pista de fútbol sala en mal estado. En todo su entorno se estaban esperando unas reformas urbanas importantes que la mantuvieron durante quince años como un lugar semiabandonado.

Se empezó a intervenir muy cerca de ella ya en 1988. En la calle Om se hizo famosa la construcción de una manzana de viviendas porque eran las primeras del plan de renovación de la zona destinadas específicamente a los vecinos que habían sido desalojados en los derribos de los alrededores de la plaza. En el proceso se dieron sin embargo algunos problemas: antes de terminarlas, quebró, por fraude, la

⁸⁶ Este proceso de catalogación y descatalogación oficial es una constante en la historia del barrio. El mismo barrio en la posguerra se le designó como Distrito V, y como barrio chino. Tras la transición pasó a ser el

empresa encargada de levantar el edificio, el cual, además tuvo que remodelarse, una vez terminado, por malos acabados. Por su aspecto, se las acabó conociendo en el barrio como “la modelo” por la similitud en su estructura interna con la famosa prisión de la ciudad.

Personalmente conocí la plaza en 1986 antes de que la reforma empezara a afectarla más en profundidad. Empecé a visitarla, primero como observador de campo, para entrar ya en ella en 1988 a través del trabajo con los grupos. En aquellos momentos, me pareció una plaza sucia, con poca luz y con equipamientos escasos y deteriorados. Había también actividades marginales bien visibles en sus alrededores, como prostitución y venta de drogas. Como contrapartida, también era un espacio con gente, con jóvenes, a pesar de sus malas condiciones estructurales. En una conversación con el párroco de la iglesia de Sant Pau, colindante con la plaza, me mostró su enfado hacia algunos de los usuarios habituales de la misma: los drogadictos que andaban por allí acababan entrando en los jardines de la iglesia a inyectarse droga.

La vida social de la plaza se concentraba especialmente en el lado de la calle de las Tàpies. En esa zona, la prostitución se sentaba en las aceras en sus propias sillas a esperar a los clientes. Eran también prostitutas con unas características especiales: mujeres mayores, conocidas de los vecinos y con muchos años en ese trabajo. En ocasiones, había también prostitutas más jóvenes con problemas de drogas que ocasionaban algún que otro conflicto y enfrentamientos entre ellas. En la misma acera había además el *meublé* que utilizaban con los clientes y dos bares.

La señora Juana, propietaria del *meublé*, era muy conocida y respetada en la zona. La conocí porque hacía colaboraciones informales con los servicios sociales, poniendo en contacto a las personas que necesitaban ayudas con los mismos. El señor Matas era el propietario del bar Campolindo, justo al lado del *meublé*, por el que paraban frecuentemente todos los que trabajaban por allí.

Distrito I. Posteriormente se recuperó el nombre de Raval para la zona por motivos geográficos.

El centro de la plaza era un descampado y una pista de deporte. En este lugar era donde niños y adultos jugaban al fútbol y donde algunas madres sacaban a pasear a sus hijos pequeños. Había también gente mayor que se apostaba alrededor de estos grupos. Por el lugar a veces aparecían drogadictos a inyectarse heroína, aprovechando algunos puntos pocos visibles o controlados.

A la izquierda de la plaza estaba la iglesia de Sant Pau, pieza única del románico en la ciudad de Barcelona, y la escuela Collaso i Gil. Ya hacia el final de la calle de las Tàpies y llegando a Sant Oleguer, se encontraba un famoso bar símbolo tradicional de la diversión urbana, el *music-hall* Barcelona de noche, aunque en decadencia. Así veía el escritor Sebastià Gasch el ambiente de la calle de las Tàpies en los años setenta:

Hasta hace poco, la calle de las Tàpies era uno de los rincones más dramáticos de Barcelona. Un corredor largo, estrecho, húmedo y sombrío. Bares pequeños y oscuros, patéticos, donde sentadas entre una vetusta pianola y un torero de purpurina, unas mujeres despatarradas evocaban con nostalgia la lejana juventud. Burdeles alucinantes, de film de Sternberg o de Pabts, con bancos roñosos, cortinas tiñosas, espejos empañados y dibujos obscenos en las paredes. Casas de gomas con instrumentos de placer que parecían instrumentos de tortura y que tenían la alta plasticidad de los ídolos negros. Paredes agrietadas, portales sombríos, rejas destrozadas... olores abominables, el menos desagradable de los cuales era el de las meadas. En las aceras, unas mujeres horribles, torpes y sin gracia, ofrecían a los escasos viandantes un cuarto de placer sin alegría. (*Draper Miralles, R. 1982, pág. 92*).

Vemos aparecer en esta descripción de nuevo la mezcla de mito y de realidad constante en los retratos literarios sobre la zona o las personas.

Otros edificios y vecinos importantes de la plaza a finales de los ochenta eran el cuartel de la guardia civil, en el lado de la calle Sant Pau, en donde vivía una compañía numerosa de agentes de este cuerpo y sus familias, y una antigua nave industrial rebautizada como Can Chatarra, donde en 1976 se puso en marcha un proyecto para dar trabajo a los jóvenes del barrio con menos oportunidades, basado en el reciclaje de muebles antiguos.

El equipamiento deportivo de la plaza cuando comenzamos a jugar lo formaban únicamente las dos porterías de fútbol en bastante mal estado y una farola en una de

las esquinas del campo. La pista era de cemento y sus alrededores, de tierra. Cuando llovía había que suspender la actividad, ya que la zona enseguida quedaba inundada por el agua y el barro.

Durante varios meses pedimos al Ayuntamiento ayuda para poder mejorar la iluminación en la zona donde más trabajábamos. Finalmente se repararon las farolas y también conseguimos de los presupuestos de los servicios sociales unas porterías nuevas y la pintura que necesitábamos para señalizar la zona de deporte. Estos pasos, así como el trabajo de limpiar y pintar, los compartimos con los jóvenes, que colaboraron con entusiasmo. La ubicación de unas nuevas porterías y la señalización fue una noticia muy comentada entre ellos, con el resultado de que aquel espacio tomó una forma mucho más interesante de la que hasta ese momento había tenido.

Tanto los educadores como el trabajo del fútbol que realizábamos fueron también bien recibidos por las personas que vivían o trabajaban allí. En el bar de Matías siempre era bien recibido e incluso nos ofreció su local para guardar material deportivo, si teníamos necesidad de ello.

La señora Juana, la dueña del *meublé* de al lado del bar, se nos acercó un día para requerirnos ayuda para su propio hijo, con problemas mentales y de drogas. Su hijo Juan Jesús tenía 25 años, y entraba y salía habitualmente de la cárcel. Ella también mostró un gran interés por ayudar a Omar y a su madre con problemas de drogas. Le apuntó a la escuela y siguió la marcha de sus estudios. Omar se quedó a vivir de forma provisionalmente en el *meublé* durante una temporada y ella se hizo cargo provisional de su tutela, mientras su madre se fue a hacer una cura de desintoxicación. A pesar de que su negocio iba funcionando desde hacía años, también entró en dificultades con motivo de los nuevos permisos y reglamentaciones que se pusieron en marcha.

A través de la relación con Juana conocí algo más de la vida de las mujeres que trabajaban allí. Desde las nueve de la mañana a las ocho de la noche estaban en aquel lugar. Al finalizar su trabajo se cambiaban de ropa, cogían un taxi y se iban a domicilios que tenían en otras partes de la ciudad. Algunas de ellas, según Juana,

poseían pisos y propiedades importantes, hacían la prostitución desde hacía muchos años y eran para ella unas buenas profesionales que nunca le daban problemas, al contrario de las drogadictas jóvenes que cada vez aparecían en mayor número por la zona.

Fue así como el trabajo del equipo de servicios sociales en la organización del fútbol desde 1988 a 1989 transformó un poco de la plaza como sitio, su aspecto como campo de juego y tomó relación personal con los vecinos de aquel lugar. Para los jóvenes la pista llegó a ser un centro de organización y de orgullo que compartían con los adultos de los bares colindantes.

8. 2. 2 Las obras. El buldozer en la plaza

En 1990 la pista de deporte y el resto del espacio de la plaza fueron clausurados por el inicio de las obras de reforma. Para continuar con las actividades, nos trasladamos provisionalmente al patio del colegio, cercano a la plaza. En este lugar volvimos a tener recortes de espacio ya que la remodelación de la plaza también afectaba a su límite con el colegio.

Al retirarnos al patio de la escuela ganamos en tranquilidad para hacer el trabajo con los grupos, ya que el acceso a este espacio era controlado, sólo para los chavales que estaban inscritos en el grupo de fútbol.

La desaparición de la pista de deporte de la plaza de las Tàpies fue sustituida en 1991 con la inauguración de El Campillo, a unos 500 metros de la plaza, en la av. Drassanes.

A la vez que las obras, en el entorno del espacio de la plaza, se produjeron otros cambios. Así, por ejemplo, en la calle de las Tàpies, Juana terminó cerrando el *meublé* ante la imposibilidad de afrontar las reformas que se le exigían. Se fue a vivir al vecino barrio del gótico, donde organizó una pensión barata. Ofreció gratuitamente al Ayuntamiento el local del *meublé* para ayudar a personas con sida, pero no fue atendida. El inmueble iba a ser derribado y no debía de seguir siendo utilizado. El bar

de Matías fue el último que quedó abierto en la zona, a la espera de ser demolido. Los únicos clientes que le quedaron fueron los amigos más habituales de la zona. En 1992 cerró también definitivamente.

La zona ocupada por el *Barcelona de Noche*, más el resto de la manzana entre la calle de las Tàpies y Nou de la Rambla, ocupada por otros bares, pensiones y viviendas de vecinos, fue derribada entre 1990 y 1992 y sustituida de forma inmediata por una comisaría de policía y una residencia para estudiantes universitarios.

Las prostitutas que trabajaban en la calle, al cerrarse el *meublé*, trasladaron su trabajo a las calles Sant Ramon y Robadors, donde encontraron prostitutas más jóvenes que les hacían la competencia. Este cambio fue vivido con una gran preocupación por su parte, ya que allí no las conocían y los *meublés* tenían unos precios muy caros para sus clientes.

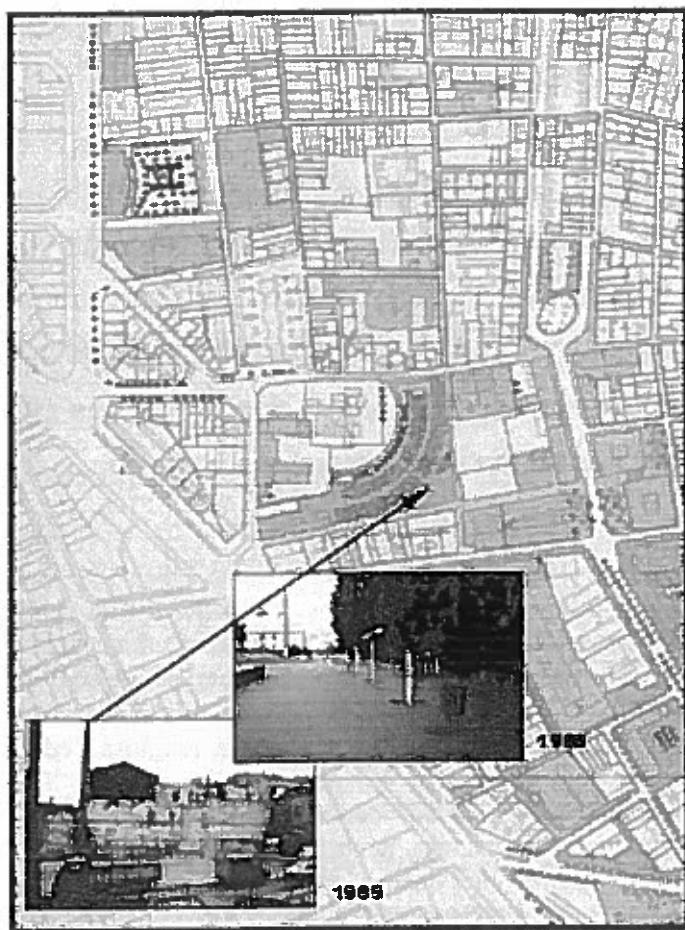
La nueva reglamentación de locales afectó especialmente al negocio de la prostitución. El proceso se hizo especialmente riguroso a partir de 1993. Se regularon sus condiciones a través de un plan de usos, en los que se establecen unas condiciones comerciales difíciles de reunir para algunos de ellos. Así recogía *El Periódico* (1999), con el titular de “El barrio chino ya no es chino”, los resultados ambiguos de ese plan, tras su puesta en marcha:

El Ayuntamiento de Barcelona presenta el caso de Ciutat Vella como la alternativa más válida a la prostitución callejera. El plan de usos del distrito fija las condiciones de los nuevos *meublés* que se instalen en lo que fue el barrio chino. Los efectos del cierre de burdeles y pensiones han desplazado a las prostitutas a otra actividad o a otras zonas de Barcelona. La normativa determina, entre otros aspectos, que los nuevos burdeles estén situados a más de 150 metros de una institución sanitaria, religiosa o educativa. El Plan obliga también a que los *meublés* se instalen en calles anchas. “De esta manera disminuye la sensación de inseguridad” comentó Vilaró. Imágenes como la de las prostitutas desgastando con sus tacones, la entrada de algún restaurante de la Rambla son cada vez menos frecuentes. Aún quedan, sin embargo, colectivos significativos de travestidos y prostitutas veteranas en algunas zonas del Raval o la parte baja del paseo. Estos grupos han conseguido ganarse el respeto del vecindario, en el que se sienten plenamente integrados. Ciutat Vella ha protestado por muchas cosas, pero casi nunca por la prostitución callejera. Muchos comerciantes dependen del negocio del sexo. En julio de 1992, cuando el Ayuntamiento quiso clausurar los dos últimos *meublés* de la calle Robadors, el Jardín y el Takata, topó con la oposición frontal de numerosos

vecinos. Se llegaron a reunir 2000 firmas y se consiguió forzar a los responsables municipales a conceder un plazo para encontrar locales donde trabajar. (El Periódico, 17-1-1994)

Nos encontramos, entonces, con una serie de medidas ajenas al barrio que atacan la economía tradicional del mismo y que provocaron la resistencia de los vecinos. Los *meublés* de la calle Robadors siguieron funcionando cuatro años más, al igual que la prostitución en los portales y las aceras de la calle de Sant Ramon.

El taller Can Chatarra dejó de ser para los jóvenes y pasó a ser un centro colaborador del INEM para la realización de cursos de formación. También se remodeló completamente el cuartel de la guardia civil y se construyeron nuevas viviendas para los funcionarios. En 1991 se inauguró la remodelada plaza de las Tàpies con el nuevo nombre de Parc de Sant Pau del Camp.



El lugar estaba ahora formado por un espacio elevado semicircular en torno de la iglesia de Sant Pau. También se habían construido diversos niveles superpuestos

con jardín y paseos. La calle de las Tàpies quedó a un nivel inferior al de la plaza y separada de ésta por un muro. El espacio de la plaza quedó totalmente rodeado con una valla, la cual se cerraba por la noche y se abría por la mañana con el fin de evitar conflictos durante la noche.

La plaza pasó de ser un espacio de acceso totalmente libre a ser un espacio con accesos restringidos y con horarios. Sólo en una esquina de la plaza quedó una zona para hacer juegos de petanca. A la vez, en ocasiones, esta zona con tierra era de nuevo adoptada por los jóvenes para jugar al balón. También había la novena calle de la pista de atletismo del estadio olímpico, ya completamente olvidada y enterrada tras haber sido donada simbólicamente por los organizadores de los juegos a la reforma de la zona en 1992.

Debajo del parque se construyó también un aparcamiento para coches. La mayoría de estas plazas eran generalmente utilizadas por personas que acudían a los cercanos teatros del Paral·lel. Entre las ocho y las doce de la noche tenía su mayor actividad. No era una costumbre de las personas del barrio comprar una plaza de aparcamiento; muchas veces tampoco tenían coche. Los vecinos que lo tenían lo dejaban aparcado en la calle.

El polideportivo del Raval, que se inauguró en 1991 en uno de los lados de la plaza, se presentaba a sí mismo como una “sala de deporte de barrio”. Aunque este polideportivo es de propiedad municipal, fue entregado a la gestión privada. Los precios impuestos para su utilización, si bien eran precios normales en este tipo de instalaciones, dentro del barrio no eran tan habituales, por lo cual una gran parte de su clientela acabó siendo personas de otros lugares de la ciudad. Por otro lado, su escasa promoción dentro del barrio hizo que la instalación estuviese en muchas ocasiones vacía, en contraste con la vida deportiva que hemos visto en el entorno de los bares.

La escuela Collaso i Gil, y en especial su espacio de juegos, quedó ensanchada en unos pocos metros, pero también quedó en un nivel inferior al del parque. Se separaba del mismo a través de un gran muro con peligro de caídas desde la plaza.

Los chavales se descolgaban por el mismo hasta alcanzar la zona de deporte, especialmente los fines de semana o en verano, cuando la escuela no tenía vigilancia.

¿Adónde fueron a parar los jóvenes que se reunían y jugaban en la plaza? En los tres años que duraron las obras, el grupo del fútbol, como ya hemos visto, continuó jugando un tiempo en la pista del colegio para ir después al Campillo. Pese a convertirse éste en un lugar popular, era un espacio reglamentado y cerrado, con horarios de utilización, normas de uso y vigilancia. Estas condiciones eran favorables para mi trabajo de servicios sociales porque me ayudaban a poner un orden en los grupos, no era interrumpido por personas adultas y podía tener más intimidad para el trabajo.

Respecto al tema del espacio, mi papel pasó a ser de intermediario para unas instalaciones que ahora estaban cerradas y que exigían permiso para su acceso. Ya no existía el libre acceso a la plaza de las Tàpies; allí ya no se podía jugar al balón o se tenía que hacer entre pistas de petanca.

Tras la transformación de la plaza de las Tàpies, aparecieron instalaciones nuevas sustitutivas de las antiguas degradadas, pero éstas ya no eran espacios abiertos. Los jóvenes no volvieron a aparecer por la plaza de las Tàpies a jugar al fútbol, no existía ya ese espacio, mientras que para utilizar otros, como el polideportivo Raval, debían pagar.

Las reformas en la plaza y en su entorno produjeron un nuevo espacio, especialmente para espectadores, mientras que los vecinos de la zona fueron reasimilados, redistribuidos a otros lugares o recategorizados como marginados. El antropólogo Gary McDonogh, asiduo visitante de la zona, vio así la plaza tras la reforma:

El resultado sin embargo es el alzamiento de una colina que tapa parcialmente muchas vistas de Sant Pau desde el barrio. Las prostitutas de la zona han volado o se han retirado, la sociabilidad que habían establecido para apoyo mutuo se ha roto. Los terrenos elevados desafían los juegos de todos, especialmente de los niños (que se meten en los equipamientos a puerta cerrada de un edificio municipal para

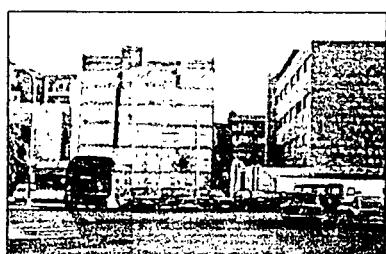
actividades). El bloque de parking sin embargo sirve a la revitalización de los teatros y hoteles cercanos, eclipsando la marginalidad y reorientando funciones y experiencias. (McDonogh, G. W., 1994, p.16)

En 1992 el espacio de las Tàpies, que en 1987 estaba descampado y desorganizado, se había transformado en un parque público. A los cambios espaciales y de funciones siguieron, como consecuencia, los desplazamientos de los habituales de la zona, entre ellos los grupos de fútbol que yo mismo organizaba. El lugar dejó así de ser un lugar de deporte informal. Tampoco era ya un lugar posible para los negocios de la prostitución, ni de los bares. Se convirtió en un espacio para sentarse, contemplar la iglesia de Sant Pau, jugar a la petanca o para cruzar de la calle Sant Pau a la calle Nou de la Rambla y al Paral·lel.

8.3 La avenida Drassanes (1992-1998)

El hecho de que el entorno sea una creación humana significa que a través de su contemplación y lectura podemos obtener un conocimiento de la historia de las personas, de los grupos, de la sociedad así como de la cultura. Lleva dentro la experiencia del tiempo cronológico que puede leerse a través de las presencias y ausencias: en los edificios, en los monumentos, en el callejero; en lo que se designa centro y periferia. En la medida en que se descubran los momentos que han quedado atrapados para su identificación y referencia posterior, entran en comunión el espacio y el tiempo.

Los modelos que determinan la alineación de los edificios, la relación entre actividades y espacios abiertos y cerrados, la relación centro-periferia y sus formas de inclusión-exclusión, nos dicen algo de la configuración social. (Teresa del Valle. 1997, pág. 81)



1.990



1.998

El espacio de deporte El Campillo apareció en 1990, tras el derribo de otro inmueble. Era doblemente utilizado: primero por el colegio y, a partir de las ocho de la tarde, por los vecinos. Los chavales necesitaban estar inscritos en el grupo de fútbol para poder acceder al mismo en los horarios extraescolares.

El lugar, a pesar de ser un espacio cerrado, tenía bastante comunicación con el exterior y sobretodo con la calle Arc del Teatre y la avenida Drassanes. La separación de la pista de deporte con estas dos calles era simplemente una verja

metálica apoyada en un muro de un metro de altura. En este muro la gente de la zona se sentaba como en las Tàpies, a mirar el juego que se hacía dentro, a pasar el tiempo o hacer negocios ilegales.

En muchas ocasiones, la policía se acercaba a registrar a las personas sentadas en la valla en busca de drogas o cosas robadas. Para evitarlo, tiraban las drogas a la pista y la policía, posteriormente, entraba al campo y las recogía del suelo.

La calle Arc del Teatre, pegada al espacio de deporte, era como la calle las Tàpies, otra de las calles simbólicas de la marginación del barrio. Arc de Teatre había quedado interrumpida en dos partes tras la apertura de la avenida Drassanes. En esta calle se hicieron famosos los cabarets de diversión de la burguesía como el Vila Rosa o el bar más popular de venta de cazalla que hacía esquina con la Rambla. Esta calle también cobró cierta fama antiurbana tras una película de los años sesenta que la retrató como "la calle sin sol". En el lugar donde ahora confluía con la pista de deporte era por donde más se había facilitado la entrada de luz.

Otros negocios que había en esta calle en dirección hacia las Ramblas eran algunos bares, mezcla de bares de vecindad y de venta de drogas, una panadería, una pequeña tienda de comestibles y una pequeña mezquita que se estableció en 1997 para atender al culto de la cada vez más numerosa población de origen hindú establecida en las calles cercanas.

8. 3. 1 Estructura geográfica

La avenida Drassanes era el lugar donde se encontraban una serie de edificios, servicios y espacio público que representan una buena muestra de la metáfora de diferencia y cambio en la vecindad que se había ido estableciendo poco a poco en la zona sur del barrio del Raval.

Hacía tan sólo cincuenta años, esta avenida había sido una de las zonas de la ciudad más abigarrada en edificios viejos y calles estrechas, así como un centro del mito del barrio chino, por su cercanía al puerto, la Rambla o a otras calles famosas